

HQN™



Lorraine Cocó

MI PEQUEÑA TENTACIÓN

amor en cadena

Lorraine Cocó

MI PEQUEÑA TENTACIÓN

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A. Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2015 TW Consulting, S.L.

© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.

Mi pequeña tentación, n.º 54 - enero 2015

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia. ® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Fotolia.com y Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-687-6114-5 Editor responsable: Luis Pagni

Conversión ebook: MT Color & Diseño www.mtcolor.es

Índice

[Portadilla](#) [Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#) [Capítulo 2](#) [Capítulo 3](#) [Capítulo 4](#) [Capítulo 5](#) [Capítulo 6](#) [Capítulo 7](#) [Capítulo 8](#) [Capítulo 9](#) [Capítulo 10](#) [Capítulo 11](#) [Capítulo 12](#) [Capítulo 13](#) [Capítulo 14](#) [Capítulo 15](#) [Capítulo 16](#) [Capítulo 17](#) [Capítulo 18](#) [Capítulo 19](#) [Capítulo 20](#) [Capítulo 21](#) [Capítulo 22](#) [Capítulo 23](#) [Capítulo 24](#) [Capítulo 25](#) [Capítulo 26](#) [Capítulo 27](#) [Capítulo 28](#) [Capítulo 29](#) [Capítulo 30](#) [Capítulo 31](#) [Capítulo 32](#) [Capítulo 33](#) [Capítulo 34](#) [Publicidad](#)

Capítulo 1

Robert salió del restaurante japonés con paso ligero y cruzó la cuarta avenida sorteando los coches que esperaban impacientes que el semáforo volviese a ponerse en verde. Había bastante movimiento aquella noche de sábado. Rozaban casi las once, pero las calles del centro de Manhattan eran un hervidero de gente que iba y venía en todas direcciones. La ciudad que nunca duerme seguía con la misma energía que a las once de la mañana, pero él llevaba en su cuerpo un turno de más de doce horas y, de no ser porque tenía que recoger la bolsa de comida para su compañero de piso, estaría metido ya en la cama, dejando descansar sus cansados huesos. Llegó hasta su Camaro negro del sesenta y nueve y se metió en él tras abrir la puerta. Su compañero le esperaba en el asiento del copiloto riendo mientras contestaba mensajes con su iPhone.

—Esta chica me va a volver loco —le dijo Edie sin apartar la mirada de la pantalla. Por su rostro se paseó una sonrisa socarrona y con dedos ágiles tecleó la respuesta.

—A ti te vuelven todas loco, García —le contestó, colocando la bolsa de plástico con la comida para llevar en el asiento trasero y arrancando el coche. Eduardo García era su compañero desde hacía tres años, y durante ese tiempo le había conocido una chica nueva por semana. Igual que se enamoraba, se desenamoraba, con lo que era imposible tomárselo en serio.

—Esta es diferente —continuó su amigo—, ¿has visto qué piernas? —añadió colocándole frente a los ojos la imagen en su móvil de una chica en minifalda y ropa demasiado ajustada en actitud provocadora.

Robert apartó el aparato de su vista de un manotazo y preguntó a su compañero:

—¿Pero esa no es Gloria, la de la semana pasada?

—¡Qué va! Esta es Marisol. Hermano, no me escuchas cuando te hablo. Gloria era la dependienta de la pastelería, esta trabaja en el taller de mi primo, lleva la contabilidad.

—A mí me parecen las dos iguales —le contestó Robert encogiéndose de hombros.

—Hermano, no sabes nada de mujeres. Mírate, tu plan para un sábado por la noche es llevarle comida japonesa a tu perro.

—¡Ey, no te metas con Calibre! Le pierde el pollo teriyaki, ¿qué le vamos a hacer si es de gustos exquisitos? —le dijo riendo con ganas.

—Sí, igual que su dueño. Parece que ninguna mujer es demasiado buena para ti. ¿Cuánto hace que no tienes una cita? ¿Desde que saliste con Abbie? Robert torció el gesto. Salir con Abbie había sido un error. Eran compañeros de trabajo, ambos detectives de homicidios en la misma comisaría. Ahora tenían que verse a diario y evitar miradas cada vez que se cruzaban.

—¡De eso hace más de cuatro meses! —prosiguió su compañero con tono exagerado.

—¿Llevas la cuenta de mis citas? —contestó él riendo—. Empiezas a preocuparme... Te pareces a mi madre —añadió volviendo a reírse.

—Ríete cuanto quieras, pero hermano... No soy yo el que lleva cuatro meses sin estar con una mujer, y eso no es sano, tío. Voy a pensar que no te gustan las mujeres... —le dijo García con la intención de provocarlo. De veras pensaba que su compañero necesitaba un poco más de diversión.

—Me gustan las mujeres, pero no todas las mujeres —replicó, deteniendo el coche frente a otro semáforo y resoplando. Normalmente la conversación con su compañero era bastante más interesante. Robert era un hombre al que le gustaba disfrutar de los silencios. No era hablador en exceso, y sin duda prefería estar solo en su coche. Pero García era todo lo contrario; hablaba y hablaba. Parecía que siempre tenía algo que decir. Por suerte pasaba gran parte del turno mensajeándose con el móvil con mujeres y eso le daba tiempo a él para escuchar sus propios pensamientos. El resto de las ocasiones, las conversaciones versaban sobre temas más interesantes; cine, deportes y, por supuesto, los casos. Cosas llevaderas. Pero no lo podía soportar cuando se ponía en plan casamentero.

El semáforo volvió a ponerse en verde y prosiguió con la esperanza de que el trayecto que restaba hasta la casa de García lo pasasen en silencio. Pero no tuvo tanta suerte.

—Marisol tiene una hermana...

—¡Joder, García! ¿En serio? ¿Estás intentando prepararme una cita? —resopló de nuevo y se removió incómodo en el asiento.

—¡Ey, hermano! Es una chica guapa... No tiene las piernas de Marisol, pero he visto una foto de ella. Es bastante pechugona... —Edie puso las manos sobre sus pectorales, indicándole el tamaño de los pechos de la joven—. Apuesto a que sabe hacer una buena...

Robert le echó una mirada de “estás llegando al límite” y García cerró la

boca riendo. Giró en la calle y detuvo el coche frente a la puerta de la casa de su compañero. Una vivienda baja, pintada en verde lechoso, en uno de los barrios latinos más populares de la ciudad. En el porche, su madre, su hermana y dos mujeres más lo esperaban sentadas en sillas de plástico y abrigadas hasta los dientes en torno a un brasero de carbón. En cuanto los vieron los saludaron con la mano sonriendo.

—¿Quieres quedarte a cenar, Robert? —lo invitó la hermana acercándose al coche.

García resopló.

—Gracias, Jen, pero estoy cansado, tal vez otro día —declinó la invitación.

—Cuando quieras... —le dijo ella con una sonrisa coqueta.

Edie vio cómo su hermanita permanecía allí mirando a su compañero con sonrisa embobada, como un perro frente al escaparate de una carnicería, y volvió a resoplar de mala gana. Bajó del coche con el ceño fruncido.

—Jen, ¿quieres entrar y dejar a Robert tranquilo? —le dijo tomándola del codo para girarla en dirección a la casa.

—¡No seas tonto, Edie, solo estaba siendo amable! —protestó ella mientras se alejaba, no sin antes volver a girarse y regalarle otra seductora sonrisa a Robert.

—Es cierto, no seas tonto, Edie, solo estaba siendo amable... —se burló Robert de su compañero. García era tremendamente celoso y protector con su hermana pequeña, que ya no era tan pequeña. Acababa de cumplir veinte años y era una mujer bastante guapa y llamativa que sacaba a su hermano un palmo de altura.

Edie lo miró con expresión ceñuda.

—¿Qué pasa, tío? ¿No querías que hablase con mujeres? Jen está cada día más guapa... —continuó enojándolo. En realidad no tenía ningún interés en la hermana de su compañero, era demasiado joven para él, que rozaba los treinta y dos, pero le apetecía devolverle un poco del dolor de cabeza que este se había empeñado en provocarle.

—¡A mi hermanita ni la mires! Es muy joven aún para andar saliendo con hombres —le dijo levantando el dedo a modo de advertencia.

Robert rio cansado.

—Nos vemos mañana, tío —se despidió arrancando de nuevo el motor.

—Hasta mañana, hermano —contestó Edie dando un golpecito en el techo del Camaro.

Robert subió la ventanilla del coche y condujo en su ansioso y relajante

silencio. Tardó casi tres cuartos de hora en atravesar la ciudad hasta llegar a su casa. Vivía en la zona del Village. En un acogedor apartamento situado en uno de los bonitos edificios bajos de ladrillo rojo que abundaban en la zona. El piso había sido ocupado por su hermana Andy durante los años que estudió en la universidad y hasta que se fue a vivir con su marido Daniel. Cuando ella dejó el apartamento hacía un par de años, Pierce, el casero, le propuso quedarse en él. Robert no lo pensó dos veces. Tanto Pierce como su pareja, Paul, eran como de la familia, y era de los pocos caseros que le habrían permitido tener un perro como Calibre en casa.

Aparcó frente al edificio y apagó el motor. Resopló aliviado al verse por fin en casa. Estaba realmente agotado. Necesitaba al menos ocho horas de sueño que pensaba aprovechar minuto a minuto. Se bajó del coche e inmediatamente el aire frío de la noche le inundó los pulmones. Se cerró la cremallera de la cazadora de cuero hasta arriba y cerró el coche con apremio. La calle estaba tranquila, tan solo el sonido de un saxo, proveniente de alguno de los clubes de jazz cercanos, se paseaba por la calle dejando una estela de notas lánguidas. Cruzó la calle con paso rápido y entró en el edificio. Al abrir la puerta de su apartamento lo primero que vio fue a su braco húngaro echado en el sofá. Calibre se limitó a levantar la cabeza, movió un par de veces la cola y volvió a dirigir la mirada a la televisión encendida.

—¡Vaya! ¡Qué recibimiento! —le dijo al perro, que volvió a mirarlo. El sonido de un par de disparos y una persecución salió del televisor—. Tienes que dejar de ver series de polis, compañero.

Calibre se limitó a resoplar con gesto aburrido ante el comentario, y continuó viendo el programa, donde un par de detectives daban caza a un tipo en una trepidante escena de acción. Robert jugó la última baza para reclamar la atención de su compañero.

—Está bien, parece que tendré que comerme yo todo el pollo teriyaki —abrió la bolsa y tomó de unos de los paquetes, un trozo de la comida preparada, se la llevó a la boca y gimió de placer. Al instante Calibre saltó del sofá y comenzó a rodearlo dando pequeños toques con su morro en la bolsa de la comida. Robert rio cansado. Fue hasta la cocina y sacó un plato y el recipiente metálico en el que comía su perro y repartió la comida de la bolsa en partes iguales. Depositó la de Calibre en el suelo y se llevó su plato hasta el salón. Dejó la comida sobre la mesa baja frente al televisor y se dejó caer en el sofá. Estaba molido y no sabía por qué. Había sido un turno largo

y duro, como todos. No tenía una profesión sencilla, tenía que ver cada día cosas que a otros les helaría la sangre en las venas. Pero él era policía no solo de profesión, sino por vocación. Era lo único que había querido ser desde niño, desde que viese a su padre salir cada mañana con destino a la comisaría.

Cerró los ojos un segundo dejando caer la cabeza hacia atrás, y la imagen de su padre preparándose para ir a trabajar invadió su mente. Lo vio colocarse el reloj, herencia de su abuelo y que ahora llevaba él en su muñeca derecha, mientras le guiñaba un ojo y le decía:

—¿Qué pasa, chico? ¿Quieres acompañar a tu viejo a atrapar a los malos?

Un Robert de poco más de ocho años le sonreía y se dejaba desordenar el pelo riendo. Aquello fue poco antes de que su padre muriera. Sintió una punzada en el pecho y se obligó a incorporarse en el sofá y abandonar aquellos recuerdos. Hacía mucho tiempo que no se permitía dejarse llevar por ellos. ¿Por qué lo habría hecho en ese momento? Debía de estar realmente cansado. Tomó otro trozo de pollo y se lo llevó a la boca cambiando de canal, para entonces Calibre ya había terminado con su plato de una tacada y volvía a tumbarse en el sofá, a su lado. Hizo zapping unos minutos más, mientras comía un poco más de pollo de su plato, pero al cabo de un rato, se dio cuenta de que lo que necesitaba era una ducha y meterse en la cama. Se levantó y se dirigió al baño, abrió el grifo del agua caliente y comenzó a desnudarse, se metió bajo el chorro de agua casi hirviendo, que sintió como un masaje reconfortante sobre la piel y los músculos doloridos. Apoyó las palmas de las manos en los fríos azulejos de la pared y con la cabeza baja, dejó que el agua siguiese cayendo con fuerza, derramándose por todo su cuerpo, relajándolo por completo. Al cabo de diez minutos, sintiéndose mucho mejor, salió de la ducha y fue hasta su cuarto. Se dejó caer sobre la cama tan solo con una toalla blanca envuelta en la cintura y se dio cuenta entonces de que no había devuelto las llamadas perdidas ni a su madre ni a sus hermanas. Había prometido devolver las llamadas a las tres mujeres de su vida, pero no se sentía capaz de hacerlo aquella noche. Lo haría a la mañana siguiente, decidió justo antes de cerrar los ojos y dejarse llevar por un profundo sueño.

Capítulo 2

Mc Kenna sacó por última vez de su pequeño bolso la nota manuscrita que desde hacía dos días guardaba como un preciado tesoro en su cartera. Al sacarla, junto a ella, observó una vez más la fotografía que guardaba enfundada en plástico, y se perdió en la mirada verde y cristalina que le regalaba su hermana desde ella. Se la hicieron juntas en el decimoctavo cumpleaños de Caroline. Se las veía felices, riendo, abrazadas e ignorantes de que tan solo les quedaban unas pocas semanas juntas. Si lo hubiese sabido entonces, si hubiese imaginado siquiera las cosas que pasaban por su atolondrada cabeza, jamás la habría dejado marchar.

Las lágrimas comenzaron a arderle en los ojos, dispuestas a salir en tropel, pero ella, una vez más, apretó los labios y los dientes, convirtiendo aquel dolor desgarrador que amenazaba con estallarle en el pecho en una rabia devastadora que la ayudase en aquellos momentos a enfrentarse a las personas que pagarían por haberla separado de su lado para siempre. Después, cuando hubiese vengado su muerte, cuando viese pagar a cada uno de los canallas que habían abusado de ella y finalmente acabado con su vida, pagando con la suya propia, se abandonaría por fin al dolor y dejaría salir la amargura que la invadía desde el día que supo que jamás volvería a ver sonreír a su hermana como en aquella fotografía.

Acarició la superficie de la imagen y cerró la cartera sosteniendo entre los dedos la nota manuscrita con la dirección a la que debía dirigirse. Hacía una semana que había llegado a Estados Unidos desde Irlanda, con un único y claro objetivo en mente; la venganza. Se había limitado en ese tiempo a seguir los pasos de su hermana, cuando un año atrás había sorprendido a la familia contándoles que le habían concedido una beca para hacer un curso de danza en Estados Unidos, que duraría seis meses. Mc Kenna siempre había sabido que Caroline soñaba con ir a América. Sabía que por encima de cualquier cosa, soñaba con verse en Nueva York, en la Gran Manzana, como en las películas y series que seguía en televisión, como la protagonista de su propia película ansiando más, soñado con más. Siempre supo que tarde o temprano conseguiría hacer realidad su sueño de pisar suelo americano, lo que no sabía era que al lograr la beca para aquel curso, el verdadero plan de su hermana era conseguir el visado y el permiso de sus

padres. Sin ningún interés en aquel curso, había planeado intentar convertirse en actriz. Y para ello, se había dejado engatusar por nuevas y sospechosas amistades que había hecho a través de internet.

Caroline nunca le dijo nada. Nunca le confesó sus planes. Jamás la hizo partícipe de ellos. Aunque habían sido cómplices desde niñas, su hermana no le había contado nada que a ella le hubiese podido hacer sospechar las cosas que maquinaba su alocada y soñadora mente. Durante meses McKenna se sintió culpable, pensando en lo que habría pasado si hubiese sido más accesible para ella, si hubiese estado más centrada en su hermana, en lugar de estar molesta por su marcha, si hubiese sabido leer en su mirada los miles de anhelos que guardaba su corazón, si hubiese...

Apoyó la frente en el frío cristal de la ventanilla del taxi que la llevaba a la dirección indicada en el papel. La había conseguido hacía un par de días. Después de interrogar a decenas de compañeras de la residencia de Caroline, buscar información por bares, discotecas y clubes que le habían dicho solía frecuentar. Incluso preguntar por las calles con su fotografía entre los dedos, consiguió dar con una pensión, en la que, según parecía, había pasado algunas noches. En aquel sombrío y cochambroso lugar le dijeron que efectivamente ella había estado allí, con distintos tipos. Drogada y bebida. Y había descubierto la verdad. Lo que su madre le había estado ocultando desde que la policía irlandesa le revelase el resultado de la autopsia a la que había sido sometido su cuerpo al ser encontrada. Su hermana había sido prostituida, drogada, vejada. Unos canallas que iban a pagar con su vida la habían hecho pasar por un infierno hasta que finalmente decidieron deshacerse de ella. Pero para acabar con ellos tenía que llegar hasta *La Noche Prohibida*, el club en el que aquellos salvajes reclutaban a las chicas. Sabía a quiénes tenía que buscar. Tenía sus descripciones. Su plan era igual de descabellado que sencillo. Se estremeció al pensar lo que estaba a punto de hacer. Metió la mano en su bolso, y tocó con manos temblorosas la fría superficie de la Smith & Wesson's especial del 38 que llevaba.

Quince minutos más tarde, el taxi se detuvo frente a la puerta del local. La entrada estaba atestada de gente que hacía cola para entrar. Un portero de tez pálida, ojos vidriosos y gesto adusto inspeccionaba a los ocupantes de la fila, la mayoría chicas ataviadas con brillantes vestidos de noche y tacones de altura vertiginosa. Se miró el sencillo vestido blanco que le cubría hasta la mitad de los muslos y las sandalias, también muy sencillas, en el mismo

color y esperó que fuesen suficiente para llamar la atención de aquellos tipos. Tal vez debería haberse comprado algo más provocativo.

—¿Quieres algo más, guapa? —le preguntó el taxista, un hombre de unos cincuenta años que la miraba con curiosidad a través del espejo retrovisor mientras se calaba la gorra hasta las cejas y se frotaba las manos vigorosamente a causa del frío.

Mc Kenna se dio cuenta de que llevaba varios minutos mirando la entrada mientras el taxista esperaba que le pagase y bajase. Sin mediar palabra, sacó el importe de la carrera. Se la dio al conductor y abrió la puerta del vehículo para salir.

—Gracias —le dijo saliendo del taxi. Una vez fuera, el frío intenso de la noche le erizó la piel y algunas otras partes de su cuerpo que se hicieron más relevantes a través de la fina tela de su vestido. Se abrazó con fuerza, cruzando los brazos sobre los pechos, y tomó aire antes de dirigirse directamente al portero ignorando deliberadamente la cola. No podía pasar horas esperando en la calle mientras los hombres que habían asesinado a su hermana elegían a las chicas que se llevarían aquella noche, en el interior. Las protestas de la gente no se hicieron esperar.

—¡Oye, guapa! ¡La cola empieza al final de la manzana! —le gritaron unas chicas, unos cuantos puestos más atrás.

Mc Kenna ignoró las protestas y sonrió al portero con descaro, pero este no cambió un ápice su gesto amargo. Tomó aire y algo de valor antes de hablar. —Hola —comenzó con tono seductor acercándose al hombre, bajó los brazos dejando a la vista del tipo sus erizados pezones contra la tela blanca. El hombre no pudo evitar observarla un segundo y tragar saliva, pero enseguida apartó la mirada—. Soy nueva en la ciudad, estoy sola y me han dicho que este es el mejor sitio para divertirse... ¿Tú qué opinas?

El tipo volvió a tragar saliva.

—Es un buen sitio —le dijo como única respuesta. Pero sus ojos volvieron a posarse en su escote de pico. No muy vertiginoso, pero lo suficientemente tentador.

—Si me dejas pasar, podría esperar dentro hasta que tuvieses un descanso, y tomarnos algo juntos...

—¡Curt! —le gritó al portero otro desde más atrás, vestido de igual manera que este y con cara de pocos amigos—. ¿Pasa algo? ¡Estás retrasando la fila! —volvió a gritar.

Curt la miró un segundo y le abrió la cadena de paso. Al hacerlo se inclinó

sobre ella y sonrió por primera vez, brindándole una mirada sucia y explícita.

—Te buscaré dentro, guapa. Espero que estés realmente interesada en pasarlo bien. Mc Kenna le devolvió la sonrisa, asqueada, y pasó antes de que el tipo se arrepintiese.

En el interior del local la altísima música hacía retumbar las paredes y hasta los latidos de su corazón en la cavidad de su pecho, desbocados y alerta. La gente bailaba y se contoneaba en la pista y ella iba pasando con dificultad entre los cuerpos intentando inspeccionar el local. Tenía que situarse y buscar la zona de reservados de la que le había hablado. Chocando con los cuerpos de la gente enloquecida con el ambiente llegó hasta la barra. En cuanto se apoyó en ella, un chico bastante guapo vestido de negro, flequillo largo, ojos azules y sonrisa golfa se acercó y le preguntó qué le ponía, inclinándose sobre la barra hasta susurrarle en el oído.

—Una coca cola, sin hielo, por favor —le pidió con gesto distraído mientras miraba a un lado y a otro buscando la zona reservada.

—¿Buscas a alguien? —le preguntó el chico con evidentes ganas de entablar una conversación, cosa que ella no tenía intención de hacer. No había ido a ligar ni a hacer amigos, solo tenía una cosa en mente. Miró al chico, que la observaba con interés y la mejor de sus sonrisas, y pensó que tal vez debería ser más amable con él y sacarle la información que precisaba.

Le sonrió con gesto más relajado y el chico amplió la sonrisa. Era realmente guapo. Estaba segura de que cada día conseguiría llevarse de aquel local a un nuevo ligue.

—No busco a nadie, he venido sola —comenzó a decirle, y dejó que sus manos se rozasen al pagarle la consumición. El chico amplió la sonrisa, encantado con el gesto —Es que me habían dicho que aquí había una zona de reservados...

El gesto del camarero cambió por completo. La miró un segundo sin decir una palabra como si ella se hubiese convertido ante sus ojos en una arpía.

—¡Ah! Eres de esas... —dijo apartando la vista, perdiendo todo el interés en ella y comenzando a recoger los vasos vacíos de la barra.

Por alguna razón Mc Kenna sintió la necesidad de defenderse.

—¡No soy de nada! Una amiga me dijo que iba a estar allí. Quiero saludarla. El camarero la volvió a mirar, se detuvo un momento y se volvió a aproximar a ella.

—Pues no te recomiendo que lo hagas. No pareces mala chica, no de las que

entran ahí —le dijo señalando una pesada cortina de terciopelo granate que separaba la entrada a otra zona del local—. Te recomiendo que te quedes a este lado, las que entran allí no suelen salir —la miró con intensidad y se alejó a atender a otro cliente.

Mc Kenna tragó saliva mientras sentía su piel erizar a pesar del calor del local. Se quedó unos segundos mirando al chico y al gran cortinaje. Frente a él, otro hombre de seguridad mantenía la postura de guardia franqueando la entrada. Se agarró un mechón de pelo y de manera instintiva comenzó a anudarlo en su dedo, en un gesto familiar que hacía desde niña cuando maquinaba algo. De hecho así era como su madre había sabido anticiparse a sus planes siempre. Se apoyó de espaldas a la barra y echó un vistazo completo al local que constaba de dos plantas. Las paredes eran de color gris asfalto. Una pista central, en aquella primera planta, dos puertas cubiertas con pesados cortinajes granates. Una escalera cubierta con una moqueta del mismo color llevaba hasta una planta superior que asomaba a la inferior con una galería. Allí la gente bailaba de igual manera dejándose llevar por la música que el discjockey ponía en su cabina, que parecía el lujoso palco de un teatro. Todo el local pretendía dar esa impresión de riqueza y exuberancia rococó, mezclada con el estilo moderno y urbanita de sus paredes y suelos grises. Un movimiento llamó su atención en la galería y vio como un hombre trajeado con una cicatriz en el rostro hacía un gesto a uno de los tipos de seguridad de abajo. Le señalaba una chica y este iba directo a por ella. La chica, una rubia vestida con un diminuto vestido negro y zapatos de tacón plateados, tras el primer momento de sorpresa, al ver que el hombre de seguridad se aproximaba a ella y le decía algo al oído, miró a la galería y observó al hombre de la cicatriz. Una sonrisa boba asomó a sus labios, y despidiéndose de sus amigas, siguió al de seguridad hasta la puerta de cortinaje granate, perdiéndose tras ella. Vio repetir la misma operación dos veces más, con chicas bellas y extremadamente jóvenes que siguieron al hombre tras los cortinajes.

¿Sabrían esas chicas que iban directas al matadero? Ella sí. Lo sabía. Había ido allí para cumplir con una misión, y ya no podía echarse atrás. Le daba igual lo que ocurriera. Había perdido todo, no le quedaba nada por lo que luchar, tan solo saborear la venganza, y lo que pudiese pasarle a ella le era indiferente. La muerte de su hermana había roto su familia. Sus padres se separaron, incapaces de ver el dolor reflejado en la mirada perdida del otro. Y mientras su padre rehacía su vida con otra mujer que tenía dos niños

pequeños, su madre se dejó consumir por el alcohol hasta que su cuerpo no lo soportó más y murió, hacía un mes. Mc Kenna había estado hasta el último momento cuidándola, pero no había sido suficiente. No había conseguido salvarla de la pena en la que la había sumido la muerte de su hija. No había conseguido salvar a Caroline de las garras de aquellos malnacidos, y su padre parecía ajeno a todo, protegido en la burbuja de su nueva vida. No lo odiaba por dejarla sola con su madre cuando ambas más lo necesitaban, solo esperaba que su burbuja pudiese protegerlo de verdad de los fantasmas que a ella le atormentaban cada noche. Solo le quedaba una cosa por hacer, vengarse, y parada allí viendo cómo llevaban a otras chicas al lugar donde estaban los tipos que debían pagar, no iba a conseguirlo.

Dio el último trago a su refresco y se adentró de nuevo en el mar de cuerpos que bailaban en la pista. Las luces fluorescentes iban a ayudarla a llamar la atención. Se colocó bajo el foco de uno de los cañones de luz violácea y comenzó a contonear su cuerpo de forma sexy. No iba a costarle llamar la atención con su baile. Mc Kenna, al igual que Caroline, era bailarina. Aunque su hermana se había centrado en el ballet clásico y ella en el baile contemporáneo y moderno. Dejó que la música fluyera por su cuerpo y las notas la guiaran en un baile insinuante y sensual sin rozar la vulgaridad. Cerró los ojos y siguió meciéndose entre la gente. El cabello rojizo le caía como una cascada por la espalda, le rozó el rostro y se arqueó hacia atrás elevando los brazos balanceándose al son de la música. Un minuto más tarde, tal y como había predicho, una mano fuerte se posó sobre su hombro para llamar su atención. Se giró con gesto de falsa sorpresa y dejó que aquel hombre de seguridad le hablase al oído.

—Al señor Carpo le gustaría invitarla a una fiesta privada que hay en el reservado. Le agradecería que me acompañara —le dijo el hombre al tiempo que la tomaba por el codo para dirigirla allí, dando por sentado que su respuesta era afirmativa.

Mc Kenna miró al tipo en la galería y vio como le obsequiaba una sonrisa lasciva. A pesar del asco y repulsión que le daba ese tipo, le devolvió la sonrisa con una sola cosa en mente: se la iba a borrar de un balazo. Asintió al hombre de seguridad y se dejó guiar tras los pesados cortinajes en busca de su ansiada venganza.

Capítulo 3

El sonido estridente de su móvil lo despertó con la contundencia de una bofetada inesperada. Miró la hora en el despertador digital sobre su mesilla de noche y vio que solo habían pasado cuatro horas desde que se dejó caer en la cama. Aquello solo podía significar una cosa, tenía que volver al trabajo. Gruñó y agarró su teléfono, que seguía sonando impertinente sin dar tiempo a sus atontadas neuronas a terminar de despertar. Descolgó la llamada y soltó otro gruñido en respuesta. La voz de Edie, al otro lado de la línea, le corroboró lo que él ya sabía. Colgó y se sentó en la cama, se pasó las manos por el cabello que le llegaba hasta el final del cuello y resopló con contundencia. Se levantó antes de tener que pensar por segunda vez que debía hacerlo. Dejó caer la toalla que lo cubría y comenzó a vestirse. Tomó un vaquero azul algo desgastado, una camiseta blanca, una sudadera gris con capucha y su cazadora de cuero negra. Las botas, el arma, la placa, la cartera, el móvil y las llaves de su coche. Calibre lo esperaba en la puerta.

—No puedo llevarte, chico... Más tarde te sacaré Pierce a la calle, ¿de acuerdo, compañero? —le dijo acariciando el suave pelaje color canela de su cabeza. El perro le lamió la mano y Robert salió del apartamento y del edificio, encontrándose de nuevo con el frío y húmedo ambiente de la calle.

Eran las cinco de la mañana y la humedad calaba hasta los huesos en aquella especialmente fría noche de mediados de enero. Se subió a su Camaro y vio en la pantalla de su móvil la dirección a la que debía dirigirse, que García le había mandado en un mensaje. La reconoció enseguida, se trataba de uno de los edificios más lujosos de la ciudad, en Tribeca. No tardó ni quince minutos en llegar, pero García ya lo estaba esperando en la puerta, junto a tres coches más de patrulla y uno de la policía científica.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó a su compañero nada más bajar de su vehículo, sorprendido por el despliegue.

—Acabo de llegar, aún no he subido, pero los chicos que tomaron el aviso y fueron los primeros en llegar dicen que no han visto nada igual. La escena es rocambolesca —comenzó a decirle Edie mientras se dirigían al lujoso hall del edificio. Allí el portero, un hombre mayor que rondaría ya los sesenta años, bastante nervioso, se frotaba las manos mientras una agente de uniforme le tomaba declaración. La policía científica ya había acordonado la

zona con cintas y comenzaba a tomar huellas —. Según parece, hay una docena de muertos, casi todo chicas jóvenes y un par de tipos. El portero volvía del baño cuando vio a otros dos tipos salir armados con automáticas y manchados de sangre. Por suerte no lo vieron y pudo avisarnos. Pobre hombre —dijo señalándolo— no ha parado de temblar y llorar.

—¿Tenemos algún otro testigo ocular? —preguntó Robert entrando en el ascensor, que lo llevó hasta el ático en pocos segundos.

—No, según parece todo fue muy rápido. El portero dice que los dos hombres estaban en la lista de personas autorizadas a subir. Solo le llamó la atención que iban trajeados pero portaban sendas bolsas grandes de deporte. Cuando tomaron el ascensor, él fue al baño. Dice que no tardó ni diez minutos cuando los vio salir. Se llevaron consigo la lista de invitados, y no recuerda los nombres.

—Imagino que el edificio tiene cámaras de seguridad por todas partes, puede que las grabaciones nos ayuden con la identificación —dijo Robert saliendo del ascensor y entrando directamente en el lujoso ático.

Efectivamente la escena era rocambolesca. El lugar, de un blanco inmaculado en paredes, techo, alfombras, tapicerías y gran parte del mobiliario, estaba lleno de sangre. Nada más entrar, un par de chicas yacían en el suelo, muertas, con el rostro desencajado. No debían de llegar a los veinte años. Vestían dos minúsculos vestidos de color negro, una de ellas conservaba unos tacones altísimos en color plata y la otra estaba descalza. El exceso de maquillaje de sus rostros no disimulaba lo tremendamente jóvenes que eran, al contrario, parecían niñas disfrazadas. Robert sintió náuseas.

—¡Dios mío! ¿Qué hacíais aquí? —preguntó agachado junto a los cuerpos —. Es evidente que intentaban escapar de la masacre cuando las pillaron. ¡Pobres chicas! —dijo cabeceando con pesar.

—¡Detectives! —oyeron que los llamaban, desde uno de los extremos del gran salón de aquel ático. Robert y su compañero miraron en aquella dirección y vieron a Adam Monroe, el forense. Un hombre de unos cincuenta años, mirada severa y recortada y pulcra barba, que los observaba con mirada pétrea bajo unas elegantes gafas de pasta negras.

—Hola, Adam —lo saludó Robert al llegar junto a él.

—Robert, García...

—¿Qué tenemos? —preguntó Robert agachándose a la altura del forense, que analizaba en ese momento a uno de los dos tipos que habían muerto en

el ático. Era un hombre de unos cuarenta años, complexión media, con una fea cicatriz en el lado izquierdo de su rostro, que llegaba desde la mejilla hasta casi la boca. Vestía un traje caro en gris oscuro, camisa negra y zapatos de punta en cuero negro. Había recibido un disparo en la cabeza, en mitad de la frente.

—Parece que este fue uno de los primeros en morir, estaba en este sofá cuando comenzaron los disparos, fue a sacar su arma, pero no le dio tiempo, recibió un balazo entre ceja y ceja. Su amigo está dentro en una de las habitaciones, a él lo pillaron con dos chicas en la cama. Están los tres muertos. Hay doce muertos en total, dos hombres y diez chicas que no creo que superen ninguna los veinte años de edad. Además de las dos de la entrada, este y los tres de la habitación, las otras cuatro están dos en el pasillo y otras dos en una de las habitaciones. Se habían preparado una buena orgía, hay alcohol y drogas en abundancia, tanto aquí en la sala como en las habitaciones —continuó explicándose el forense señalando una de las mesas en la que había varias rayas de coca preparadas, polvo blanco diseminado y una bolsa con pastillas. Botellas de whisky y vasos a medio beber.

—Sí, parece que tenían montada una buena —dijo García—. ¿Alguna identificación?

—Las chicas están todas indocumentadas. No hemos encontrado ni carnets, ni bolsos, ni siquiera teléfonos móviles. Los hombres sí iban documentados. En el carnet de este dice que es Anthony Carpo, y el de dentro es Vito Di Marco.

—¡Joder, qué bien! Hemos topado con la mafia italiana —dijo García, que estaba apuntando los datos en su libreta y al escuchar los nombres se había detenido.

—¿Los conocéis? —preguntó el forense.

—Vito Di Marco es el hermano de uno de los capos de la mafia más destacado y peligroso de la ciudad —continuó explicando Edie.

—¿Creéis que puede ser entonces un ajuste de cuentas? —preguntó el forense dejando el cuerpo e incorporándose frente a Robert. A pesar de ser un hombre alto, de más de metro ochenta, tuvo que mirar al detective levantando la vista a sus más de metro noventa de altura. Se quitó las gafas y los guantes de látex.

—No lo creo —opinó Robert— demasiadas muertes. No se limitaron a matar a los tipos. Acabaron con todas las chicas sin pensárselo dos veces.

Estos tíos querían mandar un mensaje, alto y claro. Sea como sea, estoy seguro de que cuando el señor Di Marco sepa de la muerte de su hermano, esto no va a quedar así. Parece que fue un trabajo de profesionales; entraron, hicieron limpieza y se marcharon. Espero que al menos las cámaras de vigilancia nos den alguna pista de quiénes pueden ser los responsables antes de que esto se convierta en una batalla en las calles.

—Pues os deseo mucha suerte. Yo me marchó. En cuando tenga las huellas de las chicas y pueda identificarlas os lo haré saber. Mi trabajo ha terminado aquí. Preparaos para lo de ahí dentro, porque la escena se pone peor —les advirtió antes de marcharse señalando el pasillo que llevaba hasta los dormitorios.

Robert y García se despidieron del forense y fueron en la dirección indicada. No habían dado ni dos pasos cuando encontraron otra chica muerta. Le habían disparado por la espalda y yacía en el suelo boca abajo sobre un gran charco de sangre. Tenía el rostro dulce, el cabello rubio y largo hasta la mitad de la espalda. Parecía que había salido de una habitación que se encontraba a la derecha. Pasaron a su lado pegándose a las paredes para no contaminar la escena y entraron en la habitación. Allí estaba Vito Di Marco, en la cama, medio sentado, con otro disparo en la frente y dos chicas con él, los tres desnudos. Salieron de la habitación y siguieron por el pasillo. Otras tres chicas muertas. Las paredes y el suelo estaban salpicados con grandes cantidades de sangre. La última de las chicas, una pelirroja de cabello largo y piel blanca, yacía junto a la puerta del baño. Estaba claro que había intentado refugiarse en él, pero no había tenido tiempo. Su mano se dirigía a la puerta, y tenía los ojos abiertos y la mirada perdida. Estaba desnuda de cintura para arriba. Robert se agachó junto a ella. Era una chica preciosa, como las demás. ¿De dónde habrían salido aquellas chicas? Era extraño que ninguna tuviese documentación, ni bolso, ni móvil.

—Esto es una carnicería —dijo García—. Son casi niñas. No son mayores que Jen. ¿Ves, hermano, por lo que soy tan pesado con mi hermanita?

Robert escuchó un ruido proveniente del baño que había justo tras él.

—Esto es lo que pasa con las chicas jóvenes cuando nadie cuida de ellas, viene algún desalmado...

Robert hizo una señal a su compañero para que se callara, se incorporó y desenfundó el arma. Se pegó a la pared junto a la puerta. Hizo señales a García para que se colocase al otro lado. Este obedeció al instante. Con un movimiento rápido, Robert entró en el baño, que tenía la puerta abierta un

par de dedos, y se encontró en una estancia enorme aparentemente vacía. Había una enorme bañera con jacuzzi, una ducha, un lavabo doble de mármol y cristal y un armario de ropa de baño. Volvió a escuchar un ruido que provenía de aquella dirección y se acercó con sigilo al armario. Abrió la puerta y comprobó que estaba vacío, a su lado estaba la puerta del conducto de la ropa sucia que la llevaba hasta la lavandería del edificio. Se acercó a ella y con un rápido movimiento la abrió.

Un grito agudo y desgarrador retumbó por el conducto metálico rompiendo el silencio. Robert vio a una chica que se escondía allí y estaba a punto de caer por el hueco de la ropa. A duras penas se sostenía y con el susto había descendido casi medio metro. La agarró con fuerza y tras los primeros segundos de consternación y duda, la chica se sujetó a él intentando no caer. Los fuertes brazos de Robert tiraron de ella, y la sacaron con facilidad, depositándola despacio en el suelo. En cuanto la chica tocó la blanca superficie, se alejó de él despavorida arrastrándose marcha atrás hasta pegar la espalda en la pared.

Robert la observó y se agachó frente a ella.

No parecía mayor que las demás. Era esbelta, de piel clara y cabello en dos colores. La parte superior de la cabeza castaña oscura, y el resto de su larga melena en un llamativo color rojizo. Su rostro era de facciones finas y elegantes, pero provistas de una energía salvaje que hacían refulgir incluso aquella mirada gris y aterrorizada. El cabello parcialmente pegado al rostro por las salpicaduras de sangre que, en gran cantidad, cubrían también su vestido blanco. Aquella chica estaba muerta de miedo, pero también dispuesta a enfrentar pelea si se acercaba a ella. Robert vio un movimiento a su lado y supo que Edie estaba a punto de cometer el error de aproximarse a ella. En cuanto la chica vio el intento de su compañero comenzó a lanzar patadas y puñetazos al aire, intentando alejarse de ambos. Sus pies descalzos estuvieron a punto de golpearlo un par de veces, pero consiguió evitarlo. Edie no tuvo tanta suerte. Lo vio caer agarrándose la entrepierna, mientras él conseguía sujetar a la chica pegándola a su cuerpo e inmovilizándola con un fuerte abrazo.

—¡No! ¡No! —gritó una y otra vez forcejeando y retorciéndose entre sus brazos. Afortunadamente su superioridad en altura y fuerza se lo impidieron.

—Shhh... Tranquila —intentó calmarla—. No pasa nada, somos policías. Estás a salvo.

A pesar de su declaración la chica no dejó de removerse en sus brazos, de espaldas a él. Robert sintió el calor de aquel cuerpo pegado a suyo y el olor de su cabello mezcla de violetas y lirio salvaje inundando sus fosas nasales, turbándolo momentáneamente. Pero, lejos de aflojar, acentuó la presión de sus cuerpos apretándola contra él y bajó los labios hasta el oído de ella.

—Shhh... —repitió en un susurro, y continuó, pronunciando las palabras lentamente, en tono suave pero firme—: Estoy contigo, estás a salvo. Nadie puede hacerte daño ya.

El cálido susurro sorprendió a la chica, que sintió la caricia de su aliento en oído y cuello. Robert percibió sorprendido, bajo su tacto, cómo se erizaba la piel femenina. Después ella tomó aire con profundidad y su respiración se hizo más calmada. Durante largos segundos se mantuvieron así, pegados y en silencio, mientras la respiración de la chica iba adquiriendo un ritmo más pausado, acompasándose a la suya, y el cuerpo fue aflojando la tensión. Entonces la sintió estremecerse entre sus brazos, temblar, y finalmente dejarse caer exhausta. La sostuvo entre sus brazos, la levantó en vilo y la sacó de allí.

Capítulo 4

Unos minutos más tarde el frío de la calle la estremeció entre los brazos de aquel hombre grande que la había sujetado en el baño del ático. Mc Kenna pensó que debía haber perdido el conocimiento unos minutos, porque no recordaba cómo habían bajado de allí. Tan solo sentía el calor del cuerpo grande y firme que la sujetaba con fuerza y cuidado y, la sacaba del edificio. Aspiró el aroma del hombre, tremendamente masculino, y sintió la necesidad de pegarse más a él. Se dijo que era debido al frío de la calle, pero lo cierto era que hacía mucho que nadie la abrazaba de aquella manera: desde la marcha de su hermana, desde que su madre decidiese perderse en el fondo de una botella de whisky, desde que su padre buscó el consuelo en otra familia, ella había estado sola. Nadie la había abrazado ni hecho sentir protegida. No había consentido que nadie lo hiciese tampoco, hasta ese momento.

Levantó el rostro y el cabello castaño, casi rubio del hombre, que le llegaba cerca de los hombros, le acarició la mejilla. Tenía un rostro tremendamente masculino y atractivo. La mandíbula marcada, unos labios ligeramente llenos y firmes, la nariz perfecta y unos ojos verdes de mirada decidida e intensa. Él bajó la vista hacia ella, intuyendo su escrutinio y tras un segundo en el que sus miradas se encontraron, Mc Kenna sintió que su corazón se desbocaba y apartó la vista con rapidez. Unos segundos más tardes, él la depositaba en la parte trasera de una ambulancia aparcada en la puerta del edificio, sobre la acera.

Inmediatamente un sanitario le colocó sobre los hombros una manta, pero ella anheló el calor que había recibido de forma directa del cuerpo masculino. Una chica que se presentó como doctora comenzó a tomarle las pulsaciones y a hacerle un examen superficial, comprobando que la sangre que estaba pegada a su rostro, brazos, piernas y vestido, no era suya. Al ver que así era, la dejó unos segundos.

Vio que el hombre que la había llevado hasta allí se mantenía cerca de la ambulancia a pesar de que hablaba con varios policías a los que hacía preguntas y daba algunas instrucciones. Le había dicho que era policía, pero no llevaba uniforme, al igual que su compañero. Debían de ser detectives. En ese momento se le aproximó el compañero, que aún tenía el rostro

desencajado por el dolor y con un color blanquecino que denotaba que seguía sufriendo las consecuencias de la patada que le había propinado. La miró un segundo con gesto ceñudo y se dirigió a su compañero, empezando una conversación mientras le daban la espalda.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Robert a García en cuanto este se acercó a él.

—Aún no, pero lo estaré en breve. Esa chica tiene fuerza en las piernas, pero creo que lo que ha salido peor parado ha sido mi orgullo —respondió, con una mueca de dolor.

Robert le devolvió una sonrisa.

—Estaba muy asustada, no debiste acercarte —dijo girándose a mirarla.

—Ahora lo sé. No volveré a cometer el mismo error. Te la dejo toda para ti —contestó Edie desviando también la mirada en dirección a la chica—. ¿Quién será? ¿De dónde habrá salido? Ha tenido mucha suerte ahí dentro, podría haber terminado como las otras...

—Siendo un precioso cadáver... Por suerte pudo esconderse a tiempo —añadió Robert sin apartar la vista de ella.

—Pero lo que vio en ese ático le será difícil olvidarlo. No tiene heridas superficiales, toda la sangre que la cubre no es suya, ha tenido que ver de cerca todo el horror de la escena —apuntó Edie—. Aunque no me alegro de que haya pasado por esto, ahora tenemos una testigo. Si las cámaras no nos ayudan, ella debería poder darnos una buena descripción de, al menos, uno de los tipos.

—Imagino que sí. Pero por ahora deberá ir a hospital y que le hagan un reconocimiento en profundidad. Espero que no haya sufrido ningún otro daño —dijo Robert bajando el tono y apretando las mandíbulas.

A Edie no se le escapó la tensión en las últimas palabras de su compañero. Lo observó y vio como este fijaba la vista en la chica y se quedaba absorto en su imagen desamparada. La joven se encogió en la camilla y ocultó su rostro entre las manos.

Acababan de tomarle la temperatura y una muestra de su boca con un bastoncillo, mirar sus pupilas y tomarle el pulso. Tras esta última prueba, Mc Kenna volvió a quedarse sola mientras la doctora se introducía en la ambulancia y rebuscaba en los cajones. Se hizo un ovillo bajo la manta abrazándose las piernas y ocultando el rostro bajo el grueso y áspero tejido, cerró los ojos y las imágenes comenzaron a invadir sus retinas. Escuchó los disparos y los gritos de las chicas. Ella estaba en el interior de una de las

habitaciones. El asqueroso tipo que la había elegido estaba ya en la cama con dos chicas, y ella se las había ingeniado para ser la última en tener que quitarse la ropa. Los gritos de las chicas que estaban en el salón llegaron hasta sus oídos, como la primera vez, nítidos, desgarradores. Salió atropelladamente al pasillo y allí chocó con otra chica que huía también de la escena intentando dirigirse al baño. La otra perdió el equilibrio y la vio caer al suelo. A pesar de estar a escasos centímetros ya de la puerta del baño, Mc Kenna la oyó caer a su espalda y se giró. El rostro aterrorizado de la chica se quedó grabado en su retina, su mirada suplicante pidiendo ayuda. Se volvió sobre los talones y la ayudó a levantarse. Cuando ya estaba en pie y ambas se dirigían hacia el baño una ráfaga de disparos se escuchó como un estruendo en el pasillo, y la chica gritó a su espalda mientras las balas atravesaban su cuerpo. Mc Kenna la vio morir frente a ella. Su sangre le salpicó en el rostro y la vio desplomarse como una muñeca rota, inerte y con el rostro demudado.

Se quedó allí paralizada una centésima de segundo que le pareció una eternidad, como si el mundo se hubiese detenido para ella, mostrándole la imagen más horrenda que había visto en su vida, viendo como la vida de aquella chica se iba en un suspiro.

Y lo oyó. Tal vez había alucinado. Tal vez solo había sido el zumbido de su sangre frenética por las venas. O el pánico amenazando con hacerle perder el conocimiento, pero le pareció una voz, la de su hermana gritándole: “¡Corre!”.

Un estremecimiento la recorrió al recordar la voz, que la hizo despertar de su estado y dirigir los pasos al baño. Otro temblor se apoderó de su cuerpo y las lágrimas se agolparon en sus ojos, cegándola por completo. La respiración comenzó a faltarle como si con cada bocanada de aire que anhelaban sus pulmones solo encontrasen vacío. Se llevó una mano al cuello e intentó respirar nuevamente, resultándole imposible. Se ahogaba, se ahogaba sin remedio, la falta de oxígeno hizo que todo a su alrededor girase a velocidad vertiginosa, y la visión comenzase a nublarse. La doctora se acercó corriendo a ella con una aguja y la aferró por el brazo para poder pincharla. El pavor se apoderó de ella y se revolvió intentando impedirse lo desesperada.

Robert vio a la chica temblar bajo la manta y a continuación comenzar a respirar con dificultad. Se agarró el cuello como si no consiguiese respirar y la sanitario que la había estado revisando en la ambulancia tomó una

jeringuilla con algo que intentaba inyectarle, pero la chica, una vez más llena de pánico, comenzó a resistirse haciendo que la mujer no pudiese acercarse. Sin pensarlo dos veces corrió hacia allí, hasta detenerse frente a su rostro, que tomó entre las manos para que pudiese verlo bien. — Tranquila —le dijo en tono suave—. Solo intenta ayudarte. La chica lo miró reconociendo su rostro, pues su gesto se relajó ligeramente. Se detuvo un segundo

fijando la mirada en la suya. Sus pupilas se dilataron y sus ojos grises brillaron por las lágrimas justo antes de recibir un pinchazo en el brazo. Se observó allí donde le habían clavado la aguja y volvió a mirarlo a él a los ojos, pero su expresión esta vez iba cargada de dolor y decepción. Robert recibió aquella mirada como una bofetada. Se sentía traicionada. Quiso justificarse ante ella, pero la chica cerró los ojos y perdió el conocimiento en ese momento. Entre la doctora y él la tumbaron en la camilla.

—Estará bien, solo era un sedante. Estaba sufriendo una crisis de ansiedad. Algo completamente lógico con lo que ha debido de vivir la pobre allí arriba —le dijo la doctora.

Robert asintió sin apartar la vista del rostro dormido pero aún tenso de la chica. Quiso acariciarlo y retirarle un mechón de cabello rojizo que caía sobre su brazo. Pero finalmente bajó de la ambulancia antes de dejarse llevar por sus instintos.

Pocos minutos más tarde, la ambulancia se marchó en dirección al hospital y Edie y él entraban de nuevo en el edificio para interrogar otra vez al portero, antes de dirigirse a la comisaría.

Capítulo 5

Horas más tarde, Robert y Edie llegaban a la comisaría después de haber interrogado al portero, vecinos, transeúntes, y haber tomado las cintas de las cámaras de seguridad. Las habían visualizado en la sala de seguridad del edificio comprobando como minutos antes de que los hombres armados entrasen en el edificio las cámaras habían sido anuladas, con lo que no tenían ninguna imagen de los asesinos. El portero iba a ser llevado a la comisaría para hacer un retrato robot de los hombres, pero tendrían que esperar al día siguiente, pues había tenido que ser sedado también a causa de una crisis nerviosa.

En aquel momento, sus únicas pistas residían en las que pudiesen encontrar a través del análisis de las pruebas forenses que habían sido recogidas en la escena del crimen, y en la identificación que pudiese hacer la chica superviviente. Al pensar en ella, el recuerdo de su mirada decepcionada invadió su mente haciéndolo sentir apurado. Se pasó la mano por la larga cabellera y se dirigió a su escritorio con gesto cansado. Se sentó en su silla y perdió la mirada en la pila de papeles con notas que había tomado para analizar sobre el caso y decidió que necesitaba un café antes de enfrentarse a todo aquello.

—Voy a por un café, ¿quieres uno? —le preguntó a su compañero. Edie, al igual que él, intentaba dar forma a la información que tenía sobre su escritorio.

—Sí, hermano. Bien cargado y con azúcar, por favor.

Robert se dirigió a la cafetera y, tomando dos tazas, comenzó a servir el oscuro brebaje cuando una mano pequeña de piel pálida se posó sobre su brazo.

—Hola, Robert —lo saludó Abbie con una bonita sonrisa y mirada invitadora.

—Buenos días —contestó él, que veía como habían entrado ya en plena mañana, aunque un cielo bastante nublado y plomizo hacía que la estancia estuviese escasamente iluminada. Volvió a mirar las tazas mientras introducía tres azucarillos en el café del goloso de su compañero, y evitando de aquella manera deliberadamente tener que cruzar la mirada con Abbie, que parecía dispuesta a servirse ella también una taza.

Su compañera detective solía mirarlo con gesto esperanzado desde que él le dijese hacía cuatro meses, después de un par de citas, que creía que era mejor que no fueran a más, que no quería mantener una relación seria con una compañera de trabajo. Abbie, entonces, intentó mostrarse en actitud fría como si realmente no viese problema en su decisión, pero lo cierto era que cada vez con más frecuencia se hacía la encontradiza con él en la comisaría. Buscaba entablar conversaciones banales, lo tocaba con cualquier pretexto y en más de una ocasión se había sentido observado por ella. Sabía que había sido muy tajante y sorprendente su decisión de romper con aquellas citas que acababan de comenzar, pero después de los encuentros no había visto la necesidad de continuarlos. Abbie era una mujer atractiva y una compañía muy agradable, pero no sentía nada por ella.

—¿Me pasas el azúcar? —le dijo la chica con una sonrisa.

—Claro, toma —dejó el azucarero sobre la encimera junto a ella.

—Gracias.

Aquel tono suave fue acompañado por una caricia en el brazo, sobre la camiseta. Robert miró en aquella dirección y después a la chica, cuyo rostro, de enormes ojos azules, enmarcaban unos hermosos rizos rubios imposibles de domar.

—¿Crees que podríamos hablar algún día? Quedar para tomar un café —dijo ella señalando las tazas—, fuera de aquí —aclaró ensanchando la sonrisa.

Robert no quería hacerle daño. La situación se había vuelto cada vez más incómoda con ella. Nunca debió aceptar aquella primera vez, y lo había hecho. Hacía mucho tiempo que había decidido que dada su profesión no veía conveniente tener pareja. Él había visto el sufrimiento de su madre esperando a que su padre regresase cada día a casa, y cuando definitivamente no lo hizo, durante mucho tiempo la vio sumida en una tristeza de la que le costó años salir y volver a retomar las ilusiones que la ayudasen a seguir con su vida. Pero a veces la decisión de no compartir sus días con alguien se hacía pesada y dura. En ocasiones cuando llegaba a casa añoraba el contacto de otra persona, sentir que su alma era tocada por otro ser humano, que no estaba perdido en aquella enorme ciudad de cemento y acero, como un edificio más. Que había calidez en su existencia. Que podía encontrar en alguien el refugio que necesitaba para las cosas que vivía cada día en aquellas calles. En aquellos inusuales momentos de debilidad, se permitía caer en la trampa de tener una cita con alguna mujer. Solían ser

citas de una sola noche, pero quedar con Abbie había sido un gran error. Ahora la veía cada día y su mirada buscando respuestas lo estaba volviendo loco.

—Abbie, será mejor... —comenzó a decir resoplando.

—¡Brooks y García, a mi despacho! —los llamó en ese momento el capitán desde la puerta de su cubículo.

—Lo siento, tengo que marcharme —se apartó Robert, y vio como el gesto de Abbie se torcía en una mueca.

—Está bien, pero piénsalo —le contestó ella pasando por su lado volviendo a la actitud coqueta. Sus palabras lo acariciaron como una invitación, pero él tenía claro que no iba a aceptar. Salió de allí, dejó las tazas sobre su escritorio y fue hacia el despacho del capitán, que ya los esperaba. Edie entró delante y Robert cerró la puerta tras ellos.

—¿Qué tenemos, chicos? Por lo que me han comentado ha sido una noche dura —dijo incorporándose sobre el escritorio, en el que tenía diseminadas las fotografías que había tomado la científica del lugar del asesinato. Las imágenes de los cuerpos inertes de las chicas esparcidas por las estancias del ático llenaron sus retinas y al recordar el rostro horrorizado de la única superviviente, una mezcla de desasosiego y alivio se instaló en el pecho de Robert. Sentía la necesidad de proteger a la chica que había pasado por aquella horrible experiencia y al mismo tiempo agradecía al cielo que se hubiese salvado.

—Sí que lo ha sido, jefe —contestó Edie y comenzó a relatar sus impresiones mientras Robert intentaba centrarse en la conversación. Se dijo que el cansancio estaba pasándole factura, que por eso no dejaba de recrear aquella hermosa y decepcionada mirada gris en su mente.

—Y usted, Brooks, ¿qué opina? —preguntó de nuevo el capitán haciéndolo abandonar sus pensamientos.

Cabeceó intentando borrar la imagen de la chica y comenzó a hablar.

—Me parece que alguien ha querido enviar un mensaje alto y claro. Tenemos que averiguar qué hacían esos dos tipos con todas las chicas en el ático. Esto no tiene nada que ver con la forma de actuar de la mafia italiana. Estoy seguro de que Jhony Di Marco no estaba al corriente de las actividades de su hermano. Suelen ser más discretos. De cualquier manera, creo que habrá represalias por su parte. No dejará el asesinato de su hermano mayor sin castigo. Me gustaría averiguar antes de nada en qué estaba metido el mayor de los Di Marco. Tal vez así consigamos atrapar a

los tipos antes de que las calles de la ciudad se conviertan en un baño de sangre.

El capitán Jack Ross movió con gesto afirmativo su rostro ovalado de mirada cansada.

—Estoy de acuerdo. No podemos consentir que la situación se nos escape de las manos. Sea lo que sea lo que esté pasando, ya se ha cobrado demasiadas vidas —dijo tomando una de las fotografías en las que se veía a dos chicas inertes en el suelo y volviéndola a dejar sobre la mesa—. Necesitamos obtener una identificación positiva del portero o la testigo. En cuanto estén recuperados, quiero que los traigáis y comencéis con el proceso de identificación.

—Sí, capitán. Esta misma mañana iremos a ver a ambos —contestó Edie.

—Mientras, deberíamos poner una patrulla de protección para cada uno de ellos —añadió Robert.

—Ya la he ordenado. Estarán custodiados hasta que consigáis interrogarlos y sepamos cuánto saben.

—Perfecto —contestó Robert.

—Bien, detectives, cuento con ustedes.

—Claro, capitán —replicó Edie despidiéndose del jefe y saliendo tras Robert—. ¿Son cosas mías o estás un poco ausente? —le preguntó llegando hasta sus escritorios.

—Son cosas tuyas —se limitó a contestar Robert.

Edie observó a su compañero con gesto impertérrito y mirada perdida y no le creyó ni un momento; algo rondaba por su cabeza. Pero sabía que por mucho que preguntase no conseguiría sacarle ninguna información que este no quisiese revelar, así que decidió dejarlo tranquilo, por el momento, sin quitarle ojo.

—Necesitamos hablar con los testigos ya. No podemos estar cruzados de brazos mientras llegan los resultados de las pruebas forenses, y dado que la revisión de las cintas ha sido completamente infructuosa, no nos queda otra.

—Estoy de acuerdo —dijo Edie tomando su cazadora del respaldo de la silla en el escritorio.

Robert hizo lo propio con su chaqueta negra de cuero y, recogiendo sus cosas, tomaron camino a la salida. Cuando estaban a punto de salir, la voz del capitán volvió a llamarlos a gritos desde la puerta de su despacho. Ambos se giraron y lo vieron allí en la puerta con el auricular del teléfono al oído mientras con la otra mano los apremiaba para que se acercasen.

Acababan de llegar hasta su altura cuando tapando el auricular les dijo:

—El portero acaba de ser asesinado. El agente que lo custodiaba también ha caído. Ambos asesinados en la casa del testigo...

Sin esperar a que el capitán continuase revelándoles la información, Robert salió corriendo de la comisaría. Edie, tras los primeros momentos de consternación, salió tras él disculpándose con el capitán.

Capítulo 6

Mc Kenna consiguió abrir los ojos perezosamente. Una brillante luz blanquecina sobre ella le decía que ya no estaba en la ambulancia. Totalmente desorientada intentó frotarse el rostro con la mano y al hacerlo se percató de que algo se lo impedía. Abrió los ojos abruptamente y vio que estaba esposada a la camilla. ¿Dónde estaba? ¿Por qué la habían esposado como a una criminal? Forcejeó con el frío metal e inmediatamente el dolor se agudizó en las muñecas doloridas. La sorpresa dio paso a la frustración, la impotencia y finalmente la rabia. Volvió a forcejear nuevamente, revolviéndose en la camilla, y un grito escapó de su garganta. Desesperado y enardecido. Las heridas en su piel se hicieron más profundas.

Miró a su alrededor con la esperanza de encontrar algo que la ayudase a escapar de su prisión. Estaba en una habitación de hospital. Aséptica y fría. Las paredes eran de color crema, una cortina celeste separaba el espacio de las dos camas que ocupaban el cuarto, aunque ésta, parcialmente recogida, le dejaba vislumbrar que era la única ocupante de la habitación. Otra puerta daba el acceso a un baño con un letrero en la puerta. Un sillón de acompañante y las máquinas a las que la tenían monitorizada, nada más. Se miró los brazos, llevaba una vía por la que le estaban suministrando algún tipo de medicación que ya se había acabado. Otro monitor medía sus constantes vitales con un artefacto colocado en el dedo en su mano derecha. Le habían puesto un sencillo y áspero camisón de hospital en color azul desgastado y agradeció ya no estar cubierta por la sangre de aquella chica. También habían limpiado su rostro, piernas y brazos. Inmediatamente vio el cuerpo inerte de la joven caer frente a ella, con mirada vacía. Le pareció oír el sonido hueco de su cuerpo golpeando el suelo del pasillo y de repente nada. Una voz gritándole al oído “corre”. Cerró los ojos con fuerza intentando que aquella familiar y dulce voz no la abandonara al abrirlos, suplicando que se quedara con ella... pero haciendo caso omiso, se fue.

Volvió a sentir como su corazón se aceleraba y con él llegaba la falta de aire. Quiso llevarse la mano al cuello, pero no pudo al estar esposada. El monitor junto a ella comenzó a pitar con un sonido agudo y desagradable y en unos segundos la puerta de la habitación se abrió y una enfermera de rostro afable y manos regordetas se acercó hasta el monitor, sin prestarle

atención.

—Quiero que me suelten, ¿por qué me tienen esposada? —forcejeó.

La enfermera la miró durante un minuto en silencio y finalmente resolvió contestarle. —Son normas del hospital. Cuando consideramos que un paciente puede ponerse en peligro a sí mismo o al personal.

Mc Kenna abrió los ojos desorbitadamente.

—¡Yo no pongo en peligro a nadie!

—Has agredido a un agente de policía y forcejeaste con la doctora que intentaba calmarte en la

ambulancia. Tuvimos que sedarte, por tu bien. Lo mejor que puedes hacer ahora es relajarte, el médico vendrá en unos minutos. Él considerará si podemos soltarte ya. No debes preocuparte por nada ahora. En la puerta hay un policía que te está haciendo de escolta y para cualquier cosa que necesites solo tienes que presionar este botón y yo misma vendré a atenderte —le dijo señalando un cable del que pendía un mando con un botón rojo, junto a su mano derecha.

Mc Kenna estuvo a punto de protestar con vehemencia ante la situación. No entendía por qué era tratada como una criminal. Pero si las palabras de la enfermera eran ciertas, sus protestas solo agravarían su situación. Tranquilidad era lo último que sentía en aquel momento. Solo quería salir de allí, escapar del hospital y de aquella pesadilla. Y para eso lo primero era convencer al doctor de que se había calmado, y así él ordenaría que la soltasen. Después, no tardaría ni dos minutos en abandonar aquel hospital, y hasta aquella ciudad. Los tipos a los que había ido a matar ya estaban muertos. Solo quería volver a casa.

—Eso está mejor —le dijo la enfermera complacida con el gesto de resignación de Mc Kenna. Revisó el suero que le estaba inyectando, vio que se había terminado y se lo desconectó. Después se marchó dejándola sola de nuevo en el cuarto.

Mc Kenna se dejó caer laxa sobre la cama y cerró los ojos. Comenzó una serie de ejercicios de respiración con la intención de relajarse lo suficiente para convencer al doctor. Entonces, aún con los ojos cerrados, oyó las voces de unos hombres en la puerta de la habitación.

—¡Buenos días, detectives! —los saludó el agente a la puerta de la habitación de la testigo nada más llegar hasta él e identificarse con sus placas.

Robert había salido despavorido de la comisaría en dirección al hospital nada más escuchar la noticia de la muerte del portero de labios del capitán. Estaba claro que aquellos que habían hecho limpieza en el ático habían decidido también hacerla con los testigos, no dejando cabos sueltos. En cuanto intuyó que la chica estaba en peligro, no lo pensó dos veces y salió de la comisaría en dirección al hospital. Tenía que comprobar que no había sufrido daño alguno.

—¿Todo bien por aquí? —le preguntó Robert al agente pasando por su lado y abriendo ligeramente la puerta para mirar dentro de la habitación. La chica yacía en la cama con gesto relajado. El cabello rojizo esparcido sobre la blanca almohada le enmarcaba el rostro pálido de pestañas infinitas. La observó respirar acompasadamente. Parecía descansar tranquila, y con pereza se dispuso a cerrar la puerta de la habitación cuando algo brillante llamó su atención. Entonces vio las esposas. Estaba esposada a la cama. Apretó los labios en una fina línea de desaprobación.

—¿Está bien? —le preguntó Edie a su lado.

—Sí, está dormida.

—Perfecto, la casa del portero está a tan solo unas manzanas de aquí. Podemos ir a echar un vistazo por si vemos algo que nos ayude a averiguar quiénes son los tipos que han acabado con el hombre y nuestro compañero, y después volvemos.

—No —dijo Robert sorprendiéndolo—, no quiero dejarla sola. Seguro que ya están analizando la escena del crimen, pero si quieres puedes ir tú allí e intentar averiguar algo. Ella —señaló la puerta de la habitación— sigue en peligro. Que no hayan pasado aún por aquí no significa que no vayan a hacerlo.

—Pues entonces me quedo aquí contigo, ya iremos más tarde a la escena.

—No hace falta, Edie. Estoy seguro de que el agente...

—Nox, señor —se presentó el policía.

—De que el agente Nox y yo podemos encargarnos de esto. Además quiero hablar con la enfermera —dijo mirando al mostrador donde el personal de la planta se encontraba.

Edie miró en la misma dirección y luego el rostro de su compañero, serio y preocupado, y supo que aquella chica lo estaba afectando más de lo habitual. No le parecía una buena idea, no sabían nada de ella, ni de dónde había salido, ni qué hacía en aquel ático. Todas aquellas chicas podrían ser prostitutas, drogadictas, delincuentes... Los tipos que habían muerto con

ellas en el ático no eran precisamente compañías recomendables, y ya habían visto la fiesta que se estaban dando cuando fueron interrumpidos.

—¿Qué te pasa con esa chica? —le preguntó en un susurro alejándose unos pasos de la puerta y el agente.

Robert lo miró sin entender.

—¡Vamos, no me creo que no te hayas dado cuenta! —insistió.

—No sé de qué me hablas, García. Es una testigo en peligro, solo hago mi trabajo.

—Es una testigo en un hospital, custodiada, pero tú no quieres separarte de ella.

Robert lo miró atónito.

—No pongas esa cara, yo también quiero que la chica esté bien, pero esta actitud tuya...

—¿Qué actitud, Edie? ¡Estás mal de la cabeza! Es solo una testigo, una a la que estoy convencido de que van a intentar eliminar. Es la única que puede identificar a esos tipos ahora. No puedo dejarla sola. Creo que ya ha pasado por suficiente esta noche. Y de veras no creo que necesitemos ir los dos a un escenario del crimen que ya está siendo analizado. Es más importante mantenerla a salvo. ¡No dejaré que nadie le vuelva a hacer daño!

La vehemencia en aquellas últimas palabras dibujó una sonrisa en los labios de Edie. No se equivocaba, esa chica le importaba. Tal vez solo fuese el instinto protector de Robert, que era fuerte, mucho. Lo había sido toda la vida con su madre y sus dos hermanas, pero hasta ahora no lo había mostrado en el trabajo. Robert pensaba que involucrarse sentimentalmente en los casos era un craso error. Nublaban la visión y hacían cometer errores. Por eso se sorprendía tanto y se preguntaba qué vería su compañero de especial en la chica, para erigirse su perro guardián.

Sabiendo que no lo iba a hacer cambiar de opinión, accedió a su plan no sin antes resolver que en cuanto saliese del escenario del crimen del portero iría a ver a Adam Monroe, el forense, para ver si había conseguido identificar a las chicas y en especial a aquella bonita pelirroja.

—Está bien, hermano, me marcho. Pero mantenme informado en todo momento —le dijo señalando su iPhone.

—Claro, no lo dudes. Tú igual.

Robert se despidió con una palmada en el hombro de su compañero, que se marchó por el pasillo. Se asomó nuevamente al interior de la habitación en la que la chica seguía con los ojos cerrados descansando y decidió que tenía

que mantener una seria conversación con la enfermera sobre aquellas esposas, por lo que se dirigió al mostrador con paso resuelto.

Capítulo 7

Robert mantenía una discusión con la enfermera, que se empeñaba una y otra vez en mantener a la chica esposada. Le estaba explicando que era un protocolo de seguridad que debían cumplir salvo contraorden del doctor, cuando el sonido estridente de una bandeja metálica cayendo al suelo llamó la atención de Robert. Miró en dirección a la puerta de la habitación que ocupaba su testigo y vio que estaba cerrada, pero el agente que debía custodiarla había desaparecido. Dejando con la palabra en la boca a la enfermera, se encaminó corriendo hacia la habitación mientras desenfundaba el arma. Al hacerlo, un par de personas que transitaban junto a él en el pasillo gritaron y salieron corriendo a esconderse.

Con el arma ya en la mano, entró en la habitación y la escena lo dejó paralizado un segundo. Levantó el arma y apuntó al agente que minutos antes se mantenía custodiando la habitación.

—¡Sepárate de ella! —le ordenó en tono frío.

El agente, con gesto aterrorizado, lo miró con el rostro desencajado mientras sujetaba una almohada sobre la cabeza de la chica y con la otra mano apuntaba con su arma hacia la almohada. Iba a matarla. Aun así algo no cuadraba en aquella imagen, el agente estaba muerto de miedo, no quería hacerlo y el hecho de cubrir el rostro de la chica antes de disparar le decía que para él era difícil tener que mirar.

—Agente Nox, no sé por qué estás haciendo esto, pero te ordeno que te detengas ¡ya!

—No puedo... Tengo que hacerlo —le contestó el agente, alterado y desesperado—. Tengo que hacerlo, tengo que hacerlo, ella tiene que morir...

—añadió moviéndose de manera nerviosa. Aproximó su rostro al de la chica y le dijo—: Lo siento, no tengo nada contra ti, pero mejor tú que ella...

—¿Qué quién, Nox? ¿Mejor la chica que quién?

Nox negó con la cabeza con gesto nervioso.

—Mira, amigo. Aún no has hecho nada de lo que te puedas arrepentir. Tú no quieres matar a esta chica, eres policía. Sea lo que sea lo que te está llevando a hacer esto, podemos solucionarlo. Yo te ayudaré, pero antes debes ayudarme tú a mí. Tienes que apartarte de ella.

La chica forcejeó bajó la almohada. Estaba esposada e imaginaba su

frustración y terror.

—¿La oyes? Tiene miedo, es la víctima, ha pasado por un infierno hoy. No merece morir así en la habitación de un hospital, de manos de un poli. Vamos, apártate de ella, baja el arma y lo hablaremos. Tampoco yo quiero tener que dispararte, pero si no te apartas de ella inmediatamente lo haré. Si le haces daño, de aquí no saldrás vivo. ¿Me entiendes?

Robert lo miró fijamente a los ojos, imprimiendo en sus palabras la fuerza para hacerle entender que así sería.

—¡No saldrás vivo! —le repitió.

—Me lo han ordenado, tengo que hacerlo.

—Apostaría a que los tipos que te lo han ordenado estarán la mar de contentos de perder a un buen policía en las calles. A ellos les da igual que tú mueras...

El rostro del agente mutó levemente, dudando.

—Pero tu familia no opinará lo mismo. Ellos te esperan en casa. Tienes que soltar el arma y hacer lo correcto para poder regresar a casa con ellos.

El agente Nox comenzó a llorar y a balancear la cabeza, confuso y tenso. Se debatía entre hacer lo correcto y aquello que lo tenía atemorizado.

—No puedo. Si no lo hago ellos la matarán, a mi pequeña. Lo siento —dijo finalmente tomando una decisión—, pero ella tiene que morir.

El tono decidido le dijo a Robert que ya no había marcha atrás. En un segundo vio al agente presionar con mayor fuerza el arma contra la almohada, cerrar los ojos, apretar los dientes y entonces un disparo se oyó en el interior de la habitación. El sonido retumbó por las paredes y un cuerpo cayó al suelo comenzando a llenar el blanco y aséptico suelo del hospital de sangre oscura y espesa.

Los siguientes minutos fueron un caos. Robert salió corriendo de la habitación pidiendo ayuda y dos enfermeras y un doctor acudieron inmediatamente a su llamada para atender al agente Nox, herido en el suelo. Le había disparado en un hombro y se retorció de dolor al tiempo que las lágrimas se derramaban por su rostro.

Robert acudió junto a la chica, le apartó el almohadón del rostro y se perdió en su mirada gris y aterrorizada unos segundos, con su rostro entre las manos. Después le soltó las muñecas de las esposas y antes de poder reaccionar la sintió apretarse a él en un fuerte abrazo mientras el pequeño cuerpo temblaba entre sus brazos. La apretó contra él y le mesó el cabello tranquilizándola. El aroma a violetas y lirio salvaje volvió a inundar sus

sentidos.

—Por favor... Ayude a mi pequeña. Mi hija... Por favor. Ellos la van a matar... —le dijo el agente desde el suelo implorándole ayuda.

Robert se separó ligeramente de la chica.

—¿Quién amenaza a su hija agente Nox? —le preguntó.

—¡No lo sé! —contestó nervioso retorciéndose de dolor—. Un tipo me acaba de enviar una foto de mi hija, en mi casa, El mensaje decía que si la testigo no era eliminada, mataría a mi hija de doce años. ¡Está a solas en casa, con ella! —dijo rompiendo a llorar.

—Tranquilo, yo me ocuparé —le aseguró Robert justo antes de ver como lo sacaban con una camilla de la habitación. Sin separarse de la chica tomó su teléfono y marcó el número de García. Al segundo tono este respondía a la llamada. Le explicó la situación y en diez minutos acordaron encontrarse en la casa del agente Nox.

—¡No puedes dejarme sola! —le pidió la chica sorprendiéndolo. Era la primera vez que le hablaba, que la oía fuera de un grito. Su voz suave y dulce llegó hasta él como una caricia y su mirada era suplicante a la vez que decidida—. Si te marchas me escaparé de aquí, solo quiero volver a casa —le dijo con determinación. Mc Kenna se miró las manos de dedos largos y finos, que temblaban sobre su regazo, y después lo miró a él haciéndole saber que no dudaría en hacerlo. Ese había sido su plan desde que se había despertado en aquella habitación. No sabía por qué se lo contaba a aquel hombre, tal vez porque le había salvado la vida, tal vez porque sentía que no corría peligro a su lado, tal vez porque en unas horas la había abrazado en dos ocasiones y en esos únicos momentos sintió que el dolor podría desaparecer.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Robert apartándole un mechón de pelo del rostro, que le impedía ahogarse en la profundidad de aquella mirada.

Mc Kenna se estremeció bajo el contacto sutil de las yemas de aquellos dedos sobre la piel fina de su mejilla. Entreabrió los labios sonrosados, tomó aire y finalmente dijo:

—Mc Kenna.

—¿Cuántos años tienes, Mc Kenna? —volvió a preguntar sin dejar de observarla.

La chica pareció pensárselo unos segundos. No sabía por qué quería saber su edad.

—Veintitrés —confesó finalmente.

“Joven, muy joven. Una pequeña leona”, pensó Robert observando su rostro de mirada desafiante, y supo que en cuanto se fuese de allí ella se marcharía. Haría lo que fuese necesario para conseguirlo. Y no podía dejar que ella desapareciera. No hasta saber quién era de verdad, qué hacía en aquel ático e identificase a las personas que intentaban matarla. Se dijo que aquella era la única razón que lo llevaba a tomar la decisión más alocada de su vida. La que le podía costar la placa, y su vida.

—Está bien, pequeña Mc Kenna —comenzó a decirle. Vio refulgir la mirada gris de la chica ante su comentario y ella hizo una mueca irguiéndose y mostrando que no tenía nada de pequeña. Le hizo gracia aquella reacción y prosiguió—. Está claro que no puedo dejarte aquí sola sin protección, pero tampoco puedo llevarte conmigo y ponerte en una situación de peligro. Te dejaré en un sitio. En uno en el que estarás segura mientras resuelvo el secuestro de la hija del agente Nox.

Robert vio como Mc Kenna se tensaba al escuchar el nombre del policía que acababa de intentar matarla.

—Su hija es inocente —le aclaró Robert mientras se quitaba la cazadora y se la colocaba a ella sobre los hombros.

Mc Kenna, sin pensárselo dos veces, arrancó la vía que tenía en el brazo, dejándolo perplejo. Después presionó el pinchazo e introdujo los brazos en las mangas. Aspiró el masculino aroma que emanaba la prenda, el calor que aún mantenía de su dueño la reconfortó y se abrazó a ella intentando atrapar el momento.

—Lo sé —dijo mientras se ponía unas zapatillas del hospital—, tampoco lo culpo a él por intentarlo. Matar para salvar a alguien a quien se ama...

—No está bien —finalizó Robert la frase por ella.

—A veces hay que hacer cosas que no están bien —le contestó con mirada sombría.

Robert se preguntó por la naturaleza de aquel pensamiento, pero no era el momento para entrar en debate con ella. Tenían que marcharse en ese momento, así que la tomó de la mano. El contacto una vez más lo inquietó. Miró las manos unidas y perfectamente acopladas de ambos un segundo y salió de la habitación colocándose delante de ella para cubrirla.

Unos minutos más tarde salían del edificio evitando a más policías, que se dirigían a la habitación de la chica por el incidente. Se subieron a su Camaro y la sacó de allí para ponerla a salvo preguntándose si en las últimas horas había perdido el juicio.

Capítulo 8

—¿Cómo está la chica? —le preguntó García cuando se agazapó junto a él en la parte trasera de la casa del agente Nox.

—Bien, considerando que han intentado matarla dos veces en menos de veinticuatro horas — contestó Robert sacando su arma y levantando la vista sobre la vaya que los cubría para planear sus siguientes pasos a dar. Las cortinas de la casa estaban cerradas y no se podía ver nada del interior.

—Sí, tengo que reconocer, hermano, que tenías razón al querer custodiarla. ¡Pobre chica! ¿Quién se ha quedado con ella en el hospital?

Robert obvió esta última pregunta.

—Las cortinas están echadas. Vamos a tener que entrar a ciegas. Tú guías al equipo delantero y yo al trasero.

Edie miró a su compañero un segundo sin entender por qué no le había contestado. Entonces una idea se paseó por su mente, pero era tan ridícula que decidió desecharla de inmediato. Aun así no pudo evitar preguntar:

—¿Tú no harías algo tan estúpido como traértela a una operación de rescate, verdad? —le preguntó con los ojos entornados de manera suspicaz.

—¡Por supuesto que no! —le contestó ofendido—. La he llevado a mi casa. Está con Pierce y Paul.

Sin esperar la réplica de su compañero, Robert comenzó a moverse en dirección a su posición de ataque. Escuchó a Edie soltar toda clase de improperios, la mitad en inglés y la otra en español, pero ninguno sonó bonito. Aun así no se detuvo y continuó con la operación. Los equipos tomaron sus posiciones y un par de minutos después dejó todo de existir para él, salvo la misión de rescate de la niña. No tardaron más de cinco minutos en entrar en la casa y abatir a los dos tipos que la tenían secuestrada. Estaba sola, atada y amordazada en su habitación. La señora Nox no estaba en la casa, la habían avisado al trabajo e iba de camino para reunirse con su pequeña. Iba a ser un día duro para ella. Había estado a punto de perder a su marido y a su hija en el mismo día. Estaban dejando a la niña con el equipo sanitario cuando García llegó hasta él.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo has podido llevarla a... tu casa?

Estas últimas palabras Edie las pronunció entre dientes junto a él, mirando a un lado y a otro y cerciorándose de que nadie podía oírlo. Su rostro estaba

descompuesto por la preocupación. Parecía que se le fuesen a salir los ojos de las orbitas.

—No podía dejarla allí. Me dijo que se marcharía. Que en cuanto tuviese la oportunidad se iría de allí. Está asustada, solo aceptó venir conmigo.

—Vaya, así que ella tampoco puede vivir sin ti —soltó García.

—Eres tan gracioso como un grano en el trasero, ¿sabes? No podía dejar que se marchara. Corre peligro. Además, es la única testigo que tenemos en el caso. Un caso cada vez más complicado y en el que parece que no va a parar de morir gente —le dijo Robert entrando en su coche.

Edie lo siguió y se acomodó en el asiento del copiloto.

—Bien.

—Bien.

—Pues vamos a por ella. Hay que llevarla a comisaría antes de que esto se haga más grande y pierdas tu placa por la chica —resolvió su compañero.

—Mc Kenna, se llama Mc Kenna Atkinson.

—¡Ah! Ya os habéis presentado. ¡Qué bonito! ¿Y te ha dicho qué hacía en la fiesta privada de anoche? —prosiguió Edie con sus comentarios.

Robert resopló y estuvo tentado de dar un puñetazo a su compañero, pero sabía que este solo estaba preocupado. Ciertamente había sido muy irresponsable llevando a la chica a su casa. No solo por ella o por la carrera de él, que era lo que menos le preocupaba en ese momento, sino por Pierce y Paul. Estaba seguro de que nadie los había seguido y de que tampoco sospecharían de él, pues él mismo había dado la orden de desaparición de la chica. Como si ella sola se hubiese marchado por su cuenta del hospital. Había tramitado una orden falsa de búsqueda contra ella, y eso era algo por lo que tendría que pagar las consecuencias. Pero por más que pensaba en los acontecimientos de aquel día, no imaginaba otra salida más que la que se había arriesgado a tomar. La única que le garantizaba que no la perdería. Como testigo, por supuesto, se aclaró inmediatamente a sí mismo.

Edie y él se encaminaron a su casa. Durante el trayecto tuvo que escuchar todo tipo de comentarios de su compañero, pero al cabo de cinco minutos se habían convertido en música de fondo. De alguna manera había conseguido conectar un gran botón de off y no llegaba a escuchar más que murmullos a su alrededor. En su lugar, los únicos pensamientos a los que se abandonaba su mente estaban envueltos con la presencia de Mc Kenna. Divagaba sobre su preciosa y gris mirada. Decidida y desafiante. Sobre las reacciones que había experimentado su cuerpo cada vez que había mantenido contacto con

ella. Sobre ese sorprendente sentimiento de protección que se había instalado en su pecho de manera casi dolorosa. Por encima de cualquier cosa necesitaba mantenerla a salvo. Pero algo le decía que ella no se lo iba a poner fácil.

Llegaron frente al edificio en el que se encontraba su apartamento y se encaminaron hasta él, pero Edie se quedó en la puerta custodiándola por seguridad. Robert entró subiendo las escaleras a grandes zancadas, deseando comprobar que todo iba bien. Pero la escena que encontró al abrir la puerta le detuvo el corazón en seco.

Su casa estaba vacía, ni Mc Kenna, ni Calibre, ni Pierce, ni Paul. No había signos de violencia en el apartamento, pero allí no se encontraban. Y había sido tajante con el hecho de que no podían abandonar la casa bajo ningún concepto. Entonces oyó unas voces provenientes del apartamento de al lado. En el interior de la casa de sus vecinos y caseros se escuchaban voces, un golpe y finalmente un grito. Antes de pensarlo siquiera, entró en la casa con la mano sobre el arma, dispuesto a desenfundar.

En el interior los ocupantes, sorprendidos, lo miraron con los ojos muy abiertos ante su enérgica entrada.

—¿Por qué no estáis en mi apartamento? ¿Y a qué ha venido ese grito? —preguntó Robert sin entender. Los tres ocupantes de la casa estaban sentados sobre una de las alfombras persas de Pierce, rodeados de coloreados cojines. Bebían té en la cristalería india de sus vecinos, también de múltiples colores y enrevesados labrados dorados. Sobre la mesa abundantes pasteles y galletas. Pero lo que más llamó su atención fue Mc Kenna. Allí sentada, rodeada de sus amigos, llevaba puesta una de sus enormes camisetas de los Yankees, cubriéndole escasamente los muslos. Unos muslos firmes y torneados de piel cremosa sobre los que reposaba la cabeza de Calibre, que dormía plácidamente sobre ella usándola como almohada. Tuvo que apartar la vista de aquellos muslos, tragando saliva. Las ondas rojizas que enmarcaban su bello rostro llamaron entonces su atención. Aún estaban húmedas. Así que se había dado una ducha... Parecía más relajada e incluso lo recibió con una pequeña sonrisa que removió algo incomprensible en su interior. Se quedó colgado de aquella sonrisa unos segundos.

—¡No podíamos quedarnos en tu piso de ninguna manera! —le dijo Pierce con su habitual tono exagerado. Se levantó de la alfombra y lo invitó a sentarse con ellos, pero Robert no se movió—. No tienes nada de comer. Tu nevera es un desastre y Mac estaba hambrienta. Así que decidimos hacer un

desayuno hindú aquí en el saloncito.

¿Mac? Sus amigos ya la habían adoptado, pensó. Y tenían razón en cuanto a lo de la comida en su apartamento. Apenas estaba en todo el día, y Calibre y él se alimentaban prácticamente de comida para llevar, que él recogía cada noche antes de volver a casa.

—Ven con nosotros, siéntate, seguro que estás hambriento tú también — Paul lo invitó a tomar asiento en la alfombra entre él y Mc Kenna, que lo miraba expectante aguardando su respuesta.

—Te vendrá bien comer algo —siguió Pierce—, no te alimentas bien. No lo hace —repitió esta vez dirigiéndose a Mc Kenna—. Es nuestra lucha constante con él. Ni duerme lo suficiente ni come adecuadamente —añadió, como una madre preocupada.

En los labios de Mc Kenna se volvió a dibujar una sonrisa y Robert tuvo que apartar la mirada de ella con pereza.

—Lo siento, pero tenemos que irnos. Edie está vigilando en la entrada. Tener a Mc Kenna aquí no es seguro. Hay que ir a la comisaría antes de que las cosas se compliquen más. Necesita protección.

El rostro de la chica se tensó inmediatamente.

—No tienes de qué preocuparte, yo me encargaré de que estés a salvo —le dijo ofreciéndole la mano para ayudarla a levantarse. Ella le miró su mano de dedos largos, grandes y fuertes, y se la tomó sin reservas.

En cuanto Robert sintió la calidez de la piel femenina acariciar la suya quiso comprobar cómo sería el tacto del resto de su cuerpo esbelto de movimientos elegantes, pero resolvió nuevamente que debía centrarse en ponerla a salvo.

—Muchas gracias, chicos, por cuidarla. Siento haberos puesto en esta situación.

—No tienes que decir nada —comenzó a decir Pierce desechando el resto de sus palabras con un gesto de su mano—. Nos ha encantado conocerte — se dirigió a Mc Kenna y le dio un abrazo. Paul, detrás de él, repitió el gesto. Calibre se arremolinó en torno a las piernas de la chica, no queriendo dejarla marchar—. ¡Un momento! —dijo Pierce desapareciendo hacia la casa de Robert, y volvió con uno de sus pantalones vaqueros favoritos y unas zapatillas de deporte blancas y rosas que este no conocía—. No puedes salir a la calle en camiseta. Toma. Este vaquero es de Robert, los nuestros te estarían enormes... Y había comprado a Andy estas zapatillas para su cumpleaños, porque le había dado por salir a correr con Daniel, pero ahora

con el embarazo...

Mc Kenna lo miró sin entender tomando las prendas en sus manos.

—Andy es una de mis hermanas, y Daniel su marido —le explicó Robert, y al momento se preguntó por qué estaba dando ese tipo de información privada a una testigo.

La chica se limitó a asentir y comenzó a ponerse las prendas allí mismo.

—Gracias por vuestra ayuda, chicos —les dijo Robert a sus caseros, dando la espalda a la chica y así ofreciéndole intimidad.

—Ha sido un placer, querido —contestó Pierce.

—Es una chica preciosa, ¿qué va a pasar con ella? —le preguntó Paul bajando el tono.

—No lo sé. De momento tenemos que llevarla a comisaría, mantenerla a salvo, y yo me encargaré personalmente de ello —los informó Robert girándose y mirándola levemente mientras ella se calzaba las zapatillas, doblaba el bajo de los larguísimos pantalones y se ponía en pie para marcharse con él.

Paul y Pierce se miraron y sonrieron entre ellos. Cómplices de un pensamiento compartido, los vieron marchar.

Capítulo 9

—¿Y dónde decís que la habéis encontrado? —les preguntó el capitán sin creer una palabra de su declaración. Robert, Edie y Mc Kenna hacía cinco minutos que habían llegado a la comisaría. El capitán llevaba horas queriendo ponerse en contacto con Robert, pero este había obviado deliberadamente sus llamadas. Cuando los vio entrar en la comisaría su cara de pocos amigos, con aquella combinación de ceño fruncido y mirada asesina, fue el recibimiento que les brindó. Cuando vio que llegaban con la chica, apenas se vislumbró en su gesto adusto un atisbo de sorpresa, pero fue eso, un atisbo. Aquel interrogatorio dejaba a las claras la poca fe que tenía en sus hombres en aquel momento.

Robert iba a contar toda la verdad a su capitán cuando una voz femenina los interrumpió. —Lo siento señor, sé que no debería haberme marchado, pero estaba, estoy —puntualizó Mc Kenna —, muy asustada. No quería quedarme esperando a ver cómo llegaba otra persona con la intención de matarme. Le robé la cartera al detective Brooks cuando detuvo al policía que intentó matarme. Necesitaba dinero para salir de allí. Pero más tarde, me di cuenta de que no era lo correcto y decidí entregarme para ser interrogada, pedir disculpas y devolver la cartera. Entonces fui hasta su dirección para hacerlo —explicó en tono tranquilo. Había resultado tan creíble que Robert y Edie tuvieron que parpadear un par de veces mientras la miraban anonadados, pensando si realmente habrían sido así los hechos o aquella chica era una mentirosa consumada. Sin embargo, mientras Robert se hacía miles de preguntas, Edie contuvo una sonrisa.

El capitán los observó muy atentamente a los tres un buen rato. Su mirada severa se tornó fría y analítica y finalmente continuó.

—¿Entonces está dispuesta a testificar? ¿Pudo ver bien a los hombres que entraron en el ático?

Mc Kenna se frotó las heridas infringidas en las muñecas por las esposas y después las manos sobre el regazo, se las apretó con fuerza y suspiró mientras intentaba desechar de su mente las imágenes de la chica muriendo frente a ella, la sangre, los cuerpos. Un escalofrío recorrió su columna y finalmente asintió.

No quería estar allí. No quería testificar, no quería seguir en aquel país que

solo había llevado destrucción a su familia. Tampoco estar en una comisaría llena de policías que primero no habían hecho nada por atrapar a los asesinos de su hermana, y ahora, incluso habían intentado matarla a ella. Pero el detective Brooks... Robert, como lo habían llamado sus amigos, había sido completamente diferente; se había preocupado por ella, la había protegido, salvado la vida e incluso saltado las normas para que no solo estuviese segura, sino tranquila. Sabía que haber hecho algo así podría acarrearle graves consecuencias en el trabajo, y al menos eso, no lo podía consentir, se lo debía. De manera que si para impedirlo tenía que mentir, lo haría, como lo había hecho él antes por ella. Y si tenía que identificar a los tipos que le habían hecho el favor de matar a los malnacidos que primero mataron a su hermana, lo haría también. Después, se marcharía de allí sin mirar atrás.

—Bien, señorita...

—Atkinson, Mc Kenna Atkinson —contestó.

—Bien, señorita Atkinson, los detectives Brooks y García se ocuparán de usted y le tomarán declaración.

Ella asintió, se levantó de la silla y se dejó guiar hasta la puerta del despacho del capitán acompañada de los dos detectives, que la iban a llevar directamente a la sala de interrogatorios. Pero en aquel momento un hombre de elegante traje gris oscuro, piel aceitunada, enormes ojos castaños y sonrisa triunfadora hizo acto de presencia franqueándoles el paso. Ellos se detuvieron y Mc Kenna se dio cuenta de que portaba un maletín caro de cuero negro y un par de carpetas en la otra mano. Una mujer joven, rubia con un recogido excesivamente estirado y gafas finas de pasta lo seguía a pocos pasos de distancia. Ambos la miraron con curiosidad y después el hombre se dirigió a los detectives.

—Detectives... —los saludó con un leve gesto de su cabeza—. Soy el nuevo fiscal del distrito, Jonathan Falcó —se presentó ofreciéndoles la mano.

—Sabemos quién es —apuntó Robert estrechándosela—. Ha salido en todas las noticias.

El hombre hizo brillar su deslumbrante sonrisa complacido.

—Nosotros somos los detectives Brooks y García —los presentó Edie, estrechando él la mano del fiscal en ese momento.

El hombre compartió el gesto sin menguar un milímetro su sonrisa.

—Señor Falcó, ¿a qué debemos el honor de su visita en nuestra comisaría?

—preguntó el capitán saliendo de su oficina, pasando entre ellos y estrechando también la mano del fiscal.

—Tenemos un asunto delicado que tratar, capitán Ross —dijo mirando a Mc Kenna.

La chica sintió como Robert se tensaba inmediatamente colocándose delante de ella en actitud protectora. Apenas fue un leve gesto, pero no pasó desapercibido para ninguno de los presentes.

—Quizá sea mejor que hablemos en privado en su despacho —apuntó entonces el fiscal.

—Por supuesto —concedió el capitán, y se apartó para que el señor Falcó entrase primero. Después se dirigió a sus hombres—. Esperad fuera mientras escucho qué tiene que decir la fiscalía con respecto a la chica —dijo antes de entrar en su oficina y darles la espalda.

—¿Desde cuándo el fiscal del distrito hace visitas a domicilio él mismo por un caso? Ni que estuviésemos en plena campaña de reelección —comentó Edie.

Robert miró la puerta del despacho del capitán preguntándose las mismas cosas que su compañero. Era extraño que el mismo fiscal fuese hasta allí por un caso. Si bien ese no era un caso cualquiera, la mafia italiana estaba implicada y eso no solo lo complicaba todo, convertía el caso en suculento para la prensa y, en consecuencia, en prioridad absoluta para la fiscalía. Pero la celeridad con la que habían actuado sí era inusual. Robert miró a Mc Kenna, que se había sentado en una de las sillas frente al escritorio más cercano. Parecía cansada y preocupada en partes iguales.

No llevaban ni cinco minutos esperando cuando la puerta del despacho volvió a abrirse y la cabeza del capitán asomó indicándoles que pasasen los tres. Robert y Edie, permanecieron de pie, mientras que Mc Kenna fue invitada a sentarse por el fiscal. Ella tomó asiento.

—Detectives —comenzó el capitán Ross—, tras comentarle al señor Falcó el deseo de la señorita Atkinson de testificar sobre los hechos de la pasada noche, ha determinado hacer que esta entre a formar parte del programa de testigos y sea protegida hasta el juicio...

—Y como la integridad del equipo de policías de esta comisaría ha quedado cuestionada por el ataque del hospital contra la señorita, serán sustituidos en su función de protección por un equipo de policías elegidos por mí —continuó la frase el señor Falcó sin dejar concluir al capitán, que torció el gesto.

—¡No pienso ir con ningún desconocido! Ni permanecer en este país por más tiempo. Estoy dispuesta a testificar para que puedan atrapar a esos tipos, pero no pienso quedarme aquí —dijo Mc Kenna elevando el tono y dejando perplejos a los cuatro hombres. Se levantó de la silla y fue hasta la puerta del despacho con la intención de salir de allí, pero el fiscal se interpuso en su camino.

—Me temo, señorita Atkinson, que no está en disposición de negarse. Además de los cargos de hurto y agresión a un agente de la ley, su implicación en los asesinatos aún no ha sido esclarecida. En el escenario del crimen se ha encontrado un arma con sus huellas...

Robert se giró hacia Mc Kenna sorprendido. Estaba claro que no esperaba aquello, pero tampoco que los datos sobre el caso fuesen directamente de la oficina del forense a la fiscalía sin pasar por ellos previamente. Allí estaba pasando algo que se le escapaba pero que pensaba averiguar.

—Yo no maté a esas chicas. Aquellos tipos con automáticas entraron... —comenzó a defenderse Mc Kenna, elevando la voz de nuevo en su intento de justificarse ante los hombres.

El señor Falcó se limitó a callarla con un gesto de su mano.

—No es aquí donde tiene que hacer su declaración. Será interrogada en cuanto sea custodiada por mis hombres —dijo mirándola con frialdad y dando por zanjada la discusión. Comenzó a recoger su maletín hasta que escuchó a Mc Kenna.

—¿Sabe lo que le digo? Que puede meterse sus amenazas por donde le quepan. Puede inculparme en los asesinatos si quiere, aprésemelo. Me da igual —dijo esta elevando las muñecas juntas hacia él, ofreciéndoselas para ser esposada de nuevo—. Ya no tengo nada que perder. Pero tenga claro que ni usted ni nadie va conseguir que haga algo que no quiera hacer. Y mucho menos que salga de aquí y testifique si no voy acompañada de estos detectives —se levantó de la silla y se enfrentó al fiscal directamente—. ¿Cree que voy a confiar en usted? ¿Por qué? Tal vez esté con los tipos que quieren verme muerta. Tal vez su intención sea la de silenciarme para que no cuente todo lo que sé no solo sobre los que mataron a las chicas también sobre los que murieron allí con ellas.

El rostro del fiscal perdió de repente su color. La miró con desconcierto y después con gesto severo. Y Robert se sintió extrañamente orgulloso de ella.

—Creo que dadas las circunstancias lo mejor será que nosotros mismos interroguemos y custodiemos a la testigo manteniéndola a salvo hasta el

juicio. Es lo que todos queremos, ¿verdad? — dijo colocando una mano sobre el hombro de Mc Kenna y acercándola a él mientras sostenía la mirada al fiscal, que no cambiaba un milímetro su gesto.

—A mí me parece una buena solución. Al fin y al cabo son los detectives responsables del caso. Si hay alguien que pueda hacer que veamos la luz e impedir que estas masacres continúen, son ellos — apuntó el capitán.

Edie irguió la postura junto a su compañero, que le sacaba dos cabezas, y miró también al fiscal dejando clara su postura de apoyo.

—Está bien. Imagino que es lo mejor para todos. Pero mañana mismo quiero la primera declaración de la testigo sobre mi mesa. Y deberé estar informado de todos los progresos sobre el caso en cada momento.

—Claro... —dijeron Robert, Edie y el capitán al mismo tiempo.

El fiscal miró a todos los presentes, evidentemente molesto por el giro que habían dado los acontecimientos, y se marchó seguido por su ayudante y un portazo.

Capítulo 10

Mc Kenna se despertó sobresaltada. Le había parecido oír de nuevo la voz de Caroline llamándola en sueños. Su tono era urgente, apremiante. Y entonces en su mente se recrearon de nuevo la sucesión de imágenes de las muertes en el ático. Se agarró el pecho mientras intentaba recuperar el aliento, mientras se decía a sí misma que debía tranquilizarse. Estaba segura. Al otro lado de la puerta, el detective Brooks la custodiaba.

Después de pasar la tarde en la comisaría tomándole declaración sobre lo sucedido la noche anterior, la habían llevado hasta un piso franco. No era gran cosa. Un piso diminuto con una sola habitación, un baño y una pequeña sala de estar con cocina americana. Pero al menos estaba limpio y era seguro. Se sentó sobre la cama y se abrazó las piernas. La respiración comenzaba a normalizarse. Trató atrapar en sus pulmones tanto oxígeno como pudo y lo soltó lentamente. Se agarró la cabeza con las manos procurando contener el llanto. Se sentía perdida y sola.

Nada había salido como esperaba. Jamás pensó que llegaría a estar cubierta por la sangre de chicas inocentes asesinadas, como lo había sido su hermana. Los individuos que entraron en el ático le habían hecho un favor al matar a los asesinos de Caroline, pero ellos no eran mucho mejores. Habían acabado con la vida de todas aquellas chicas sin pensarlo. Como si fuesen prescindibles.

Los ojos suplicantes de la chica a la que ayudó a levantarse justo antes de verla morir volvieron a su mente y su cuerpo comenzó a temblar. Se agarró las manos con fuerza intentando detener el temblor, pero apenas logró que menguara.

Pensó que después de la noche anterior podría vivir o morir tranquila sabiendo que los asesinos de su hermana ya no podrían dañar a nadie más, que habrían pagado por su crimen. Pero no contó con llevar con ella las imágenes y la huella de aquellas muertes grabadas en las retinas. Dolía. Dolía tanto como agujas de acero atravesándola. Sentía el dolor recorrer su cuerpo con cada latido de su corazón. Jamás volvería a ser la misma, porque no había lugar seguro en el mundo donde volviese a sentirse a salvo.

Recordó al detective Brooks llevándola hasta la ambulancia, y después rodeándola con sus brazos en el hospital. Entonces se sintió a salvo, pero

había sido un espejismo. Él estaba allí para asegurarse de que reconociera y testificara contra los culpables de aquellos asesinatos. Pero después ella se marcharía de vuelta a su país, con la maleta vacía y el alma llena de fantasmas que la atormentarían cada noche.

Se levantó y comenzó a caminar por la pequeña habitación. Estaba prácticamente vacía. Además de la cama, solo una pequeña mesita y un armario laminado en blanco y vacío ocupaban el cuarto. Pero no estaría mucho tiempo allí. A la mañana siguiente se irían a otro destino desconocido para ella. Un lugar en otro estado en el que la pareja de detectives la custodiaría hasta el juicio.

—Señorita Atkinson, ¿se encuentra bien? —le preguntó la voz del detective Brooks al otro lado de la puerta.

Mc Kenna se acercó a la madera para contestar, pero en ese momento la puerta se abrió.

—Perdón, pensé que no me oías —le aclaró el detective.

—Estoy bien —dijo ella colocándose la larga melena a un lado del cuello. Estaban muy próximos y se puso nerviosa.

Robert se quedó mirando su cuello un segundo tras el cual apartó la vista hasta sus ojos. —Imagino que estarás hambrienta.

Mc Kenna asintió.

—Mi compañero ha ido a buscar la cena, ropa y demás cosas que necesites...

—Gracias —dijo, sin saber bien cómo actuar con él. Tenía mucho que agradecer a aquel hombre, para empezar, su vida.

—No hay de qué. Es mi trabajo.

Mc Kenna se limitó a asentir pero aquella afirmación la hirió cuando ya pensaba que nada más podría hacerlo. Era cierto, era su trabajo, pero saber que en todo aquello ella no era más que un peón y que ya no importaba a nadie la hizo sentir un poquito más vacía.

Robert se dio cuenta del ligero cambio en su gesto. Los carnosos labios femeninos se apretaron ligeramente conteniendo un temblor y sin pensarlo elevó la mano para acariciar uno de los preciosos y llameantes mechones de su cabello. El gesto sorprendió a la chica, que abrió los labios conteniendo el aire.

Robert sabía que debía apartarse de ella, que debía dejar de acariciar aquel mechón y sobre todo, de desear besar aquellos carnosos labios que lo tentaban a tan solo unos centímetros. Pero no se apartó, no soltó el mechón

ni dejó de mirar aquellos perfectos labios. Solo se acercó a ella un paso más, aspiró el aroma de su cabello y cerró los ojos guardándolo dentro de él como un regalo. La abrazó contra su pecho y la dejó llorar contra él.

Unos minutos más tarde la puerta del piso se abrió y eran sorprendidos por García, que los miró interrogativamente. Mc Kenna se limpió el rostro arrebolado y lleno de lágrimas y balbuceando una excusa salió hasta el baño a intentar borrar de su rostro las marcas de dolor y vergüenza que mostraba.

—¿Qué está pasando aquí, hermano? Os dejo un rato solos y ya estáis...

—Ya estamos nada —lo interrumpió Robert agarrando la maleta que había llevado Edie para la chica y parte de los paquetes de comida de las manos de su compañero—. Solo estaba llorando. Ha pasado por mucho...

—¡Ya lo sé! Pero... A ti te ocurre algo con esa chica. Lo veo. No estoy ciego, hermano. Y estoy preocupado. No sabemos nada de ella. Hay algo en ella... Sé que oculta algo. Eso de que tocó la pistola de uno de los tipos por casualidad... No me lo creo. ¿Qué fue a hacer allí? Sabes que es sospechoso, y si no fuera porque te pasa algo con ella, tú también lo verías.

—No me pasa nada con ella. Yo también he pensado en todo eso. Pero no creo que haya tenido nada que ver con los asesinatos. Algo la llevó hasta ese ático y sabe más de lo que ha declarado esta tarde, también lo sé. Pero está asustada. Es normal que no termine de confiar en nosotros.

—¡Pues será mejor que mientras averiguamos lo que oculta, te mantengas alejado de ella! —le advirtió Edie con el dedo levantado como una madre preocupada.

—Sí, mamá —le contestó con una sonrisa que intentaba quitar hierro al asunto.

Edie le devolvió el comentario con una mueca.

—Hablando de madres, ¿has avisado a la tuya y a tus hermanas de que estarás fuera unas semanas? —le preguntó sacando la comida de los recipientes de plástico para comenzar a cenar.

—No, aún no. Ahora pensaba avisarlas. ¿Lo has hecho tú con tu familia?

—¡Claro! Jen te manda recuerdos —añadió molesto.

—Tu hermana es un encanto, de hecho toda tu familia lo es. No sé de dónde habrás salido tú —lo pinchó Robert.

—A menudo me lo pregunto. Ellos se han quedado con el encanto y yo con la belleza —comentó Edie con gesto socarrón.

Ambos se echaron a reír.

Súbitamente el sonido de las risas quedó apagado por el de las balas que

atravesaron la puerta del apartamento. La primera de ellas alcanzó a Edie en el hombro, que cayó al suelo desplomado agarrándose el brazo.

Robert escuchó los gritos de Mc Kenna en la puerta del baño. La vio allí agachada en el suelo cubriéndose la cabeza con las manos aterrorizada. Le hizo señales para que se mantuviese en su posición agazapada. Ella asintió y obedeció.

—¡Edie, tío! ¿Estás bien? —le preguntó a su lado.

Edie se incorporó levemente entre muecas de dolor.

—¡Mierda, esos cabrones me han dado! ¿Cómo han sabido dónde estamos?

—preguntó entre quejidos de dolor.

—¿Y cómo han llegado hasta aquí arriba? ¿Dónde está el equipo de apoyo?

Las preguntas de Robert quedaron ahogadas entre el sonido del fuego cruzado. Ahí estaban sus compañeros. Los hombres que les estaban disparando ahora se encontraban entre sus balas y las del equipo de refuerzo que había estado apostado en la calle frente a la puerta del edificio. El sonido de un cuerpo al caer contra el marco de la puerta del piso llamó la atención de Robert, se incorporó ligeramente sobre el cuerpo de Edie para ver mejor y vio que uno de los que disparaba yacía muerto en el suelo. Por los disparos, solo quedaba uno más.

—Tienes que sacarla de aquí —lo instó Edie—, puede que ellos también tengan refuerzos.

—No voy a dejarte solo, eso está fuera de toda discusión —repuso Robert sin dar lugar a replica.

—Voy a estar bien. Aún puedo disparar y proteger este frente. Nuestros compañeros están al otro lado. Yo me ocupo de esto, pero tú tienes que sacar a la chica de aquí. Tienes que protegerla.

Un disparo llegó hasta el marco de la puerta del baño, pasando a unos centímetros del rostro de Mc Kenna, que gritó de nuevo.

—Está bien, la sacaré por la escalera de emergencias —Robert marcó el teléfono de emergencias, pidiendo refuerzos y una ambulancia—. Estarás bien —le dijo a su compañero— la ayuda viene en camino.

—Soy Edie García, nada puede conmigo. Vamos, saca a la chica de aquí —pero antes de que Robert fuese a por Mc Kenna le sujetó el brazo—. Y hermano, ten mucho cuidado —le advirtió mirando a la chica.

Robert asintió observando a Mc Kenna agachada casi a ras del suelo. Echó un último vistazo a su compañero y fue a por ella. En unos segundos salían por la ventana del salón que daba a la escalera de emergencia

desapareciendo en la noche.

Capítulo 11

Robert tenía que tomar decisiones rápido. Miró a Mc Kenna sentada en el asiento del copiloto de su Camaro. Se frotaba las manos por el frío encogida en el asiento y mirando por la ventilla a un lado y a otro. No quería ni imaginar las cosas que pasarían por su mente. Hacía veinticuatro horas que había comenzado una pesadilla para ella que parecía no tener final. Viendo su reflejo en el cristal del coche no podía imaginar qué la había llevado hasta el ático. Pero la explicación más lógica era pensar que aquellas chicas fueran prostitutas, como le había insinuado Edie, y tal vez por eso ella lo ocultaba. Pero por qué una chica como aquella llegaría al punto de tener que prostituirse. Al imaginar lo que había estado a punto de hacer con aquellos tipos en el ático algo se le revolvió en las entrañas repulsivamente. Debía dejar de pensar en ello. Ahora solo tenía que encontrar la manera de llevársela de allí.

Tenía que sacarla de Nueva York, pero ya no se fiaba de los planes trazados por el departamento para su custodia. Los habían localizado en el piso franco. Tampoco tenían ni la maleta ni la documentación preparada por ellos para la chica. De manera que tenía pocas opciones. Lo más rápido para salir de la ciudad, sin duda, era hacerlo en avión. Pero la falta de documentación se lo impedía. Por carretera el viaje sería mucho más largo. Más paradas, moteles, alojarse en sitios sin documentación para ella. Tampoco sabía dónde dirigirse. Se inclinó sobre Mc Kenna para sacar un mapa de la guantera, pero al sentir su inesperado movimiento, la chica se asustó y pegó un respingo en el asiento.

—Tranquila, pequeña. Solo busco un mapa —le aclaró abriendo la portezuela y extrayendo los papeles.

Mc Kenna lo miró perpleja ante el comentario. Era la segunda vez que la llamaba pequeña. No le molestaba, siempre y cuando él no pensase que realmente lo era y que podía tratarla como a una niña y dirigirla como había intentado hacer el fiscal en la comisaría.

—¿Sabes que no soy una niña, verdad? —le preguntó ella sin poderlo evitar. Robert, que estaba concentrado mirando el mapa, se sorprendió ante la pregunta y la miró con curiosidad. La recorrió de arriba abajo con parsimonia y sonrió ligeramente.

—Creo tener bastante claro que no lo eres.

La forma en la que lo dijo hizo que Mc Kenna se sonrojase.

Y Robert volvió a sorprenderse con ella. ¿Qué clase de prostituta se avergonzaba con un comentario tan ligero como ese?

—Bien —resolvió ella, apartándose el cabello del rostro e irguiéndose en el asiento. Lo volvió a mirar fijamente con esa mirada fiera y cristalina de enormes ojos grises —, entonces, ¿por qué me llamas así?

Robert sonrió abiertamente en aquella ocasión y el corazón de Mc Kenna dio un vuelco imprevisto. Era la primera vez que lo veía sonreír y se quedó maravillada con el cambio que se efectuaba en su rostro. Los ojos verdes de Robert adquirían vida y un brillo travieso irresistible, al igual que los hoyuelos junto a sus carnosos labios. Su mandíbula era tan perfecta, que daban ganas de deslizar los dedos por su incipiente barba y delinearla con las yemas de sus dedos. Contuvo el aliento en los pulmones y apartó la vista antes de dejarse llevar por un impulso.

Robert sí acercó la mano hasta ella. Colocó los dedos bajo su barbilla y la giró para que lo mirara.

—Señorita Atkinson, tal vez algún día le cuente por qué la llamo así, pero ahora mismo necesito sacarla de aquí cuanto antes y ya tengo un plan. ¿Confías en mí?

Mc Kenna asintió incapaz de resistirse al magnetismo que ejercía el hombre sobre ella.

—Bien, buena chica. Pues pongámonos en marcha —dijo abandonando perezosamente el contacto de su rostro y enciendo el motor—. Esto va a ser una locura, pero a menudo las locuras terminan siendo las mejores ideas.

Las siguientes horas las pasaron detenidos en el aparcamiento de unos grandes almacenes. Robert hizo unas cuantas llamadas a Edie, que se encontraba bien, en el hospital. La herida de bala no había tocado ninguna zona preocupante y se recuperaría en un par de días. Las otras llamadas habían sido para Pierce y un tal Daniel. Robert organizaba el viaje y Mc Kenna no tenía ni idea de adónde la llevaba, pero dadas las circunstancias, mientras fuera un lugar seguro, le daba igual. Solo quería poder sentir que no corría el riesgo de que las balas volasen sobre su cabeza. Cerró los ojos durante unos minutos, hasta que el sonido de unos golpecitos en el cristal de su ventanilla la sobresaltaron. Pegó un pequeño grito al ver a un tipo con aspecto de vagabundo, poco aseado y cubierto con una gran abrigo de paño en color beige sonriéndoles desde el otro lado. Robert le hizo señales para

que se aproximara por su cristal y el hombre, sin borrar la sonrisa, dio la vuelta al vehículo obedeciendo.

Robert bajó la ventanilla un palmo y preguntó al hombre.

—¿Eres el amigo de Edie?

El hombre asintió.

—¿Y tú eres...?

—Dejémoslo en el otro amigo de Edie —terminó la frase Robert por él. El tipo asintió—. ¿Tienes lo mío?

—Claro —aseguró el hombre. Introdujo la mano bajo su abrigo y sacó un sobre marrón abultado—, aquí está. Todo bajo las indicaciones que me dio... nuestro amigo.

—Perfecto —le dijo Robert—. Entonces estará bien —no abrió el sobre, en su lugar sacó la cartera y un fajo de billetes y entregó el dinero al tipo que lo tomó con mirada ávida y sorprendida.

—Aquí hay más dinero del acordado —observó, con los billetes aún entre las manos.

—Guárdalo —le ordenó Robert mirando a un lado y a otro.

—Claro —obedeció el tipo.

—Es por la urgencia y la discreción —explicó mirándolo fijamente.

—Por supuesto, soy una tumba —le aseguró el tipo haciendo la señal de que cerraba su boca con una cremallera.

—Será mejor que sea así, o estoy seguro de que terminarás en una de no hacerlo —dijo Robert en tono serio.

El tipo cambió el gesto de repente y por primera vez dejó de sonreír desde su llegada.

—Claro tío, tranquilo —comenzó a decir con las manos en alto mientras se alejaba del vehículo, pero cuando había dado un par de pasos se detuvo—. ¡Y enhorabuena! —dijo agachándose a mirar en el interior del coche a Mc Kenna y luego a Robert. Después desapareció entre los coches del aparcamiento y un par de minutos más tarde ya no había rastro de él.

Mc Kenna miró sorprendida a Robert.

—¿Quién era ese hombre? ¿Qué hay en el sobre, y por qué nos ha dado la enhorabuena?

—Ahora lo veremos —dijo Robert abriéndolo y vaciando el contenido del paquete sobre sus piernas. Vio caer dos pasaportes, dos carnets, sendas partidas de nacimiento y un certificado más.

Mc Kenna tomó un carnet que tenía una foto suya. Una en la que no estaba

especialmente favorecida, la que le habían hecho en la comisaría antes de su declaración. Y leyó atónita los datos.

—¡Makenzie Mc Coy! ¿Qué clase de nombre es ese? ¡Parece un trabalenguas!

Mc Kenna miró a Robert que no apartaba la vista de los papeles.

—Esto es tan propio de Edie... —resopló Robert—. No puede evitarlo, pero juro que cuando se recupere volveré a dispararle.

Mc Kenna sabía que no hablaba en serio y sonrió.

—¿Cómo te vas a llamar tú? —quiso saber, curiosa y le quitó su documentación de las manos.

Se llevó los dedos a los labios e intentó contener una risa.

—Lennie Mc Coy... ¡Espera un momento! ¿Somos hermanos? —preguntó anonadada.

—Mejor, estamos recién casados —le informó él dejando caer sobre sus piernas el certificado de matrimonio.

Mc Kenna lo recogió y recorrió el documento con la mirada comprobando que así era. Su sonrisa de segundos antes quedó congelada en sus labios y el calor tiñó sus mejillas. Tenían que hacerse pasar por una pareja de recién casados durante varias semanas.

Robert recogió toda la documentación y la metió de nuevo en el sobre. La guardó en el interior de su chaqueta y miró a Mc Kenna.

—Muy bien, señora Mc Coy, aún le quedan unas cuantas sorpresas esta noche, será mejor que nos vayamos, pronto amanecerá y tenemos que tomar un vuelo. Estoy seguro de que está deseando comenzar su nueva vida de casada.

—Claro —dijo ella apartándose el cabello a un lado y dejando su elegante cuello a la vista de Robert que no pudo evitar fijarse en aquella piel tan tentadora —, siempre y cuando dejemos claras un par de cosas.

Robert la miró interrogativamente.

—Yo no plancho, ni saco la basura.

—¡Ya sabía yo que me había tocado la esposa más rebelde!

Mc Kenna hizo una mueca. Robert se rio con contundencia en el interior del coche y comenzó su camino hacia el aeropuerto, donde iniciarían su viaje.

Capítulo 12

Mc Kenna se quedó sorprendida al ver que les esperaba un vuelo privado en la pista. Leyó el emblema de la compañía de turismo Cox y miró a Robert sin saber qué pensar.

—Es de mi cuñado. Con un avión privado nadie hace preguntas ni tenemos que dar explicaciones. Siempre está ofreciéndome el avión para mis viajes y está encantado de que por fin haya aceptado. Esto nos va a ahorrar tres días de viaje en coche.

—¿Tres días de viaje? ¿Adónde vamos? —le preguntando mirando el avión.

—Ya lo verás.

—¡Quiero saberlo! Necesito saber adónde vamos.

—Dijiste que confiabas en mí...

—Y lo hago... —dijo ella bajando la cabeza en lo alto de las escalerillas.

Robert, un par de escalones más abajo, la observó mirar hacia el suelo dudando.

—Entonces... —se acercó un paso a ella subiendo un escalón—. Mc Kenna, necesito mantenerte a salvo y para eso tengo que sacarte de aquí, lejos de los tipos que quieren impedir que testifiques. Lejos de todos los que quieren hacerte daño —un pensamiento paseo por su cabeza—. ¿Tienes que despedirte de alguien? Los informes de inmigración dijeron que hace solo unas semanas que estás en el país, pero ¿tienes aquí alguien que te espera?

—No —negó ella con la cabeza—, estoy sola.

La voz de la chica llegó hasta Robert triste, casi rota. Subió el escalón que los separaba y se colocó frente a ella. La brisa de aquellas primeras horas de la madrugada acarició el cabello rojizo y algunos mechones se cruzaron por su bello rostro. Los primeros rayos de la mañana iluminaban también su piel, dándole un aspecto etéreo e irreal. Robert levantó la mano y se lo apartó en un gesto que a ella le pareció ya casi natural. No era la primera vez que él lo hacía, y como las veces anteriores sintió que se le erizaba la piel bajo su contacto.

—Perdona, sé que solo intentas mantenerme a salvo, pero... Es que siento que todo pasa a mi alrededor de manera vertiginosa. Desde hace un par de días no tengo control sobre nada. No dejo de pensar en esas chicas... No puedo borrar las imágenes de mi mente —su cuerpo tembló

involuntariamente.

—Todo va a pasar, te lo prometo. Conseguiré mantenerte a salvo, testificarás y volverás a recuperar tu vida —le dijo Robert enlazando la mirada con la suya.

“No tengo vida que recuperar”, pensó Mc Kenna. “No me queda nada”. Antes de que sus ojos se inundasen de lágrimas, se giró y entró en el avión seguida por un Robert confuso, cada vez más intrigado con ella.

Nada más entrar en el avión Mc Kenna se llevó la siguiente de las sorpresas. Un precioso braco húngaro color canela que ya conocía bastante bien corrió hacia ella enredándosele en las piernas.

—¡Calibre! ¿Qué haces aquí? —preguntó al animal agachándose a su altura y acariciándolo encantada, mientras se dejaba lamer el rostro por el perro.

—Este iba a ser un viaje para los dos en mis próximas vacaciones, en primavera. No podía dejar que se lo perdiese. Y al parecer le encanta la idea de compartirlo contigo —le dijo Robert viendo como su perro no le hacía el menor caso y se dejaba conquistar por la pelirroja. Tampoco podía culparlo, pero no habría estado mal recibir un poco de lealtad por su parte.

—¿Puede quedarse con nosotros en la cabina? —preguntó Mc Kenna encantada con la idea de viajar con el animal.

—Por supuesto. Es otra cosa buena de los vuelos privados. No tiene que viajar en la cabina de carga. Estar aquí con nosotros es más seguro para él. En ese momento el piloto, acompañado de una azafata, aparecieron por la escalerilla.

—Señor, el equipaje ya está guardado —anunció la azafata.

—Ya tenemos la ruta de vuelo y las ordenes de pista. En unos minutos despegaremos, les recomiendo que se pongan cómodos —fue el turno del piloto. Y ambos se marcharon a sus posiciones, tras cerrar la puerta.

Robert agarró a Calibre y lo colocó entre dos asientos asegurándolo. Después se sentó junto a él. Mc Kenna tomó asiento imitándolo nerviosa.

—No tienes que preocuparte por nada. Pierce se ha encargado de tu equipaje. Él trajo también a Calibre. Nos quedan seis horas de vuelo antes de hacer la primera parada —le informó Robert.

Mc Kenna asintió y se relajó en el asiento. Tal y como les había anunciado el piloto, unos minutos más tarde, el avión despegaba. Durante las seis horas de vuelo, Mc Kenna tuvo tiempo de jugar con Calibre, descansar y cambiarse de ropa. Se quitó las prendas de Robert y se puso otras de más abrigo que le había preparado Pierce en una bolsa de viaje. Sacó las prendas

de la bolsa y dirigiéndose al baño del avión se vistió con ellas. Un pantalón vaquero gris, una camiseta ajustada y un jersey grueso en verde aguamarina. Unas botas grises de media caña y vio sorprendida que había hasta complementos; un par de pulseras y un pequeño colgante con una *M*. Le pareció un detalle precioso y se sintió conmovida con la amabilidad de aquellas personas con las que tan solo había pasado un rato hacía unas horas. Robert tenía mucha suerte de estar rodeado de gente que lo apreciase tanto y se preocupase por él. Acarició la preciosa letra con las yemas de los dedos y pensó en la fotografía de su hermana que había perdido para siempre.

Cuando las llevaron a las chicas y a ella al ático desde la discoteca, les hicieron dejar los bolsos en una caja, que uno de los tíos de seguridad de aquellos tipos se llevó. Prometieron devolverles la documentación una vez finalizada la noche, pero ella sabía que no sería así. Tuvo que resignarse pensando que al menos tenía en su poder el arma que se había guardado bajo el vestido en su visita al baño. Había ido a matar a aquellos hombres y no debía importarle nada más. Nada había salido como lo planificó. Tampoco sabía cómo en algún momento había pensado que podría ser así. Era un plan completamente descabellado. Pero le había dado igual.

Ahora los hombres estaban muertos, pero otras muchas chicas también con ellos. Se preguntó una vez más qué sería de su vida cuando toda esa locura finalizase. Cuando los asesinos hubiesen sido apresados y volviese a casa. ¿Sería capaz de continuar con su vida, su trabajo como bailarina? ¿Sola?

Unos golpes en la puerta del baño la despertaron de sus oscuros pensamientos.

—¿Estás bien? —le preguntó Robert al otro lado.

Mc Kenna se miró en el espejo un segundo, se colocó el cabello a un lado y abrió la pequeña puerta.

—Sí, solo terminaba de cambiarme —le dijo con una ligera sonrisa.

Robert se quedó admirándola por unos momentos. Estaba preciosa con aquel pantalón ajustado a sus perfectas, torneadas y larguísimas piernas. Y el jersey verde hacía refulgir su mirada gris y el fuego de su cabello.

—¿Pasa algo? —quiso saber, confusa, sin entender el escrutinio.

—Sí, solo quería... avisarte de que estamos a punto de aterrizar.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó con curiosidad por conocer su destino, pasó por su lado y se inclinó sobre un asiento para mirar por una de las ventanillas. Entre la capa de nubes bajas consiguió vislumbrar una ciudad

bajo ellos. Se giró para mirar a Robert tras ella.
—Bienvenida a Seattle.

Capítulo 13

La parada en Seattle apenas duró un par de horas. Lo justo para que el piloto hiciese unas comprobaciones y ellos aprovecharan para estirar las piernas, sacar a Calibre y comer. Exactamente dos horas después, volvían al avión para realizar otro vuelo de casi cuatro horas más. Cerca de las tres de la tarde las vistas de tierra cambiaron radicalmente mostrándole un escenario espectacular. Cordilleras de montañas nevadas, como preciosos gigantes brillantes bajo el sol, resplandecían bajo ellos. Una ciudad mucho más pequeña, de edificios bajos, se divisaba entre ellas. Mc Kenna observó el lugar maravillada con el cambio y envuelta en expectación. No esperaba nada de eso.

—¿Dónde estamos? —le preguntó finalmente.

Robert sonrió, impresionado con lo mucho que había tardado ella en preguntar.

—En Anchorage, Alaska, penúltima parada de nuestro viaje. Ahora tomaremos un coche de alquiler hasta Talkeetna.

—¿Alaska? —le preguntó alucinando.

—Alaska —le confirmó él.

Mc Kenna se giró de nuevo hacia la ventanilla y una pequeña sonrisa se paseó por sus labios. —Me alegro de que le agrade el destino de su luna de miel, señora Mc Coy —le dijo Robert y vio

como las mejillas de la chica se arbolaban de manera inmediata. Disfrutó de aquella reacción involuntaria, maravillado por lo fácil que era hacerla enrojecer y preguntándose por los misterios que ocultaba aquella preciosa chica de mirada gris. Sin duda había muchas cosas que quería saber sobre ella, pero tenía varias semanas por delante, solos, para ir desvelándolos uno a uno.

Cuando finalmente salieron al exterior tras el aterrizaje, el aire helado del ambiente se introdujo en los pulmones de Mc Kenna como si inhalase hielo directamente. Se cerró la cremallera de la cazadora gris acolchada que había encontrado en la bolsa junto al resto de la ropa. El frío acariciaba su rostro de manera casi hiriente y decidió también colocarse la capucha de la chaqueta. Calibre salió a su lado y al llegar contra su cuerpo se agitó

sacudiéndose vigorosamente.

—Me parece que a Calibre le vendría bastante bien un abrigo como este...

El perro se frotó contra sus piernas y ella lo acarició justo antes de bajar las escalerillas. —Sí —dijo Robert siguiéndola al exterior— hace mucho frío para su corto pelaje—. Vamos a

necesitar abrigarnos los dos.

Mc Kenna lo miró y se dio cuenta entonces de que Robert vestía la misma ropa que había llevado en

Nueva York. Y si bien el frío neoyorquino era bastante acuciante, no tenía nada que ver con las

bruscas temperaturas bajo cero que soportaban allí. El equipo de pista fue recogiendo el equipaje

mientras ellos se acercaban al stand de coches de alquiler del aeropuerto buscando un vehículo

adecuado para recorrer aquellas carreteras. En la oficina de alquiler les ofrecieron una pick up.

Cargaron el equipaje, a Calibre y salieron en dirección a Talkeetna.

En recorrer aquellos doscientos cincuenta kilómetros tardaron más de tres horas. Y aunque el

recorrido era hermoso, a Mc Kenna se le hizo eterno. Parte de la carretera estaba en obras y se trataba

tan solo de una vía de tierra con bastantes socavones. Entre lo accidentado del terreno y la

acumulación de horas de viaje, al llegar a su destino solo tenía una cosa en mente: dormir. Eran casi

las ocho de la tarde, pero el sol comenzaba a ponerse. Y el cielo, de un naranja vibrante, creaba un juego de luces sobre la nieve dándole una apariencia púrpura casi irreal. Un espectáculo para la vista que impedía apartar la mirada del paisaje.

Al llegar a la población un cartel rústico hecho con tablones de madera oscura y letras pintadas en

blanco les dio la bienvenida. En él se podía leer *Bienvenidos a la bella ciudad de Talkeetna*. Y

efectivamente no mentía. El pueblo, pequeño y coqueto, no eran más que una recta con casas,

restaurantes y algún que otro establecimiento a los lados. Era diminuto pero

con mucho encanto. Ya se veían iluminadas las fachadas de los establecimientos y el interior de las casas y Mc Kenna se preguntó dónde se alojarían. Un par de minutos más tarde se detuvieron a la entrada de una de las casas del final de la calle principal. Una vivienda de madera gris y ventanas y puerta en blanco. El tejado, al igual que el de resto de viviendas y establecimientos, estaba cubierto de nieve. Robert comprobó algunos datos en el itinerario de viaje que había hecho, cerciorándose de que aquella era la dirección, cuando un tipo enorme, abrigado con una robusta cazadora negra con capucha, guantes y botas altas, salía de la vivienda con una gran pala en las manos. Al verlos allí parados, pareció sorprenderse y se quedó mirándolos desde el sitio, apoyando la pala en su hombro. Robert la miró un momento antes de salir.

—No te muevas de aquí. Voy a hablar con él.

—No parece muy amigable —apuntó Mc Kenna sin apartar la vista del hombre, que tenía un aspecto bastante rudo y amenazador.

—No, no lo parece —estuvo de acuerdo Robert—, pero no pasará nada. Haré uso de todos mis encantos —dijo con una sonrisa.

Mc Kenna sintió un hormigueo en el estómago al ver su sonrisa de hoyuelos y pensó que sin duda era un encanto irresistible, el suyo, pero que dudaba que fuese a ser eficaz con un tipo como aquel.

Siguió mirando por la ventanilla, observando como Robert con paso firme se dirigía hasta el hombre, cruzaba unas palabras con él y este bajaba la pala de su hombro para dejarla sobre la nieve. Después se estrechaban la mano y se dirigían al interior de la casa.

Miró a un lado y a otro. La calle estaba desierta. Hacía demasiado frío para que nadie se dedicase a pasear. Se preguntó cuántos habitantes tendría aquella pequeña población.

Sin duda parecía un buen lugar en el que esconderse durante aquellas semanas. Volvió a mirar hacia la casa y el rostro de un hombre de unos treinta y tantos años, de facciones oscuras, junto al cristal, le dio un susto de muerte.

Pegó un respingo en el asiento y su pulso se desbocó, hasta que vio que iba seguido de Robert. Este señaló la puerta trasera del vehículo y el hombre entró en él, tomando asiento detrás, junto a Calibre, que lo observó con interés. El hombre ignoró al perro y centró su atención en ella.

—Hola —la saludó el recién llegado, y se retiró la capucha dejándole ver su rostro. Era un hombre joven, tremendamente atractivo, de facciones exóticas, con los labios carnosos y una mirada profunda y ligeramente peligrosa. Llevaba el cabello largo y oscuro recogido en una coleta y, en ese momento sonrió complacido mientras la observaba de igual manera. Tenía una sonrisa bonita de dentadura

perfecta, pero esta no restaba el aire peligroso y excitante que vibraba a su alrededor. —Cariño... —Mc Kenna parpadeó un par de veces al escuchar la primera palabra que pronunció

Robert al volver a su asiento y cerrar la puerta tras él—. Te presento al señor Anori. —Jonás, llámeme Jonás —le dijo él ofreciéndole la mano a modo de saludo mientras seguía mirándola de aquella manera.

Mc Kenna no pudo evitar sonrojarse más por el modo en el que Robert se había referido a ella que por el escrutinio del recién llegado.

—Mc... Makenzie —se presentó ella. Estrechó la mano de hombre, grande y cálida, y miró a

Robert esperando una explicación.

Robert le devolvió una mirada analítica, llena de tensión.

—Es mi esposa —informó este con aire posesivo—. Recién casados —puntualizó. —Pues no han elegido un sitio muy popular para celebrar una luna de miel —comentó Jonás, que seguía maravillado con Mc Kenna.

—Depende de cómo se quiera disfrutar de ella... —contestó Robert posando la mano sobre una de las de Mc Kenna y comenzando a acariciar su dorso.

El corazón de esta se aceleró de manera descontrolada.

—Sí, imagino que sí —dijo Jonás, enterado de que Robert estaba marcando su territorio—. Si lo

que están buscando es un encierro romántico frente a la chimenea, están en el lugar adecuado. Robert asintió y Mc Kenna apenas pudo sonreír nerviosa, notando como él cada vez intensificaba

más la caricia de su mano. Anori los miró a ambos un segundo y prosiguió.

—Pues vamos, los guiaré hasta la cabaña. Parece que están deseando llegar.

—Sin duda —contestó Robert y se dejó orientar hasta la salida del pueblo a escasos metros. Allí

siguieron circulando unos quinientos metros más hasta que llegaron a una bonita cabaña de madera

rústica. Con tejado a dos aguas, y un pequeño porche de entrada. Los tres bajaron del vehículo, pero

mientras los dos hombres se acercaban primero a la puerta, Mc Kenna se retrasó sujetando a Calibre

con su correa. Jonás entró en la cabaña primero y encendió las luces.

—Mi madre les ha preparado la cabaña. Tienen luz gracias al generador que hay detrás de la casa.

El tanque está lleno, hay que cargarlo cada semana. Y bueno... esta es la cabaña. No es muy grande,

pero para los planes que tienen —dijo con una sonrisa volviendo a mirar a Mc Kenna—, les sobrarán.

Si necesitan cualquier cosa, llámenos. Nuestro número está junto al teléfono. Y si quieren hacer

alguna excursión por la zona, no duden en decírmelo. Soy piloto, tengo una de las tres avionetas que

hacen vuelos por esta zona. También traigo provisiones, correo, y lo que necesiten de Anchorage, dos

veces por semana.

—Perfecto, si necesitamos cualquier cosa ya sabemos a quién acudir.

Muchas gracias —le dijo

Robert con prisa por despedirse.

—Gracias —añadió Mc Kenna.

—Ha sido un placer —se despidió Jonás volviendo a concentrarse en ella.

Robert se acercó a él y lo acompañó hasta la puerta.

—No necesita que lo lleve de vuelta, ¿verdad? —le preguntó ya fuera de la casa. —No, tranquilo. Estamos cerca y me gusta pasear.

—Perfecto, pues muchas gracias —le dijo resolutivo, y cerró la puerta sin esperar más. Se dio la

vuelta y miró a Mc Kenna, que lo miraba todo con interés.

—Bienvenida a casa, señora Mc Coy.

Capítulo 14

La cabaña resultó ser muy acogedora y sencilla. En la planta baja había dos dormitorios, uno doble y otro individual más pequeño. Un baño completo y un bonito salón con cocina americana y chimenea de piedra. En la segunda planta una zona diáfana abuhardillada llena de cajas y muebles antiguos. No tardaron ni diez minutos en recorrer cada rincón del que sería su escondite las siguientes semanas, y después de meditarlo le pareció una muy buena elección. Robert la había llevado a los confines de la Tierra. No imaginaba a quién se le podía ocurrir buscarla allí. Respiró con profundidad deteniéndose en el centro del salón y sin saber cuál sería su siguiente paso.

—Bueno, tenemos un problema. Me he presentado como Robert —dijo este rompiendo el momento de silencio.

—Vaya... La verdad es que no tienes cara de Lennie —apuntó Mc Kenna con una pequeña sonrisa.

—Sí. No sé cómo he podido cometer una estupidez semejante, pero ya está hecho. Al menos mantenemos tu coartada y seguimos siendo los Mc Coy.

—Bien, ¿y ahora?

—Ahora tú te quedas con el dormitorio doble —le dijo Robert mientras comprobaba los cierres de las ventanas uno a uno.

—Puedo ocupar el individual, no necesito mucho espacio —resolvió, mirando la maleta que le había preparado Pierce, como su única posesión.

—Mañana iremos a comprar más cosas, todo cuanto necesites —añadió él adivinando sus pensamientos.

—No es necesario. Toda esta locura durará unas pocas semanas y después volveré a casa —dijo dirigiéndose al dormitorio que Robert le había indicado. Su tono era triste y abatido.

Robert la vio recorrer aquellos escasos cinco metros hasta la puerta de la habitación mirando al suelo. Y la lista de preguntas, cada vez más amplia, que le generaba aquella chica comenzó a bailar en su mente. Ella llevaba en Estados Unidos unas pocas semanas. No sabía por qué había realizado el viaje desde Irlanda. Ni cuál era su vida en su país natal. ¿Qué la esperaba a su vuelta? Mc Kenna era una pieza difícil de encajar en el puzzle de aquel escenario del crimen. No cuadraba con nada. Y estaba seguro de que eso la convertía en la clave para averiguar lo que allí había pasado en realidad.

Tenía que tener mucho cuidado con la forma de interrogarla, pero debía desvelar todos sus secretos cuanto antes. Aunque aquel no era precisamente el momento de comenzar a hacerlo. Debía seguir inspeccionando la casa y los alrededores. Estaba convencido de que nadie los encontraría allí, pero de salir mal el plan, debía asegurar la zona de la manera más efectiva posible y estudiar una segunda estrategia de huida por si llegaban a sufrir una situación de emergencia que los obligase a tener que abandonar el escondite. Una vez revisado todo el interior de la cabaña aprovechó que Mc Kenna seguía desempaquetando su equipaje para encender la chimenea e intentar así caldear la cabaña. El exterior de la vivienda era mucho más seguro inspeccionarlo durante el día, a plena luz. Junto al hogar encontró una cesta de mimbre robusto con troncos de madera, cerillas y viejos periódicos que lo ayudarían a encender el fuego. La familia Anori había dejado bien aprovisionada la cabaña para los huéspedes. Según tenía entendido eran solo madre e hijo, y junto con aquella cabaña, tenían cuatro más que alquilaban a forasteros para las temporadas de caza, pesca y montañismo. Al recordar a Jonás Anori, anotó mentalmente no fiarse de él. No le gustaba la forma en la que había mirado a Mc Kenna. Un excesivo interés podría acarrearle algunos problemas a la hora de protegerla. No necesitaba moscones alrededor. Pero el hecho de pasar por matrimonio le facilitaría la misión de espantarlos.

Encendió el fuego sumido en sus pensamientos hasta tal punto que la llegada de Mc Kenna a su lado lo sorprendió.

—Me gusta el fuego —confesó ella sentándose a su lado en la alfombra de pelo largo color chocolate. Se aproximó a las llamas y alargó las manos para sentir su calor. Se frotó los brazos por encima del suéter y se apartó el cabello a un lado. Robert se había percatado ya de que era un gesto muy frecuente en ella. La observó hipnotizada con el baile de las llamas en la pequeña fogata. Su rostro resplandecía bajo aquella luz anaranjada y, el cabello refulgía confundiéndose sus tonos rojizos con los del mismo fuego. Era hermosa. Demasiado hermosa en realidad. Para haber estado en aquel ático, para estar con ella varias semanas a solas, y sobre todo para confundirlo sobremanera. Nunca se había sentido atraído por una testigo, y aunque se lo hubiese negado a Edie para no tener que escuchar cada uno de los discursos que tenía guardados para él, había que reconocer que así era. Lo que le provocaba Mc Kenna sobrepasaba la simple necesidad de averiguar las circunstancias del caso. Se preocupaba por ella. Necesitaba

protegerla, y en más de una ocasión se había sentido tentado de acariciarla o incluso besarla. Despertar ese tipo de sentimientos hacía una protegida era totalmente estúpido e inapropiado. Sobre todo cuando no se conocía lo suficiente de ella. La chica podría ser una prostituta. No tenía marcas de pinchazos ni había evidenciado síntomas de enganche a las drogas en aquellas horas. Pero que estuviese en aquel ático debía tener una explicación y ninguna de las opciones que se le ocurrían era buena.

Tenía que ser frío y analítico con la situación. Tal vez solo fuese que le gustaban los puzzles y ella era la pieza discordante. Tal vez solo se tratase de que estaba demasiado cansado, agotado y necesitado de unas buenas vacaciones. Pero debía erradicar aquel comportamiento con ella inmediatamente, la chica podría convertirse en peligrosa para él.

—¿A ti no te gusta? —la escuchó preguntarle. La observó unos segundos perdiéndose en aquella preciosa y salvaje mirada gris y resolvió que estaba demasiado cansado. Necesitaba dejar de pensar en todas aquellas cosas.

—Sí, sí me gusta —contestó secamente al tiempo que se levantaba de la alfombra y se dirigía a los muebles de la cocina—. Voy a mirar si hay por aquí alguna lata o algo que podamos utilizar para preparar una pequeña cena. Imagino que estarás muerta de hambre.

Mc Kenna se quedó un poco sorprendida por la actitud de Robert. De repente le parecía tenso e incluso algo distante con ella. Nada que ver con su actitud de las últimas horas. Lo miró intentando adivinar qué había motivado aquel cambio de actitud y vio que él seguía esperando una respuesta por su parte.

—No, la verdad es que el día de hoy ha sido demasiado intenso. Tres intentos de asesinato me han quitado el apetito. Prefiero ir a acostarme ya —dijo levantándose de la alfombra. Se sacudió el trasero y comenzó a dirigirse al dormitorio, cuando vio que Robert la seguía.

—Tengo que hacer algunas comprobaciones —le aclaró él.

—Bien... —concedió, ya en la puerta del dormitorio, y dejándolo pasar.

Robert entró y fue directamente a la ventana. Comenzó a recorrer la madera, cerró los pestillos y comprobó su seguridad.

—Bien, parece que está todo correcto. Si me necesitas, solo tienes que llamarme —le dijo dirigiéndose a la puerta. Una vez en el marco se giró para llamar a Calibre, que había entrado en el dormitorio con ellos—. ¡Vamos, compañero!

El precioso braco lo miró con gesto cansado y subió a la cama de Mc Kenna

acostándose a los pies.

Ella sonrió y Robert se deleitó con su gesto. Al darse cuenta de que ya la estaba mirando de aquella manera de nuevo, volvió a tensarse y se apartó un paso de la puerta.

—Está bien, yo me quedo con la tele y tú con la chica —le dijo al animal. ¿Quién podía culparlo por su elección?, pensó.

Calibre resopló y se acomodó aún más en la cama.

—No te preocupes, cuidaré bien de él —le aseguró Mc Kenna con una sonrisa.

Tenía los labios más tentadores que había visto jamás, volvió a pensar él.

—Calibre tiene alma de poli, cuidará él de ti —replicó intentando que sus pensamientos volviesen al perro.

Mc Kenna recorrió un paso del espacio que los separaba, apoyándose en el marco de la puerta de la habitación y buscando encontrarse con su mirada.

—Muchas gracias... por todo —le dijo con sinceridad.

Ella se mordió el labio inferior, que comenzaba a temblarle ligeramente. Quizá estaba abrumada por la suma de los acontecimientos de las últimas horas, pensó Robert. Se la veía frágil, insegura y aunque estaba seguro de que no pretendía serlo... Tentadora. La observó durante un segundo eterno. Tenía que alejarse de ella. En ese momento. Inmediatamente. Pero solo podía pensar en besarla. Buscó la cordura que le permitiese actuar como debía. La buscó en cada una de las células de su cuerpo, pero no se apartó. En lugar de eso la tomó por la barbilla. Ella no mostró resistencia, ni siquiera pareció sorprenderse con su movimiento, al contrario que él mismo, que no daba crédito a lo que estaba haciendo. Simplemente lo miró, con aquellos enormes y brillantes ojos grises. Permanecieron perdidos en la mirada el uno del otro lo que pareció una eternidad y cuando Robert pensó que mantener la distancia con ella era casi doloroso, recorrió el espacio entre los dos y la besó. Fue un casto beso en la frente. Pequeño, rápido, inesperado, pero que dejó una impronta de fuego en la piel de Mc Kenna y le robó hasta la última mota de aire de los pulmones.

—Buenas noches, pequeña —le dijo con la voz algo ronca.

Las palabras acariciaron la piel de su frente y Mc Kenna cerró los ojos. Después lo sintió marcharse dejándola sola en la habitación.

Capítulo 15

—¿Qué haces con esos prismáticos?

Jonás apartó la vista de la ventana y miró a su madre, que lo observaba con curiosidad por encima del periódico.

—Echaba un vistazo a los nuevos inquilinos de la cabaña tres —le explicó escuetamente y volvió a ajustar la lente para ver con mayor nitidez.

—¿Y qué tienen de especial para que te dediques a espiarlos? No es propio de ti —le recriminó sin levantar la vista del periódico.

—No lo sé, tienen algo raro. Dicen que son recién casados...

—¿Y...?

—Y que algo no me cuadra. El tipo pasó anoche más de una hora revisando las puertas y ventanas de la casa...

—Puede que le tenga miedo a los osos, a los alces...

—Ya... Podría ser, pero la chica parecía tensa.

—¿Cuánto tiempo la viste anoche, cinco minutos? A lo mejor solo es tímida —le dijo su madre sin dar demasiada importancia a sus conjeturas.

—Imagino que es una opción. De todas formas, no me fío de ese sujeto — volvió a insistir Jonás, justo en el momento en el que en su campo de visión aparecía Robert de nuevo. Lo vio salir de la cabaña y comenzar a recorrer los alrededores. Inspeccionaba el suelo, la nieve, los árboles de alrededor y la parte exterior de la casa. Más tarde dio con el cobertizo que había tras la casa y estuvo dentro unos diez minutos hasta que al final salió portando unas raquetas de nieve y un par de cañas de pescar y aparejos. En los casi cuarenta minutos que había tardado en su inspección, no había visto a la chica, que debía de permanecer en la casa. Tal vez la tenía secuestrada, bromeó para sí. A una pelirroja como aquella daban ganas de tenerla atada a la cama, sí señor. Aquel era un tipo con suerte, eso sí de veras estaba casado con la chica. Pero si sus sospechas sobre él eran fundadas, lo tendría vigilado, determinó, y dejando los prismáticos fue a cambiarse para irse a trabajar.

Robert entró en la cabaña y dejó las cosas que llevaba sobre la encimera de la cocina. Había encontrado objetos bastante interesantes y útiles en el cobertizo, que más tarde revisaría con detenimiento. Miró su reloj y vio que eran las ocho de la mañana, hacía casi media hora que había

amanecido y tres desde que se despertó no pudiendo pegar por más tiempo ojo. Los sucesos de los dos últimos días le habían impedido conciliar bien el sueño. También el haber estado oyendo llorar a Mc Kenna en distintos momentos de aquella noche. La primera de las veces, estuvo a punto de ir a su cuarto para ver cómo estaba, pero entonces la vio salir de allí en dirección al baño. Tenía el rostro cubierto por el cabello, que le caía en una cascada. Pero se frotaba los ojos y las mejillas secándolas con el dorso de las mangas de su pijama blanco de franela, con un estampado pequeño que desde la distancia y con la escasa iluminación no llegaba a distinguir. En el baño, estuvo cerca de diez minutos en los que él se mantuvo tras la puerta para cerciorarse de que todo iba bien. O al menos todo lo bien que puede ir cuando han intentado matarte tres veces en veinticuatro horas y las imágenes de una docena de chicas muertas vagan por tu mente impregnando tus retinas. Así era como debía de sentirse Mc Kenna, y solo de pensarlo se le encogían las entrañas. Por lo tortuosa que había sido la noche, no se había atrevido a despertarla aquella mañana y había decidido salir solo a inspeccionar los alrededores.

En ese momento, como si la hubiese llamado con la mente, la puerta del dormitorio de la chica se abrió y el primero en hacer acto de presencia fue Calibre, que se aproximó a él y comenzó a lamerle la mano mientras daba vueltas a su alrededor. Estaba claro que quería salir al exterior.

—Yo lo sacaré, si te parece —le dijo aquella dulce voz femenina que ya reconocía tan bien, y la miró quedándose paralizado. Renos. Pequeños renos rojos decoraban su pijama. Ella se apartó el pelo a un lado y lo miró con una pequeña sonrisa.

—Buenos días —la saludó cuando fue consciente de que ella esperaba una respuesta. —Buenos días —le devolvió el saludo. Estaba preciosa, a pesar de que las pruebas de la mala noche que había pasado asomaban en su rostro. Tenía los ojos enrojecidos, la piel excesivamente pálida e irritada en algunas zonas.

—¿No tienes hambre? —le preguntó él.

—Sí, la verdad es que mucha —contestó Mc Kenna acariciándose la tripa.

—Pues si te parece saco yo a pasear a Calibre mientras tú te vistes. Después nos acercamos al pueblo a por provisiones y tomaremos un buen desayuno.

—Me parece una idea estupenda. No tardo —contestó ella yendo hacia la habitación.

Apenas unos minutos más tarde, Mc Kenna salía de la cabaña buscando a

Robert y a Calibre para ir al pueblo. Se había dado una ducha rápida, aunque no se había lavado la cabeza. No tenía secador y no quería salir con el cabello mojado con aquellas temperaturas cercanas a los diez grados bajo cero. Después de la ducha, que le había sentado de maravilla, se vistió con un vaquero azul, una camiseta, un suéter blanco y la cazadora. Antes de salir se había mirado en el pequeño espejo del baño y se había sorprendido del mal aspecto de su rostro. No le extrañaba en absoluto, pero la chica que le devolvía la mirada desde la cristalina superficie, en nada se parecía a la Mc Kenna de hacía tres días. Su mirada estaba apagada, compungida, confusa. No encontraba un atisbo de su habitual determinación, de su energía, de su fuerza. Y no le gustó. Ella no era débil. No lo había sido jamás. Tenía que superarlo y seguir adelante. Se tocó el rostro de piel fina y delicada. Se perdió en su mirada un segundo más tratando de encontrarse en sus ojos y finalmente pellizcó sus mejillas para conferirles un aspecto más rosado y saludable, antes de salir del baño en busca del policía que la custodiaba y su perro.

Cuando los encontró, el primero lanzaba un palo al segundo, que lo recogía tras una rápida carrera, se lo entregaba y volvía a colocarse en posición de espera, aguardando que volviesen a lanzarle el palo. Los observó unos segundos. Robert tenía un aspecto tan masculino y urbanita con su cazadora de cuero negro, sus vaqueros desgastados y sus botas, que parecía que lo habían sacado de una revista de chicos malos, para pegarlo en aquella estampa glacial. Era tan atractivo que cortaba la respiración y emanaba tal magnetismo y seguridad que era imposible no verse afectada por esa fuerza y energía. Le parecía increíble no haber oído nada sobre una mujer en su vida ni a su compañero, ni a Pierce y Paul cuando estuvo con ellos. Pero que no lo hubiesen comentado no significase que no la hubiese. Pensar que tal vez había una mujer que ocupaba la cama del detective por las noches, que disfrutaba de sus caricias y atenciones, le molestó de forma incomprensible. Ella no tenía derecho a sentirse así. Le debía la vida, pero no era nada de él. Y tampoco lo sería jamás. En unas semanas, si conseguía sobrevivir, volvería a su vida vacía y rota y él seguiría allí, rescatando princesas y luchando contra dragones.

En ese momento Robert se percató de su presencia y la saludó con la mano y una enorme sonrisa. Mc Kenna se la devolvió y se aproximó a la singular pareja pisando la nieve con cuidado para no resbalar. Se dirigieron a la pick up y tras subir a Calibre, se dirigieron al pueblo. Verlo a plena luz del día no

tenía nada que ver con el paseo nocturno de la noche anterior. A pesar de ser una estampa invernal, el pueblo de Talkeetna resultó estar lleno de encanto y color. Las fachadas de las tiendas y establecimientos estaban decoradas con carteles coloridos de madera pintada. La gente paseaba por sus calles a pesar de ser bastante temprano y no tardaron en encontrar un bar en el que un enorme cartel anunciaba los más apetitosos y copiosos desayunos. Robert y Mc Kenna se miraron y sin decir una palabra estuvieron de acuerdo en que aquella era la primera parada.

El local era exactamente lo que anunciaba el exterior. Las paredes y mostrador de madera rústica, taburetes altos con patas metálicas y asientos de cuero negro, rodeaban la barra por el exterior. Una piel de oso en el techo, algunas cabezas disecadas, raquetas de nieve y cuadros con escenas de pesca en las paredes. En cuanto al personal que daba cuenta de sus desayunos, había de todo. Trabajadores, un pequeño grupo de moteros y un par de familias. Mc Kenna, que había entrado delante de Robert tras abrirle esta la puerta se apartó a un lado para permitir que él entrara acompañado de Calibre.

—Huele de maravilla —le dijo a Robert olfateando el ambiente.

—Ya lo creo —corroboró él a su lado— y creo que Calibre opina lo mismo. Ambos lo miraron y vieron que el animal, como ellos, estaba deseando probar la comida de aquel local.

—¡Hola! Son nuevos por aquí, ¿verdad? Soy Mini —los saludó una mujer desde la barra nada más entrar.

—Sí, llegamos anoche al pueblo. ¿Nos delata la cara de despiste? —preguntó Robert a la mujer, que los miraba con curiosidad y una hermosa sonrisa de bienvenida.

—Eso y que nadie en este pueblo ha podido resistirse a mis desayunos, así que los conozco a todos —contestó con desparpajo—. Además, tienen cara de hambrientos, ¿qué les pongo?

—Eso seguro, ¿cuál es la especialidad de la casa? —preguntó Robert ofreciendo un taburete a Mc Kenna y sentándose en el de al lado.

—Sin duda nuestras tortitas de masa madre, acompañadas de beicon frito, huevos revueltos y carne de reno.

—¡Madre mía! Solo con oírlo me rugen las tripas —no pudo contenerse Mc Kenna al escuchar la propuesta.

—Pues te aseguro que aún saben mejor de lo que suena —le contestó la mujer.

—Queremos todo eso para tres —decidió Robert inmediatamente—. Calibre se apunta a ese magnífico desayuno.

Mini se asomó por encima de la barra y vio al perro, que ya se relamía con ganas.

—¡Hola, precioso! —lo saludó—. Tú tendrás ración doble —decidió. Y resuelta a dejar a los nuevos clientes contentos se perdió en la cocina para dar la comanda.

Capítulo 16

Robert estaba en el baño y Mc Kenna finalizando su desayuno, cuando Mini, la dueña del local, se acercó hasta ella con la intención de entablar una conversación. Terminó de secarse las manos con un trapo y se apoyó en la barra frente a ella con una sonrisa.

—¿Qué tal estaba todo? —le preguntó señalando su plato casi vacío.

—Buenísimo, de veras. ¡No había tomado un desayuno como este en mi vida! —le aseguró con entusiasmo.

—Parece que de verdad teníais hambre...

—Sí, los últimos días han sido un poco... ajetreados y apenas hemos podido comer.

—¿Y de dónde venís? Espera... Déjame adivinar... —le dijo la mujer. Mini aparentaba treinta y tantos años. Llevaba la melena oscura recogida con una coleta que le dejaba algunos mechones sueltos enmarcando un rostro hermoso de facciones femeninas, iluminadas por una mirada profunda y chispeante. En aquel momento la observaba con interés intentando analizarla y adivinar su procedencia, y parecía tan concentrada que, por un momento, Mc Kenna temió que de veras pudiera lograrlo—. ¡Nada! Mis poderes deben de estar atrofiados. No consigo encuadraros. Es que tú no pareces del país, ese acento tuyo... Y tu amigo, él parece de Nueva York. Mc Kenna estuvo a punto de atragantarse. Para tener los “poderes” atrofiados, Mini se acercaba en exceso a la realidad.

—¿Y cuál es vuestra historia?

Mc Kenna, sorprendida por la pregunta, al principio no supo cómo responder.

—¿Habéis venido a escalar?

—Ujum... No... —empezó a decir, pero se detuvo a limpiarse con una servilleta, más por darse unos minutos para pensar que por la necesidad de hacerlo. Finalmente decidió comenzar por la versión que el mismo Robert había dado al señor Anori la noche anterior. Así no habría discrepancias—. Somos recién casados. Nos apetecía una luna de miel tranquila —explicó con una tímida sonrisa. Ocultó la vergüenza que le daban las implicaciones de aquella afirmación, dando un trago de su refresco.

—¡Recién casados, qué maravilla! ¡Felicidades! La verdad es que hacéis

una pareja estupenda. Y habéis elegido bien el sitio. Este pueblo parece un poco perdido del mundo, pero tiene su encanto —le comentó Mini acomodándose mejor frente a ella—. Yo llegué aquí hace casi siete años. La gente decía que estaba loca. Alaska no se parece nada a España. Soy española —le dijo con una sonrisa que demostraba el tremendo orgullo que sentía y Mc Kenna decidió en aquel momento que Mini le caía de maravilla. Tal vez podía verla más veces mientras estuviesen allí—. Vine para hacer una ruta de escalada con unos amigos, y sin darme cuenta me vi aquí haciéndome cargo de este local —añadió señalando a su alrededor.

—Pues me alegro de que lo hicieras, o nos habríamos perdido tus tortitas —le dijo Mc Kenna con una sonrisa.

En ese momento, el frío helado de la calle entró en el local al abrirse la puerta y un escalofrío recorrió su espalda.

—¡Vaya! Si es la nueva vecina —dijo el recién llegado ocupando el taburete a su lado, que minutos antes ocupaba Robert, y saludándola con una sonrisa. Mc Kenna lo miró y vio que se trataba del casero de la cabaña.

—Señor Anori, buenos días.

—Por favor, llámame Jonás —le dijo él con una enorme sonrisa de dentadura perfecta. A la luz del día su aspecto era menos amenazador, pero seguía envolviéndolo un aire peligroso difícil de obviar. Se dio cuenta entonces de que era tan corpulento como Robert, quizá más ancho aún. Tenía los ojos castaños, las cejas puntiagudas y una pequeña cicatriz sobre una de ellas. Los labios carnosos se curvaban en una sonrisa inquietante y ligeramente golfa.

—¿Qué te pongo, Jonás? —preguntó Mini al recién llegado, y haciendo que este por fin dejase de escrutarla con la mirada, pero no duró mucho.

—Lo de siempre —le dijo escuetamente.

Y volvió a mirarla como si fuese comida.

—¿Y dónde está su flamante esposo? —le preguntó. Pero antes de poder contestarle, Mc Kenna sintió unos brazos que la rodeaban desde atrás y la pegaban a un pecho fuerte, al tiempo que escuchaba y sentía vibrar la voz grave y sexy de Robert tras ella.

—Aquí estoy —declaró—. ¿Te he dejado mucho tiempo sola? —le preguntó aproximando el rostro al de ella y dándole un pequeño beso en la mejilla.

Mc Kenna contuvo el aliento, y se dejó emborrachar por el aroma masculino de la piel de Robert.

—Buenos días, Jonás, veo que ha estado entreteniéndome a mi mujer —le dijo

Robert al recién llegado al tiempo que estrechaba su mano con contundencia.

Jonás se vio sorprendido en un principio por el apretón, pero no tardando el reaccionar, se lo devolvió con una sonrisa y un comentario.

—No debería dejar a su esposa sola, hay muchos moscones por aquí.

—Ya lo veo... Sabio consejo. A partir de ahora no volveré a cometer semejante estupidez, téngalo claro.

Mc Kenna miraba la conversación entre aquellos dos gigantes que la flanqueaban por ambos lados. No entendía muy bien a qué venía aquel derroche de testosterona y decidió que ya era hora de finalizarla.

—Mini, gracias por el desayuno —comenzó, dirigiéndose a la dueña del local—. Estaba delicioso. Seguro que repetiremos, pero ahora será mejor que nos marchemos. Tenemos que comprar provisiones. Hasta otro momento, Jonás —se despidió del hombre con una pequeña sonrisa—. ¿Nos vamos... cariño? —le preguntó a un Robert que tuvo que parpadear un par de veces al ver la mirada coqueta que le brindaba ella.

—Por supuesto, pequeña. Cuanto antes terminemos, antes regresaremos a la cabaña.

Aquel comentario doble intencionado iba más dirigido a Jonás que a ella y Mc Kenna se aguantó un suspiro de impaciencia.

Se despidió con la mano y, tras tomar a Calibre de su correa, salió del local esperando que Robert la siguiera. El frío de la calle, que la sorprendió como una jarra de agua helada, no atemperó su estado de ánimo bastante caldeado.

—¿A qué ha venido todo ese teatro? —le dijo entre dientes al detective que la seguía a corta distancia.

Su tono era tenso y molesto y Robert se sorprendió.

—Eso me pregunto yo, ¿a qué ha venido eso?

Le abrió la puerta del coche y ella entró después de dejar pasar a Calibre, que saltó al asiento trasero.

—¿No puedo ni marcharme un par de minutos al baño que cuando vuelvo ya estás repartiendo aleteos de pestañas entre los lugareños?

—¡Oh, Dios mío! ¿Acabas de decir eso de verdad? ¡Yo no repartía nada! Estaba hablando con Mini cuando el señor Anori entró en el local y me saludó.

—¿Ahora es el señor Anori? ¡Hace un momento era Jonás! Y te he visto más que encantada de ser saludada, toda sonrisas y coqueteos. Me da igual lo que hicieras en tu vida antes de todo esto, pero mientras estés bajo mi

protección te mantendrás alejada de todo el mundo. Especialmente de los hombres. No podré protegerte si tengo que andar espantando moscones de tu órbita —le espetó con vehemencia mientras arrancaba el motor de la pick up.

Mc Kenna se quedó tan sorprendida y perdida en algunas de las partes de su discurso que sintió como sus mejillas ardían fruto del enfado y la vergüenza. ¿A qué se había referido él con a lo que se dedicaba antes de todo aquello?

—No sé a qué te refieres, pero si crees que puedes decirme lo que puedo o no hacer, con quién puedo o no hablar, estás muy equivocado. Creí que lo había dejado bastante claro en la comisaría. Yo no soy propiedad de nadie y...

A mitad de su reivindicativo discurso, Mc Kenna sintió que su mundo se detenía de repente. Todo, menos el latido de su corazón dolorosamente desenfrenado, y las células de su cuerpo, que habían sido despertadas abruptamente por el ataque de los labios de Robert sobre los suyos. No lo había esperado, ni siquiera lo había visto venir. Estaban discutiendo. Una discusión loca y absurda que aún no sabía a qué había venido y de repente el sabor de la lengua del detective invadió su boca. Su lengua experta y posesiva, llegó hasta los rincones más recónditos de su cavidad bucal. No sabía cómo había empezado, pero su cuerpo reaccionó instintivamente a su contacto, a su invasión, con necesidad, con calor, con deseo. Robert mantenía su rostro entre las manos, obligándola a permanecer pegada a él. Pero la verdad es que se sentía tan fascinada por las miles de emociones inesperadas que sufría su cuerpo, que no habría sido capaz de separarse. Sintió la piel de sus labios palpitar por el contacto frenético con los labios masculinos. Y un jadeo involuntario escapó de su garganta, extasiado, necesitado y confuso.

De repente el contacto que tan abruptamente la habría enloquecido cesó. Aturdida vio como Robert miraba a través de su ventanilla y sonreía complacido tras haber dado de qué hablar a Jonás y Mini, que miraban la escena.

—Eso está mejor. Todo claro —comentó satisfecho. Metió la primera marcha y salió del aparcamiento en dirección a la tienda de suministros.

Capítulo 17

Nada más entrar en la cabaña, sin dar tiempo a que Robert dejase las bolsas en el suelo de madera, Mc Kenna se acercó a él sin mediar palabra y le propinó un guantazo con todas sus fuerzas hasta el punto de hacerse daño en la mano, que se agarró con la otra. Lo miró directamente a los ojos, con decepción, con dolor, con algo que Robert no supo descifrar, y tras aquello se marchó a su cuarto encerrándose en él.

No la vio en lo que quedaba de día. Ni siquiera cuando la llamó para comer y cenar obtuvo respuesta. Estaba claro que la había enfurecido. Y sabía exactamente el cómo y el porqué.

Después del beso en la camioneta, se había mantenido el resto del tiempo que tardaron en realizar los recados en un incómodo y tenso silencio. Sabía que había hecho mal. Sabía que besarla de aquella manera sobrepasaba con creces todos los límites de lo propio y lo impropio, no solo en su trabajo. Como detective que protegía a una testigo, jamás debía tomarse semejantes libertades. Pero no sabía lo que le pasaba con esa chica. Durante el día había tenido tiempo de sobra para analizar lo sucedido y se daba cuenta de que estaba en un aprieto de los buenos. Si Edie estuviese allí, le habría dado un buen puñetazo en la mandíbula. Aunque el golpe de Mc Kenna también había servido como penitencia. Era fuerte, decididamente. Y él merecía ese castigo. Pero cuando la vio hablar con Jonás algo se le revolvió en las tripas. El tipo parecía más que dispuesto a coquetear con su mujer. Bueno, no era su mujer, pero él no lo sabía. Aun así se había atrevido a tontear con ella, y Mc Kenna, en lugar de cortar aquella actitud, le había seguido el juego.

Pero por muchas vueltas que le diera al tema, a si ella le había devuelto el coqueteo o no, una cosa estaba clara. El tonto en sí no era lo que había hecho que la besara. Deseaba hacerlo. Lo deseaba desde la primera vez que la vio. No había podido apartar de su mente aquellos deliciosos y carnosos labios desde que la encontró en aquel ático. Desde la primera vez que la tocó y su cuerpo reaccionó a su contacto. Desde la primera vez que sus miradas se cruzaron y se perdió en la inmensidad gris de sus ojos, salvajes y misteriosos. Y eso la convertía en la mujer más peligrosa para él, pues no solamente no le había sucedido con anterioridad con otras mujeres, sino que la vida de esta en cuestión estaba en sus manos. Y si dejaba que sus

inesperadas reacciones ante su contacto y presencia lo confundiesen y alterasen, no podría protegerla. Ya había visto a otros cometer ese error, él no podía dejarse llevar por esa atracción loca y sin sentido.

Ni siquiera sabía quién era ella en realidad. Una prostituta, una chica normal y corriente, ¿qué? Tenía que averiguarlo, por el caso, se dijo. Pero para eso, tenía que hacerla salir de su encierro. Por otra parte, que ella reaccionase de aquella manera tampoco cuadraba en el perfil de chica de la calle. A fin de cuentas, tan solo había sido un beso. Cuando recordó el hecho, su cuerpo reaccionó como si en cada una de sus neuronas se hubiese quedado grabado el efecto de los labios y el sabor de Mc Kenna en su boca. Se desbocó y excitó al instante. La había besado dejándose llevar por una mezcla de reacciones primitivas tales como la exigencia, el deseo, los celos e incluso la necesidad de marcar su impronta en ella. Pero nunca pensó que besarla lo haría reaccionar de manera tan inquietante. Pero se dio cuenta de que perderse en sus labios no era la culminación de su apetito saciado, sino un aperitivo que despertaba su hambre aún más, de manera primitiva y voraz, hasta el punto de que había tenido que utilizar toda su fuerza de voluntad para separarse de ella. Aun así, durante el tiempo que destinaron a realizar las compras intentó mantener toda la distancia posible con ella para asegurarse de no volver a hacerlo. Las cinco primeras horas, y las cinco siguientes, incluso cuando el encierro de la chica superaba ya las doce horas, él seguía insistiendo en lo conveniente de esa distancia entre los dos, pero a media noche estaba harto de dar vueltas en la superficie desigual del sofá y se llegó a plantear tirar aquella maldita puerta abajo y hablar con ella. Aquella idea estaba comenzando a tomar forma en su mente cuando se vio sorprendido por el sonido de la puerta del cuarto de la chica abriéndose. Se quedó muy quieto en el sitio, sin moverse, solo expectante por saber qué haría. Ella salió a oscuras y fue hacia la cocina. Abrió una garrafa de agua sobre la encimera laminada y se sirvió un vaso de agua. Se colocó el cabello a un lado y Robert contuvo la respiración. Llevaba un pantalón largo de pijama y una camiseta de manga corta pegada a su esbelto y tentador pecho, sin sujetador. Por un momento se sintió un cazador admirando su presa y no le gustó verse en ese papel, por lo que decidió hacerle saber que estaba allí. Aunque eso hiciese que ella saliese corriendo de nuevo a encerrarse y dejase de verla, encendió la luz de la lamparita que había en la mesa baja junto al sofá.

—¡Hola! —la saludó.

Mc Kenna lo miró un segundo intentando decidir si salir escopetada para su cuarto o finalmente enfrentarlo.

—¿Qué haces ahí? —preguntó tras servirse otro vaso de agua.

—Duermo aquí. Es más... seguro. Controlo las dos entradas de la casa desde esta posición.

—Pues vas a destrozarte la espalda durmiendo en esa superficie llena de muelles —le dijo sin expresión en la voz.

A Robert le costaba averiguar cómo se sentía ella en realidad en ese momento.

—No esperaba que te preocupases por mí después de... lo de hoy —comentó buscando una reacción en ella.

—No lo hago —mintió apretando los labios molesta— pero si alguien entrase aquí y no pudieras moverte por estar agarrotado con una contractura, me ibas a servir de poco —terminó con gesto altivo.

El comentario peleón hizo gracia a Robert, que esbozó una pequeña sonrisa, y Mc Kenna se concentró en beber de su vaso para no ver aquel gesto que lo hacía tan sexy. La chimenea estaba encendida y la luz dorada del fuego iluminaba el rostro y torso desnudo de Robert parcialmente tumbado en el sofá.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó finalmente buscando algo que entretuviese su mente y la distrajese de la imagen de dios vikingo que le recreaba la vista. El pecho de Robert era inmenso y tan bien esculpido como el de una estatua de alabastro. Robert se mantuvo en silencio y ella apoyó las manos en las caderas dándole a entender que esperaría una respuesta.

Él resopló y bajó la cabeza dándose tiempo a pensar por unas centésimas de segundo.

—No lo sé —comenzó—. Imaginé que era la mejor forma de dejar claro a Jonás que no podía acercarse a ti —había cierta verdad en aquella respuesta, aunque no estuviese completa, pero no pensaba confesarle las cosas que le provocaba—. Lo siento si te molestó —le dijo levantándose.

Mc Kenna tragó saliva al ver como apenas se sujetaban los pantalones de cinturilla elástica grises que llevaba Robert suspendidos de las caderas, y decidió que era más seguro seguir discutiendo.

—¿Pensaste que no me molestaría que invadieras mi boca? ¿Qué me besases a la fuerza? —le dijo ella cruzándose de brazos en posición defensiva.

—¿Forzarte? —preguntó él, atónito—. ¡No te sentí protestar, al contrario!

—dijo en su defensa—. Imagino que no será la primera vez que te besa un hombre dada tu profesión —le increpó sin pensar, ofendido con la acusación de Mc Kenna.

—¿Dada mi profesión? ¿De qué demonios está hablando, detective Brooks? —le preguntó ella elevando la voz. Furiosa y confusa, se aproximó a él y esperó una respuesta.

Robert vio como aquella mirada cristalina y gris refulgía enfurecida, pero ya había llegado a un punto sin retorno. Al menos averiguaría qué hacía ella en el ático.

—¿No eres una prostituta? ¿Qué si no ibas a estar haciendo en el ático con aquellos tipos?

—¿Una prostituta? ¡Maldito hijo de perra! ¡Yo no soy ninguna puta! —le gritó enfurecida—. Que te quede bien claro —le dijo en tono más frío—, yo no fui a aquel ático a acostarme con esos tipos — pronunció cada palabra haciendo evidente el asco que le daba aquella idea—. Yo fui hasta allí a acabar con sus vidas.

Robert esperaba oír muchas cosas, pero no que ella le confesase que había ido hasta allí para matar aquellos tipos. Las palabras lo dejaron paralizado en el sitio, viendo como ella volvía furiosa a encerrarse en su cuarto. Y, unos segundos más tarde, la oyó abandonarse a un llanto roto.

Capítulo 18

Edie García por fin salía de su descanso obligatorio de cuarenta y ocho horas después de haber sufrido una herida de bala y podía ir a investigar el caso que lo tenía desquiciado. Su compañero hacía las mismas horas que estaba desaparecido. Él sabía, por lo bien que lo conocía, que estaría perfectamente, en algún lugar seguro. Pero no conocer el sitio exacto lo tenía preocupado. Esperaba recibir noticias suyas en las próximas cuarenta y ocho horas, aunque mientras tanto había muchas cosas que necesitaba averiguar. Su primera parada fue la oficina del forense. Aún no llegaba a comprender por qué Adam Monroe había dado información directa sobre el caso al fiscal del distrito antes que a los agentes que lo llevaban. También necesitaba obtener algunas respuestas sobre el asesinato, ya que esperaba que en aquellas horas hubiese hallado algunas pistas que arrojasen luz entre tanta oscuridad... Las incógnitas se iban multiplicando con la misma velocidad que los cadáveres, y eso no era nada bueno.

Cuando entró en la morgue, lo vio allí, concentrado en el cadáver de una de las chicas de ático, ambientando la escena música jazz de fondo. El rostro desencajado de la joven seguía impresionándolo y apartó la vista para concentrarse en el hombre que le debía algunas contestaciones.

—No sé cómo puedes concentrarte con esta música —le dijo Edie con una mueca, revelando su presencia.

—El caos de las notas delirantes del jazz me ayuda a encontrar sentido a la muerte —se limitó a contestar el forense como si aquella frase fuese suficiente explicación.

—Ya... Lo que tú digas —contestó Edie cabeceando.

—¿Cómo tú por aquí tan temprano, García? Oí que te habían disparado, ¿cómo te encuentras? —le dijo inclinándose para observarlo por encima de la montura de sus gafas.

—Bien, hará falta mucho más que un balazo en el hombro para apartarme de este caso —dijo volviendo la vista de manera involuntaria al cadáver de la joven.

—Esperemos que no tengas que toparte con estos tipos otra vez. Están decididos a llenar la morgue de cadáveres. Hacía mucho tiempo que no se me acumulaba el trabajo de esta manera —añadió el forense señalando

algunas camillas colocadas en fila con los cuerpos tapados con sábanas azules.

—Espero que demos con ellos antes de que lleguen hasta el pasillo.

—Yo también lo espero —dijo el hombre mirando el cuerpo de la chica frente a él.

Los dos permanecieron un segundo perdidos en aquel rostro extremadamente joven.

—En fin, necesito que me aclares un par de cosas, Adam.

—Para eso estamos, para dar respuestas —contestó quitándose los guantes de látex y girándose para tirarlos en la papelera.

—¿Desde cuándo trabajas directamente para la fiscalía? —le preguntó sin rodeos.

Edie vio como el forense se tensaba inmediatamente y, tras unos segundos de parecer pensárselo, girarse para encararlo.

—No lo hago. No suelen pasar por aquí, pero este caso parece importarles especialmente. Me vi tan sorprendido como vosotros pero, como comprenderás, el fiscal general tiene competencias suficientes para que tenga que darle la información si me la solicita.

—Está bien, eso lo entiendo. Pero ¿no te dijo a qué venía tanto interés?

—No, en absoluto. Me envió a su ayudante con una orden y solicitando que toda la información descubierta en esta investigación le fuese hecha llegar de manera inmediata.

Edie chasqueó con la lengua y volvió a cabecear sin entender los motivos reales de la fiscalía. Estaba claro que se le escapaba algo.

—Bueno, mientras sea la misma información que nos llega a nosotros, no hay problema.

El forense lo miró con gesto serio evidentemente ofendido, pero no dijo nada. Se limitó a tomar otro par de guantes nuevos de la caja y comenzó a ponérselos.

—¿Y qué puedes decirme de las chicas? —preguntó Edie decidiendo que era momento de cambiar de tema.

Adam Monroe resopló y después empezó a hablar.

Cuando una hora más tarde Edie salía de la morgue, se dirigió directamente a la comisaría. Las huellas de las chicas habían sido entregadas allí para su identificación. Las muertes habían sido rápidas y limpias, no dejando en el escenario del crimen ninguna pista que pudiese incriminar a los asesinos. Quizá en la identificación de las chicas pudiesen encontrar

alguna pista. Nada más entrar en la comisaría y dirigirse a su escritorio, Abbie se acercó a él con una carpeta en las manos.

—¿Qué tal, Edie, cómo te encuentras? —le preguntó preocupada.

El detective advirtió que estaba tensa como una cuerda.

—Bien, ha sido un rasguño, nada importante —aseguró con una sonrisa.

—Genial. Nos alegramos de tenerte, al menos a ti, de vuelta.

—Gracias, eres un encanto —dijo entendiendo los pensamientos que se paseaban por la cabecita de

su compañera. Pero no quería entrar en una conversación con ella sobre Robert y su fallida relación, de manera que se centró en aquello que lo había llevado a dejar su reposo antes de lo debido. No iba a confesarlo, pero los dolores en el hombro aún eran demasiado intensos. Aun así forzó una sonrisa antes de preguntar a la detective—: ¿Eso que llevas es para mí? — señaló la carpeta que portaba en las manos.

—Sí. Son las fichas de las chicas, las hemos identificado a todas —le dijo mientras le entregaba una carpeta con unas hojas impresas con los datos de las chicas.

—¿Estaban fichadas? —preguntó mirando los datos.

—No, ninguna, pero ha sido denunciada la desaparición de todas ellas por sus familias. No eran chicas de la calle.

—¿Y qué demonios hacían allí entonces? —Edie se sentó en su silla, cada vez más confuso.

—No lo sé, pero la única de la que no se ha recibido denuncia de desaparición es de la testigo que está con Robert. Por cierto... ¿Sabes algo de él? —preguntó Abbie con un tono casi casual que no se le escapó a Edie.

—No, no sé nada de él —contestó apretando los labios. Estaba muy preocupado por su compañero —. Pero, Abbie, sabes que aunque lo supiera no podría decir nada.

Edie vio como la chica hacía una mueca curvando sus carnosos labios casi en un puchero.

—Tranquila, Robert es un tío duro. Pronto dará señales de vida.

Abbie asintió con la cabeza.

—¿Y qué hay del arma que encontraron con las huellas de la chica en el escenario? —cambió de tema Edie, centrándose en el caso.

—Sí, aquí tienes el informe de balística —le dijo señalando las últimas páginas del informe que le había entregado. Se trata de una Smith and Wesson's especial. El número de serie ha sido borrado y no está registrada.

Es imposible rastrearla. El informe dice que no ha sido disparada recientemente. La encontraron en uno de los cestos en los que desemboca el conducto de la ropa hacia la lavandería del edificio.

—El conducto en el que la encontramos...

—Exactamente.

—Debió de caérsele cuando se intentaba sujetar... Pero ¿por qué iba ella armada? ¿Y por qué no usó el arma para defenderse cuando comenzaron los disparos? —se preguntó Edie cambiando de postura en el escritorio para intentar mitigar algo de dolor.

—Tal vez no le dio tiempo, se vería sorprendida... —conjeturó Abbie.

—Eso parece, tendré que averiguarlo. De momento voy a hacer una visita al agente Nox, él tiene muchas cosas que explicar también. Y a los familiares de las chicas, quiero saber cómo llegaron hasta el ático. Gracias, Abbie —dijo levantándose y saliendo de la comisaría sin esperar más. De camino a sus visitas tenía que parar en un quiosco para comprar el periódico. En él esperaba encontrar algunas de las respuestas que podrían cambiarle el humor aquel día.

Capítulo 19

Los primeros rayos de la mañana entraron por la ventana a través de las rejillas de madera, acariciando el rostro de Mc Kenna. Se había quedado dormida bien entrada la madrugada y el primer recibimiento del nuevo día fue una fortísima migraña que le taladró las sienas sin piedad. Se agarró la cabeza con fuerza dejando caer su larga y rojiza melena en una cascada sobre el rostro. Recordó entonces los acontecimientos del día anterior. El beso, su reacción, la discusión... No podía creer que Robert la hubiese confundido con una prostituta. Ciertamente esa debía de ser la impresión que daban todas aquellas chicas, y ella, en el ático. Pero por el trato que él le había profesado hasta el momento, antes de tomarse semejantes libertades con ella, nunca habría imaginado que esa posibilidad pasara por la mente del detective.

En la escueta declaración que hizo de los hechos poco antes de que la llevaran al piso franco, se habían centrado en lo sucedido en el ático. En cómo habían sido los hechos relacionados con las muertes de las chicas y los asquerosos tipos. Se suponía que al llegar a un lugar seguro con los agentes que la custodiaban, tendría que hacer una declaración más extensa, pero aún no se había dado el momento. Y estaba claro que debía algunas respuestas. Lo que no sabía era hasta dónde estaba dispuesta a responder.

Otro pinchazo agudo en las sienas le avisó de que aquel iba a ser un largo día si no ponía remedio al dolor, por lo que decidió levantarse y buscar algún tipo de analgésico en los muebles de la cocina. Tal vez había un botiquín en algún sitio.

Abrió la puerta del cuarto con sigilo. Si Robert estaba dormido, prefería no despertarlo y enfrentarse a él cuando sus neuronas aún no respondían con eficiencia. Caminó descalza sobre la superficie de madera que llevaba hasta el salón-cocina y vio entonces que el detective no estaba en el sofá. Miró a un lado y a otro, pero no había rastro de él. En su lugar, Calibre levantó la cabeza de su sitio sobre la alfombra y fue a recibirla frotándose contra sus piernas y moviendo la cola. Después de repartir unas cuantas atenciones al cariñoso braco, preguntándose aún dónde estaría Robert, fue hasta la entrada para asomarse al exterior. Intentó abrir la puerta, pero para su sorpresa la encontró cerrada con llave. Buscó sobre las

superficies de los muebles, pero no había rastro de ella. Entonces, bastante más inquieta, revisó el resto de puertas y ventanas y terminó por determinar con frustración que el detective Brooks la había dejado encerrada en la cabaña.

Apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas dejándole pequeñas marcas. El dolor de cabeza se había convertido en ese momento en el menor de sus problemas. Odiaba estar encerrada. No lo podía soportar. Y estaba a punto de perder el control por encontrarse precisamente en aquella situación.

Robert hacía menos de una hora que había salido de la cabaña. No le gustaba haber dejado a Mc Kenna sola en ella, pero necesitaba con urgencia hacer un par de gestiones y no podía llevarla consigo. Tampoco dejarla deambular por ahí, así que optó por encerrarla. Después de la bofetada que ella le había propinado el día anterior, podía imaginar su reacción si llegaba a levantarse y encontrarse en aquella situación, pero tendría que enfrentarlo. Lo que no había podido hacer era obviar su declaración de la noche anterior, cuando le confesó que había ido hasta el ático para matar a aquellos tipos, algo que dejaba aún más incógnitas por aclarar en el caso. Desde el principio había sentido que Mc Kenna era una pieza en el puzzle que no cuadraba, pero no había imaginado cuánto.

Necesitaba ponerse en contacto con Edie, no solamente para informarlo de su situación, sino para que este pudiese compartir con él los progresos que estuviese haciendo en el caso. El problema era que en una situación de custodia estaba totalmente prohibido utilizar teléfonos, correos o cualquier tipo de comunicación establecida habitualmente, ya que su uso podía ser rastreado y de aquella manera poner en posición de peligro al testigo. Por suerte, Edie y él no eran novatos a la hora de encontrarse en una situación como aquella. Ya les había sucedido en una ocasión en la que por motivos ajenos a ellos habían tenido que dividirse de igual manera. Y entonces elaboraron un sencillo plan de comunicación, bastante rudimentario y propio de la trama de una novela negra, pero por absurda que pareciera totalmente efectiva para ellos y sus propósitos de compartir información.

Con la idea de comenzar a obtener los datos que precisaba del caso, había tenido que salir de la cabaña aquella mañana. Ya había hecho su parte del plan. Ahora debía aguardar veinticuatro horas para recibir noticias, y mientras, enfrentarse a la pequeña fiera que tenía en la cabaña.

Cuando Mc Kenna oyó el ruido de unas llaves intentando abrir la

puerta su enfado ya había llegado a ser de proporciones catastróficas. Afortunadamente había encontrado un frasco de aspirinas en uno de los cajones de baño, y hacía quince minutos que se había tomado dos, lo que hacía que, al menos, sus pensamientos empezasen a tomar sentido sin la sensación de tener una taladradora en el cráneo intentando impedirlo.

Se colocó frente a la puerta y se preparó para propinar otro golpe al detective por la osadía de dejarla encerrada, cuando vio consternada que la persona que intentaba entrar y a la que acababa de dar un susto de muerte era una mujer.

—¡Oh! Dios mío. ¿Qué hace usted aquí? —le preguntó una señora de rasgos aborígenes, menuda y con cara de espanto—. Se supone que la casa estaba vacía, he llamado varias veces.

Mc Kenna no había oído llamar a nadie, pero había estado un buen rato en el baño con el grifo abierto, podía no haber oído los toques en la puerta.

—¡Pues ya ve que no! ¿Quién es usted? ¿Qué ha venido a hacer? —interrogó a la recién llegada.

—Disculpe, soy la señora Anori, la casera.

—¿La señora Anori? ¿La madre de Jonás? ¿Y por qué entra en la cabaña teniéndola alquilada? —le preguntó Mc Kenna sin entender. Aquella señora se había colado en la casa esperando que no estuviesen en la vivienda. Cuando menos era sospechoso.

—Lo siento de veras. Yo siempre me quedo con una llave, para cuando hay que hacer alguna reparación o trabajo en la casa, necesario para los inquilinos. He venido a traerles un par de calefactores portátiles que había llevado a reparar. Son para las habitaciones. He llamado a la puerta, pero al ver que no estaban me decidí a meterlos en el salón, antes de dejarlos a la intemperie y que se volviesen a estropear.

Mc Kenna se asomó sobre su cabeza y vio que efectivamente, tras la mujer había un par de calefactores de gas. Imaginó que tenía sentido, y dado que se estaba quedando congelada con la puerta abierta, decidió invitar a pasar a la casera. Se echó a un lado y ella entró frotándose las manos y mirando el interior de la cabaña con interés.

—Disculpe, señora... —comenzó la mujer.

Mc Kenna lo pensó un momento y finalmente completó la frase.

—Mc Coy. Makenzie Mc Coy, pero puede llamarme Mac —concluyó, dándole la mano a modo de saludo. Estaba harta de pensar en cómo debía presentarse, y Mac, el apodo que habían usado desde siempre en casa, era

igualmente válido para ambos nombres.

—Encantada, Mac. Yo soy Maryorie Anori. Siento que nos hayamos tenido que conocer en estas circunstancias. Normalmente suelo invitar a mis inquilinos a un chocolate caliente para darles la bienvenida.

Mc Kenna, aunque aún estaba sorprendida por los hechos, vio que la señora Anori realmente se sentía mal por lo sucedido, y le devolvió la sonrisa.

—No se preocupe, estoy segura de que tendremos más oportunidades de tomar ese chocolate. ¿Quiere tomar asiento? —le preguntó intentando ser cortés.

—Gracias, querida. ¿Y dígame cómo se sienten en la casa? ¿Lo han encontrado todo a su gusto?

—Oh, sí. Es una casa preciosa. Justo lo que... Robert y yo estábamos buscando.

—Me alegro. La verdad es que me sorprendió ver que una pareja joven quería alquilarla como destino para su luna de miel. En este pueblo no tenemos mucho que ofrecer —comentó la señora Anori con tono de disculpa.

—Bueno, por eso no se preocupe. Solo buscábamos tranquilidad. Y aquí la hay de sobra, casi siempre —no pudo evitar apuntillar Mc Kenna.

La señora Anori se sonrojó.

—La verdad es que al encontrar la puerta cerrada no esperé de ninguna manera encontrar a alguien en su interior. ¿Es usted miedosa?

Mc Kenna forzó otra sonrisa. La verdad es que lo último que necesitaba en aquel momento era inventar excusas para el encierro al que la había sometido Robert.

—No, no lo soy. Pero mi marido sí...

Robert llegó a la cabaña pensando en la forma de enfrentar a Mc Kenna, cuando vio que un vehículo estaba detenido frente a la entrada de la cabaña. Pero no había nadie en su interior. Todas las alarmas se le encendieron en ese momento. Bajó de la pick up con rapidez tras detenerla junto al otro vehículo de igual envergadura a la camioneta, y se acercó a la puerta, pistola en mano. El corazón se le estaba desbocando del pecho pensando en que Mc Kenna se encontraba en peligro y que la había encerrado en la cabaña. Si la perdía, si le sucedía algo, jamás podría perdonárselo. No había dejado llaves, por lo que las personas que se encontraban con ella en ese momento habían entrado a la fuerza. Se aproximó a la puerta y pegó el oído a la madera. Escuchó las voces de dos mujeres, y reconoció que una de ellas era

Mc Kenna. Por lo menos estaba viva, pensó aliviado. Aun así la celeridad en actuar era lo primero. Se colocó en posición de ataque y entró en la cabaña apuntando con el arma.

Un grito femenino fue el recibimiento que obtuvo con su enérgica entrada.

Una mujer de unos cincuenta años, sentada junto a Mc Kenna en el sofá, lo miró con ojos desorbitados por la sorpresa. Mc Kenna ni se inmutó.

—Señora Anori, le presento a mi marido, Robert, el miedoso.

Y en ese momento la señora Anori cayó desmayada en el sofá.

Capítulo 20

—¡Eres muy graciosa! ¿El miedoso? ¿Te has vuelto loca? —le preguntó Robert a Mc Kenna en cuanto la señora Anori, bastante alterada después de recuperarse del desmayo e inventando todo tipo de excusas, salía pitando de allí.

—¡No, te has vuelto loco tú dejándome encerrada en esta cabaña! —le increpó Mc Kenna furiosa—. ¡No puedo creer que lo hayas hecho! ¿De veras piensas que puedes tratarme como a una prisionera? ¿Como una propiedad? ¿Qué derecho crees que tienes a encerrarme aquí? —siguió gritándole—. ¡Estoy harta! Yo no quería estar aquí. Ni siquiera quería testificar contra los tipos que me hicieron el favor de matar a aquellos bestias. Si he venido hasta aquí es por ti, porque me salvaste la vida...

Robert se quedó estupefacto al escuchar las palabras de Mc Kenna. —... porque parecías preocupado por mí —dijo a punto de quebrársele la voz, pero en el último momento su gesto cambió retomándose salvaje—, pero ya no puedo más. ¡Me voy! —anunció, comenzando a marcharse en dirección a su cuarto.

Robert no podía permitir que ella se marchara, no quería que lo hiciera, y sin pensarlo demasiado corrió tras ella interceptándola antes de que consiguiese entrar en el dormitorio. La agarró por el brazo y ella intentó forcejear, entonces la abrazó por la espalda, como la primera vez que la había visto, en el ático. Parecía que habían pasado meses en lugar de horas de aquel momento. Pero entonces todas las sensaciones que ella le había provocado en aquel primer contacto regresaron. La sintió forcejear pero la inmovilizó. La apretó contra él con fuerza, percibiendo como todo su cuerpo reaccionaba a su cercanía, apreciando como su piel reconocía la de ella. Como su aroma volvía a inundarlo haciendo que fuera imposible separarse de ella.

—No puedo dejarte marchar —le dijo en un susurro junto a su oído.

La piel de Mc Kenna se erizó bajo su contacto, aquella piel extremadamente suave, de tacto exquisito. Cerró los ojos acariciando con su respiración entrecortada el cuello de la chica.

—Voy a marcharme —dijo ella, pero su tono era mucho menos contundente que segundos antes.

—No puedes hacerlo, te matarán —siguió susurrando contra su oído.
—Me da igual. Mi vida ya está rota —replicó ella sorprendiéndolo.
—No voy a dejar que nadie te haga daño, ni siquiera tú misma.
—Déjame —le pidió. El dolor volvía a su pecho atenazándola, estaba a punto de llorar y no quería que él lo viera.
—No voy a hacerlo —fue la respuesta de Robert.
—Por favor...—suplicó, a punto de romperse.

Robert no podía apartarse de ella. No quería hacerlo. Podía apreciar el dolor a través de su piel. Podía sentir quebrarse a aquella mujer fuerte y decidida, valiente e impetuosa, y no soportaba verla así. Lentamente apartó el cabello de ella a un lado, como tantas otras veces le había visto hacer, dejando la piel exquisita y deliciosa de su cuello libre, expuesta para él. La sintió contener el aliento, erizarse de nuevo, pero no se apartó. Ella estaba igual de afectada y esa fue toda la invitación que precisó. Pegó el rostro al suyo, disfrutando la caricia de su mejilla. Ella entreabrió los labios y él bajó los suyos hasta su cuello. La besó con dulzura, queriendo memorizar el tacto de su piel en los labios y dejar una impronta de besos en cada centímetro que rozaba su aliento cálido y dificultoso. Mc Kenna echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en su pecho y rindiéndose al delirio de aquella caricia íntima y extremadamente sexy. En lugar de una protesta, recibió un gemido como invitación a continuar y entonces supo que quería mucho más.

Robert la giró sobre sí misma, manteniéndola próxima a él sujetándola por los brazos. Mc Kenna evitó su mirada perdiéndose en el dibujo de la madera en el suelo, pero él necesitaba conectar con ella. Con delicadeza la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo. Se quedó prendado de su mirada cristalina de ojos brillantes. Del fuego que ardía en ellos, de su pasión contenida. Mc Kenna entreabrió los labios expectantes a su siguiente paso y él fijó la vista allí, en la curva sexy y voluptuosa de su labio inferior.

—Voy a besarte —anunció con voz ronca frente a su boca.

Estaba tan cerca que Mc Kenna notó su aliento cálido acariciar la piel sensible de sus labios, anticipando el placer compartido.

—Necesito perderme en tu sabor de nuevo —continuó él—. Necesito...

La espontánea confesión de Robert fue callada por los labios de Mc Kenna, que no pudiendo soportarlo más, recorrió los escasos centímetros que los separaban y pegó los labios a los suyos. Sus bocas se reconocieron al instante. Robert contuvo el aire dolorosamente en los pulmones mientras sentía el cuerpo de la chica acoplarse al suyo, buscando un contacto total.

Bajó las manos hasta su trasero y, apretándola contra sí, la elevó hasta enredarle las piernas en torno a las caderas.

Mc Kenna se abrazó a él con fuerza dejando que la apoyara contra la superficie de madera de la pared del pasillo. Los besos se volvieron cada vez más urgentes, más ansiosos por explorarse, por reconocer cada centímetro de la piel del otro. Las capas de ropa comenzaron a sobrar y, mientras él la sujetaba, ella le introdujo las manos bajo la camiseta y comenzó a recorrer su torso con las yemas de los dedos, deteniéndose en cada músculo, cada hendidura, cada centímetro de aquella piel masculina y terriblemente sexy.

Robert sentía las caricias de Mc Kenna como una invitación para el delirio. Sus manos de dedos ligeros y ágiles se deslizaban por su piel reconociendo cada centímetro. Contuvo el aliento cuando, después de largos segundos, ella llegó hasta los rosados círculos de su torso y comenzó a hacer círculos sobre aquella piel sensible. El placer anidó en su vientre convirtiendo su erección en urgente y poderosa y quiso que la sintiera, haciéndola descender hasta toparse con ella. En cuanto Mc Kenna notó la dureza de su sexo se apretó con más fuerza a él, y Robert la vio arquearse buscando la intimidad de la caricia de sus sexos. Ella era puro fuego, sexy y excitante, y se dejaba llevar de una forma primitiva y básica, como él.

Mc Kenna comenzó a mover las caderas enredada a su cuerpo y con la espalda apoyada en la pared, lo miraba a los ojos, insinuante, enardecida, bella e hipnótica. Robert creyó que estallaría de placer antes incluso de poder estar dentro de ella. El baile endiabrado de sus caderas lo estaba volviendo loco. La visión espectacular de su rostro envuelto en las llamas de fuego sedoso de su cabello, los carnosos labios entreabiertos, alimentados de jadeos intermitentes.

Robert la presionó contra la pared y buscó su cuello, hundiendo el rostro en la cascada de su pelo, emborrachándose de su aroma a violetas y lirio salvaje. Vio sus sentidos nublarse hasta no existir nada en el mundo excepto Mc Kenna, sabiendo que jamás volvería a sentirse con una mujer como con ella. Desbordado, fuera de sí, necesitado de la otra persona hasta sentirse en partes iguales frágil y poderoso. Pletórico y roto por dentro.

—Necesito estar dentro de ti —gruño junto a su oído.

Mc Kenna se abrazó a él. Con una mano le acariciaba la espalda y la otra la enredaba en su largo cabello mientras él mordisqueaba la piel de su cuello y se frotaba contra ella. Jamás se había sentido tan viva. Nunca había sentido

la necesidad de ser poseída por otra persona, sin importar nada salvo la unión primitiva de los cuerpos, el fuego que consumía su sexo envuelto en oleadas continuas de placer, la palpitación cálida y exigente que anidaba en su interior. Solo había una respuesta a la declaración de Robert.

—Ahora, hazlo ahora. Quiero que me penetres ahora.

Entre jadeos Robert recibió su urgencia como el mayor de los afrodisíacos. La sujetó con fuerza por las nalgas y la introdujo en su habitación. Sin mucho cuidado la depositó en la cama y la miró allí tumbada como una diosa de fuego. Mc Kenna no perdió el tiempo. Comenzó a sacarse la camiseta por encima de la cabeza y Robert hizo lo propio, liberándose de la suya sin poder apartar la vista espectacular de aquel cuerpo femenino. Ella seguía liberándose de las prendas, inconsciente de lo que para él suponía la visión de cada uno de los centímetros de su piel liberada.

Cuando la tuvo totalmente expuesta y desnuda, Robert tuvo que contener la respiración al estar frente a la mujer más bella que hubiese visto jamás. Su piel tenía tatuada la palabra “tentación” en cada centímetro. Suave, cremosa, apetitosa. La curva de su cadera, la suntuosidad de sus pechos, erguidos, orgullosos, coronados por las más hermosas cumbres color canela que hubiese visto jamás. Pero por encima de todo, la nívea piel de su pubis, montículo de pecado y perdición. Consciente de su escrutinio, Mc Kenna no se cubrió; muy al contrario se arqueó hacia él, hundió las caderas contra el colchón y abrió las piernas en clara invitación a que la poseyera.

—¿Vienes? —le preguntó envuelta en llamas.

Robert sabía que estaba a punto de consumirse para siempre, y no le importó. Se colocó sobre ella. Abarcándola por completo, se acopló al cuerpo femenino. Mc Kenna se quedó admirando aquel pecho grande sobre ella. Con mirada ávida lo recorrió, grabándolo en la retina.

—Mírame —le ordenó él.

Y ella obedeció, perdiéndose en la mirada verde e intensa del hombre que le había salvado la vida y la había rescatado de la oscuridad de sus tinieblas.

—Mc Kenna... —pronunció él antes de embestirla con urgencia.

El cuerpo femenino se estremeció inmediatamente bajo su cuerpo, entregándose al placer más absoluto.

—Mc Kenna... —volvió a llamarla entre jadeos y la volvió a penetrar con furia.

Ella gritó enardecida, dejándose llevar por la explosión que le devoraba las entrañas. Sus caderas se fundieron a las suyas y comenzó a moverse de

manera endiablada buscando las penetraciones cada vez más profundas y acompañadas. Sentirlo poseerla de aquella forma primitiva mientras repetía su nombre una y otra vez como la declaración más básica de que no había otro lugar en el que él quisiera estar, fue la música que envolvió su cuerpo acompañando al orgasmo más devastador que hubiese sentido jamás. Minutos más tarde, cuando pensó que su cuerpo se consumiría sin remedio, lo sintió derramarse en su interior, al tiempo que un gemido desgarrador lo abandonaba al placer y se dejaba caer sobre su cuerpo, hundiendo de nuevo el rostro en su pelo.

Mc Kenna no quiso moverse. Tan solo sentir el cuerpo de Robert cubriendo el suyo, aún en su interior, unidos de una forma tan primitiva y hermosa que la desbordaba. Cerró los ojos y aspiró el aroma masculino de su cuerpo envuelto en sexo, atesorándolo como un momento que jamás en su vida podría olvidar.

Robert, sobre Mc Kenna, apenas era capaz de recomponerse de las sacudidas de placer que había recibido su cuerpo. Jamás había experimentado con una mujer lo que Mc Kenna le había hecho sentir en ese momento. La sintió respirar en su hombro, y quiso atrapar el aire que exhalaban sus pulmones en un beso. Necesitaba que ella compartiera lo que él sentía. Se incorporó levemente, lo suficiente para encontrarse con el bello rostro de la chica, y, apoyando los codos a los costados de su cuerpo, tomó uno de sus mechones de fuego entre los dedos. Ella lo vio hacer sin decir nada, contemplándolo con su preciosa mirada gris. La besó. Depositó un beso lento, pausado, intenso, en el que sus labios buscaron los otros con anhelo, que se convirtió en codicia, y lejos de lo que pudiese imaginar, su cuerpo reaccionó de nuevo con necesidad.

Acaba de derramarse en su interior, aún no había salido de ella y la quería de nuevo. Sonrió frente a sus labios y se acopló en su interior. Mc Kenna compartió su sonrisa y a él le pareció el gesto más sexy del mundo. Mordió su labio inferior y ella gimió excitada. Entonces decidió dedicarse a una zona que aún no había disfrutado y fue descendiendo con un tortuoso juego de besos y pequeños mordiscos por su piel de crema hasta encontrarse con la cumbre de uno de sus redondeados e incitadores pechos. Su primer impulso fue darle un lametón, como si se tratase del más sabroso de los helados. Lo vio encogerse y endurecerse al tiempo que Mc Kenna contenía un gemido ahogado. Entonces fue hacia él con la intención de introducirlo en su boca y succionarlo con devoción, cuando alguien comenzó a aporrear

la puerta de la cabaña.

Capítulo 21

En un principio Robert quiso ignorar aquellos golpes y fue decidido a continuar con su exquisita tarea, pero entonces estos se hicieron más fuertes e insistentes. Apoyó la frente contra el pecho de Mc Kenna y resopló.

—No me lo puedo creer... —dijo frustrado. Miró a Mc Kenna a los ojos y después a esa boca tentadora en la que quería perderse.

—Me cuesta decir esto, pero creo que deberíamos abrir —le dijo ella acariciándole el rostro.

Robert besó la palma de la mano de Mc Kenna y asintió con desgana. Se puso en pie y se colocó el vaquero en un minuto. No sabía quién estaba al otro lado de la puerta pero esperaba que fuese algo realmente importante o de lo contrario...

Robert abrió finalmente la puerta de la cabaña y sin previo aviso recibió un puñetazo en la mandíbula. El hombre que lo atacó tras el primer golpe cayó sobre él como una fiera.

—¿Has apuntado a mi madre con un arma? —bramó.

A Robert le costó reaccionar ante el ataque inesperado. Sacudió la cabeza intentando abandonar el aturdimiento. Pero ante la insistencia en el embate por parte de Jonás, se vio obligado a tomar cartas en el asunto. Cuando vio que el hombre volvía a arremeter contra él, lo esquivó y le propinó el siguiente golpe en el rostro, pero Jonás no estaba dispuesto a dejar las cosas así y se vieron enfrascados en una pelea varios minutos.

Mc Kenna escuchó los golpes desde la habitación y asustada se puso la primera prenda que encontró a su alcance, que resultó ser la camiseta de Robert, y salió de la habitación. Su sorpresa fue mayúscula al ver que Jonás y él estaban inmersos en una pelea. Los dos colosos se repartían golpes cegados por la rabia. No entendía nada de aquella situación, pero estaba claro que tenía que intervenir.

—¡Parad! —les gritó al mismo tiempo que Calibre saltaba sobre Jonás para defender a su dueño. Mc Kenna fue corriendo a agarrar al animal antes de que saliese dañado entre los golpes de los dos hombres y entonces un puño fue en su dirección golpeándola con fuerza en la mejilla. La intensidad del golpe hizo que cayese al suelo. Los dos hombres se detuvieron al instante yendo hacia ella.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —se apresuró Jonás a disculparse viendo que el puñetazo que iba destinado a Robert lo había recibido la chica. Quiso ver el golpe y él le apartó la mano.

—¡No toques a mi mujer! —le gritó Robert empujándolo y tomando el rostro de Mc Kenna entre las manos tras arrodillarse ante ella.

El dolor era tan intenso como un latigazo que iba desde la mejilla hasta la sien taladrándosela. Sentía palpar su rostro con intensidad y el calor de la zona le abrasaba la piel.

—Cariño, esto no tiene buena pinta —le dijo Robert y miró con furia a Jonás.

—Me duele —se quejó ella.

—Lo siento, joder, lo siento de veras. No quería pelearme, solo quería dejarte claro que no puedes ir apuntando a la gente con un arma. Has dado un susto de muerte a mi madre —dijo Jonás dirigiéndose a Robert.

—¡Yo no quería apuntarla con mi pistola! Ella entró en la casa y pensé que Mc...

—¡Robert! —lo detuvo ella antes de que él la llamase por su nombre—. Jonás, ha sido un malentendido. Robert pensó que estaba en peligro —añadió dirigiéndose al recién llegado.

El dolor se intensificó haciendo que le zumbasen las sienes. Le costaba pensar con claridad. Había sido un golpe fortísimo. Jonás era un tipo enorme. Se sujetó la cabeza con ambas manos y cerró los ojos.

—¿Podéis darme hielo y una aspirina? —les preguntó.

Robert fue a por las aspirinas y un vaso de agua y Jonás metió un poco de nieve del exterior en una bolsa de plástico. Mc Kenna se tomó la aspirina y se colocó la bolsa con cuidado sobre la mejilla haciendo una mueca por el intenso dolor.

—Será mejor que te marches, Jonás —dijo Robert con contundencia.

El casero se sentía tan mortificado por haber golpeado a la chica, que decidió dejar a un lado el motivo que lo había llevado hasta allí, al menos de momento. No se fiaba de ese tipo, y el incidente con su madre le demostraba que algo ocultaba. La gente no iba entrando en las casas pistola en mano, a menos que tuviese algo que esconder. Pero viendo a la chica allí hecha un ovillo en el sofá, sujetándose la cabeza, después de haber recibido un golpe que habría tumbado a un tipo con el doble de su envergadura, supo que no era el momento de seguir indagando.

Finalmente decidió marcharse y tomar cartas en el asunto en otro momento.

—Está bien, me voy. Pero hablaremos sobre lo de la pistola —dijo dirigiéndose a la puerta.

Robert lo miró con gesto serio sin pronunciar una palabra.

Jonás echó un último vistazo a la chica. El perro estaba sentado a sus piernas y le sacó los dientes en actitud defensiva.

—De veras que lo siento —dijo, y salió de la cabaña.

Durante unos minutos Robert, Calibre y ella se mantuvieron en silencio hasta que finalmente el detective se agachó frente a ella buscando ver su herida. Al apartar la bolsa de nieve, que ya se estaba derritiendo dejando un charco a sus pies, vio que la mejilla de Mc Kenna completamente hinchada mostraba un aspecto bastante malo. Ella hizo un guiño de dolor y Robert sintió que se lo infringían a él en la piel. Había sido culpa suya.

—Lo siento. Todo esto es culpa mía...

—No es culpa tuya. El golpe no me lo diste tú.

—Si no hubiese apuntado a la señora Anori, si no me hubiese liado a golpes con Jonás... Si no...

—No digas más.

Robert la miró sin entender.

—Si vas a decirme que sientes lo que acaba de pasar entre nosotros...

—No, no es eso. Pero es evidente que no estoy haciendo bien mi trabajo si en lugar de protegerte pongo en peligro nuestra tapadera y hago que te golpeen. Y tienes que reconocer que no estoy siendo muy profesional... Me he dejado llevar por... ¡Joder! Hace dos días unos tipos intentaron matarte. Yo debería estar cuidando de ti —dijo pasándose la mano por el pelo, ofuscado—. Soy policía... ¿Qué estoy haciendo?

Aquello era lo último que quería escuchar Mc Kenna. A un Robert arrepintiéndose de lo que acababa de suceder entre los dos. De haberle devuelto la vida haciéndola sentir, segura, especial, única. Había sido fabuloso, y ahora él lamentaba lo que habían compartido. No podía soportarlo. No podía soportar que la rechazara en ese momento.

—Tranquilo, lo entiendo. Yo opino igual. Ha sido un error —dijo levantándose del sofá y comenzando a caminar hacia su cuarto—. Olvídalo. Los dos nos hemos dejado llevar por la... tensión, las cosas han sido muy confusas estos días... Haremos como que si no hubiera pasado nada.

Robert se quedó mirándola confuso. Nunca se había encontrado en una situación como esa. Jamás se había sentido atraído por una mujer hasta el punto de nublarle el juicio, mucho menos de una cuya vida dependía de que

él hiciese bien su trabajo. Pero lo que habían compartido hacía unos minutos había sido increíble. No tenía otra forma de describirlo, y no creía que pudiese hacer como que no había pasado. Sin embargo, ella parecía opinar que sí... Necesitaba pensar.

—Sí, será mejor que me dedique a hacer bien mi trabajo.

Mc Kenna asintió. Su rostro no mostró ninguna emoción, pero sentía que algo se le había roto por dentro.

—Ahora necesitas descansar. Yo mientras iré a solucionar las cosas con Jonás. Después me centraré en el caso. Cuanto antes lo solucione, antes podrás recuperar tu vida.

—Perfecto. Es lo que más deseo —mintió ella. Y se metió en su habitación buscando la intimidad que le permitiese derramar el dolor que sentía desgarrarla por dentro.

Capítulo 22

Robert necesitaba hablar con Edie. La noche anterior, tras la cena, Mc Kenna y él habían mantenido una conversación muy reveladora. Apenas habían cruzado un par de palabras desde su vuelta de casa de Jonás y de repente, ella le dijo que quería hacer su declaración. Parecía totalmente decidida a terminar con todo aquello. Él necesitaba respuestas, y a pesar de tener como único pensamiento estrecharla entre sus brazos, saborear sus labios hinchados por los besos de aquella mañana y volver a perderse en la intimidad de su cuerpo, dejó a un lado sus anhelos más ocultos y decidió cumplir su promesa de centrarse en protegerla. Sin embargo, no había esperado que ella estuviese dispuesta ya a hacer su declaración. Cuando se lo propuso, su mirada y actitud decididas le dijeron que definitivamente estaba deseando cerrar aquel capítulo y volver a su vida anterior, fuese cual fuese esta. Pero por muchas cosas que hubiese imaginado él que podría contarle la chica, el relato de la muerte de su hermana un año atrás, de las circunstancias en las que esta se había dado, el hecho de que el caso estuviese aún sin resolver y ella hubiese decidido ir hasta allí para matar a los hombres que hicieron aquellas atrocidades a su hermana... había sido mucho más de lo que esperaba oír. Demasiado para asimilar. En su declaración había dado respuesta a preguntas que llevaban días volviéndolo loco. Como saber qué hacía en el ático. Cómo habían llegado las chicas hasta allí. Por qué no llevaban documentación alguna, o cómo era posible que se hubiese encontrado un revólver con sus huellas en el escenario del crimen.

Ella había ido allí buscando venganza. Y a pesar de haber estado completamente decidida a hacerlo, de llevar planeando reclamar su justicia un año entero, no había sido capaz de disparar su arma. No había tenido oportunidad de hacerlo contra los hombres que había ido a asesinar. Y ya nunca sabrían si hubiese podido hacerlo. Tampoco él, consciente de cuál era su deber como policía, sabía cómo habría reaccionado de ser una de sus hermanas la que hubiese sido asesinada después de hacerle pasar por un infierno de vejaciones. No quería pensarlo... Como tampoco quería pensar que Mc Kenna había estado a punto de perder su vida en aquel maldito ático. Podría haber disparado contra los tipos que organizaron aquella

masacre, pero finalmente no apretó el gatillo, sino que salió corriendo buscando refugio. Y eso había sido lo que le había salvado la vida. Imaginar que ella podría haber sido uno de los hermosos cadáveres de aquel ático le atenazaba el pecho hasta partírselo en dos.

Ahora sabía que ella era inocente. Y que Anthony Carpo y Vito Di Marco estaban metidos hasta las cejas en un asunto de prostitución y trata de blancas. No le cuadraba en absoluto con los negocios de la mafia italiana. No era su manera de operar. Jhony Di Marco era un tipo bastante más astuto. Sus negocios estaban relacionados con salas de juego y tráfico de mercancías. Tampoco habría sido tan estúpido como para reclutar a chicas normales de uno de los locales de moda. Eran chicas con familiares que denunciarían los hechos, y no solo eso; habían ido hasta el club acompañadas por sus amigas, que habían visto cómo eran llevadas a un privado. Eran demasiados testigos. Demasiados cabos sueltos. Una operación chapucera, y sin embargo habían estado llevando a cabo sus planes desde hacía más de un año, al menos, contando desde el caso de Caroline Atkinson. No habían sido descubiertos ni detenidos. ¿Por qué? ¿Quién estaba borrando las huellas de sus actos delictivos? ¿Y ahora quién había decidido terminar con todo haciendo limpieza? Aquella eran las respuestas que Mc Kenna no había podido darle y las que ponían en peligro su vida. Los mismos tipos que asesinaron a todos los que estaban en el ático, los que también mataron al portero, ahora iban a por ella. Lo habían intentado utilizando al agente Nox, y más tarde, con el ataque al piso franco. Estaban decididos a terminar el trabajo que habían comenzado, y la única forma era deshacerse de Mc Kenna.

Aquella sola idea lo ponía enfermo. La recordó bajo su cuerpo, bella, infinitamente hermosa entregándose a él. Se perdió en el recuerdo de su piel tentadora, del sabor de sus labios llenos y hermosos, en las curvas de su cuerpo deliciosamente perfecto. En las sensaciones abrumadoras de sentirse en su interior... Y la excitación y la turbación se apoderaron de él en partes iguales. No podía dejarse llevar por los recuerdos, por la necesidad de tocarla, que crecía cada vez que la sentía próxima. Ahora más que nunca tenía que estar centrado en su trabajo, en protegerla. En salvar su vida. Esos hombres no se iban a detener hasta conseguirlo.

Y lo primero era compartir la información con Edie. Sin duda él tendría unos cuantos datos más que darle. Habría conseguido una línea segura. Ahora le tocaba averiguarla. Con ese propósito tenía que salir de la cabaña,

pero esa vez no iba a cometer los mismos errores. Después de tomar declaración la noche anterior a Mc Kenna, esta le había trasladado su deseo de descansar, pidiéndole que la dejase sola, y así lo había hecho. Aún no se había levantado, y como no solo iba a respetar sus deseos, sino que no iba a cometer de nuevo la estupidez de dejarla encerrada, depositó el segundo juego de llaves de la cabaña frente a la puerta de su dormitorio. Apoyó la palma de la mano sobre la superficie de madera que los separaba y las imágenes de Mc Kenna enredada a su cuerpo, apoyada en aquella pared, moviendo endiabladamente sus caderas buscando su erección, inundaron su mente. Cerró los ojos, respiró con fuerza evitando dejarse llevar por el impulso de echar aquella puerta abajo y volver a poseerla y se alejó de la cabaña y de los primitivos instintos que la chica le despertaba.

Mc Kenna llevaba horas despierta. En realidad, apenas había conseguido pegar ojo en toda la noche. Los recuerdos de Robert en su cama invadían su mente cada vez que giraba sobre ella, y el aroma de su cuerpo, del sexo compartido, inundaba sus fosas nasales emborrachándola. Jamás se había sentido así de necesitada y primitiva con un hombre. Iba más allá de desear su cuerpo. Necesitaba el contacto con él. La conexión que vivía cuando se perdía en su mirada verde y cristalina. En su sonrisa golfa de hoyuelos irresistibles. En la piel de aquel cuerpo masculino que había conseguido que sintiese calor cuando estaba perdida en el frío. Pero el detective Brooks no volvería a ser suyo jamás. Él había tomado la decisión de centrarse en resolver el caso y que ella volviese a su vida vacía y rota. Y si así debían ser las cosas, se lo iba a facilitar.

Se mantendría alejada de él.

Ya había hecho una exhaustiva declaración sobre los hechos de la noche de los asesinatos. Había decidido contar absolutamente todo al hombre que la había dejado marcada para siempre.

Hundió el rostro en la almohada y aspiró de nuevo el aroma impregnado en las sábanas del cuerpo de Robert. Y entonces oyó un ruido al otro lado de la puerta. Un golpecito en la parte baja de la manera y algo metálico. Se quedó muy quieta, conteniendo la respiración. Si él entraba en su dormitorio estando ella aún enardecida, no sería capaz de contenerse. Pero no volvió a repetirse sonido alguno, hasta que finalmente escuchó cerrarse la puerta de la cabaña. Se asomó corriendo a la ventana y vio que Robert subía a la pick up y la dejaba sola de nuevo. Se levantó a toda prisa y salió de la habitación chocando con las llaves que él había dejado depositadas junto a la puerta.

No la había encerrado y, respiró aliviada antes de dirigirse al baño seguida por Calibre, que nada más sentir su presencia en el pasillo fue a saludarla.

La imagen que le devolvió su reflejo en el espejo la dejó estupefacta. Tenía la mitad del rostro inflamado y amoratado en partes iguales. Realmente tenía un aspecto horrible y no había maquillaje que pudiese disimularlo. No podía ir a ningún lado así, por lo que decidió quedarse en la cabaña. Se duchó, lavó el pelo y secó con el secador que habían comprado junto con las provisiones. Después se puso un vaquero, un suéter color chocolate, las botas, el abrigo y sacó a pasear a Calibre, tan solo por los alrededores.

No llevaban ni diez minutos jugando en la nieve cuando una camioneta grande de color negro se detuvo frente a la cabaña. Llevaba los cristales tintados y tan solo pudo ver a los ocupantes cuando el copiloto bajó la ventanilla para dirigirse a ella. Eran dos hombres de mediana edad, vestidos con ropas de montañismo. Abrigos, gorros, guantes, y gafas para la nieve. Imaginó que el equipo lo llevarían en el interior de la camioneta. Calibre, en cuanto vio que ella detenía el juego para prestar atención a los recién llegados, se colocó delante de ella en actitud protectora.

—Perdone —llamó su atención el copiloto—, acabamos de llegar, estamos buscando la oficina de los Rangers, hemos venido a hacer montañismo... —le explicó el hombre recorriéndola con la mirada.

Mc Kenna no sabía qué pensar de los recién llegados. El piloto miraba a otro lado más pendiente del acceso a la carretera que de la conversación de su acompañante. Y el otro sin embargo la observaba con extremo interés, mirándola no solo a ella sino a la cabaña y los alrededores.

—Pero me temo que nos hemos perdido y no la encontramos —prosiguió el hombre.

Ella se preguntó cómo era posible que se hubiesen perdido en un pueblo que prácticamente consistía en una sola calle.

—Lo siento, no puedo ayudarlos. No sé dónde está, pero han salido del pueblo. Deben regresar. Seguro que a cualquiera que pregunten allí podrá darles indicaciones.

—¿Y no hay nadie con usted que pueda indicarnos ahora? —le preguntó el hombre con una sonrisa que pretendía ser amigable, pero Mc Kenna no oyó más allá del interés que mostraba el tipo en saber si estaba sola o no.

En ese momento el sonido de un vehículo llegando hizo que Mc Kenna pudiese soltar parte del aire que habían contenido sus pulmones. Esperaba con todas sus fuerzas que se tratase de Robert, pero no fue así. En su lugar

vio aparecer una camioneta roja con Mini al volante. Se detuvo junto al otro vehículo y la saludó con la mano y una sonrisa, hasta que vio su rostro amoratado.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado? —le preguntó bajando del vehículo. Le dio un afectuoso abrazo e inspeccionó su rostro con gesto torcido y preocupado—. ¿Te interrumpo? ¿Tienes visita? —dijo señalando el vehículo de los hombres.

—No, no —se apresuró a contestar forzando una gran sonrisa al tiempo que veía que la del hombre de la camioneta se había borrado de sus labios—. Estos señores se han perdido, buscan la oficina de los Rangers...

—¡Uy! Pues se han pasado. Tienen que volver al pueblo. Si siguen por esta carretera, nada más llegar, en la acera de la izquierda, encontrarán la oficina. Está perfectamente señalizaba, es extraño que no la hayan visto al salir —les dijo Mini resuelta a ayudarlos.

—Nos hemos debido de despistar —dijo el hombre—. Pero gracias. Iremos a buscarla. Vamos a estar aquí unos días, así que espero volver a verlas, señoras.

—Claro, seguro que sí —dijo Mini—. Este es un pueblo pequeño, no hay duda de que coincidiremos nuevamente.

—Así lo espero —les dijo el hombre mirando directamente a Mc Kenna de forma inquietante. Se despidió con un gesto de la mano y comenzaron a maniobrar para retomar el camino de regreso hasta el pueblo.

Las dos mujeres se quedaron allí unos segundos, viendo como se marchaban hasta que finalmente Mini rompió el silencio.

—He venido a invitarte a uno de los acontecimientos más interesantes que tenemos por aquí, pero antes cuéntame con qué puño te has tropezado. Esa bonita cara no tiene buena pinta —observó con una mueca, y ambas entraron en la casa seguidas por Calibre.

Capítulo 23

Robert entró en la tienda-bazar y lo primero que hizo fue dirigirse a la estantería de prensa. Allí había una escueta selección de periódicos, libros y una variada colección de revistas de caza y pesca. De hecho había más de estas últimas que prensa de la que él necesitaba.

—¿No tienen el periódico de hoy? —le preguntó a un hombre con camisa roja de cuadros de franela y gorra gris con orejeras.

—No, aún no. No llegará hasta pasado mañana —dijo mascando tabaco.

—¿El periódico de hoy llegará pasado mañana? —insistió incrédulo.

—Sí, pasado mañana. ¿Qué pasa, tiene prisa?

—Pues sí, la verdad. ¿Y entonces el periódico de pasado mañana cuándo llega? —preguntó con sorna.

—Pasado mañana —repitió el hombre.

—Pasado mañana —volvió a decir Robert resoplando.

—Dos veces a la semana, Jonás trae la prensa desde Anchorage —le explicó el hombre.

Robert volvió a resoplar.

—¿Y sabe dónde puedo comprar un teléfono móvil?

El hombre lo miró esta vez con desgana.

—Tiene cabinas en la oficina de turismo y en el restaurante de Mini.

—No, necesito comprar un teléfono móvil —insistió. Y su tono ya comenzaba a resultar impaciente.

—Tendrá que pedirle a Jonás que le traiga uno.

—Otra vez Jonás —dijo Robert comenzando a desesperarse. Resopló de nuevo y se pasó la mano por el pelo con impaciencia.

—¿Me llamabais? —preguntó desde la puerta su casero con una sonrisa, como si lo hubiesen invocado con la mente. Dio la mano al hombre de la tienda y después saludó a Robert con una inclinación de su cabeza.

El día anterior tras el incidente en la cabaña, Robert se había presentado en su casa, con la intención de pedir disculpas a su madre y dar una explicación a su comportamiento. Le contó que su mujer había sufrido una agresión hacía pocos días y que desde entonces se había vuelto bastante celoso de su seguridad. A Jonás le seguía pareciendo una reacción demasiado exagerada, pero lo cierto era que por lo que había visto con los prismáticos desde su

casa Robert se comportaba con la chica como un perro guardián. Se preguntó cuán grave habría sido la agresión sufrida por ella, y se sintió doblemente mortificado por el puñetazo que recibió en medio de la pelea.

—El señor quiere comprar un móvil —le explicó Brandom, el dueño de la tienda.

—¿Necesitas un teléfono? —preguntó Jonás a Robert.

—Sí, desechable a ser posible —puntualizó Robert bajando el tono e indicándole con un gesto de la cabeza a Jonás que prefería que hablasen fuera. Cuantos menos testigos, mejor.

No le hacía mucha gracia tener que contar con Jonás, pero según parecía era el proveedor oficial del pueblo, y necesitaba contactar con Edie cuanto antes. Aun así, parecía que tendría que esperar al menos dos días para poder hacerlo, por lo que se convenció de que contar con su casero era la única salida disponible.

Al entrar en la cabaña Mini se despojó de todas las capas de abrigo que llevaba y se sentó junto a Mc Kenna en el sofá, frente a la chimenea perpetuamente encendida.

—Iba a prepararme un chocolate caliente, ¿te apetece uno? —preguntó a su invitada.

—No, gracias, guapa. Ya he desayunado. Y, como te decía, he aprovechado que tenía un descanso en el bar para venir a invitarte a uno de los acontecimientos de la temporada —le dijo con entusiasmo.

—Vaya, me tienes intrigada. ¿Y de qué se trata? —preguntó comenzando a calentar leche en un cazo.

—Estoy deseando contarte, pero antes quiero saber qué te ha pasado.

Mc Kenna resopló.

—Mira, apenas nos conocemos, y no tienes por qué contarme tu vida, pero eres muy joven para tener que soportar ya ciertas cosas en tu matrimonio. Si Robert te agrade...

—¡No! No, por Dios. Robert no me ha hecho nada. Jamás lo haría. Su máxima en esta vida es protegerme.

Mini la miró con el ceño fruncido.

—Eso que tienes en la cara es un puñetazo. No es el primero que veo, y si no te ha atizado tu marido, ¿quién ha podido hacer una cosa semejante?

—Jonás.

—¡Jonás! ¿Qué estás diciendo? ¡Lo conozco desde...!

—Fue un accidente —se apresuró a aclarar Mc Kenna—. Robert y él

tuvieron una pelea, y yo me metí en medio intentando separarlos. Temí que se hicieran daño y Calibre también, que fue a defender a Robert. Y en fin, me llevé un golpe.

—¡Ay, madre! ¡Un golpe de Jonás! Pero si ese hombre tiene los brazos como los troncos de un árbol.

—Sí, y unos puños enormes —dijo ella con una media sonrisa señalándose el rostro.

—Lo siento. Debe de dolerte mucho.

—Siento que me palpita toda la cara, la verdad. Me temo que en unos días va a ser mejor que me quede en casa. No quiero que nadie vea este estropicio. Todos sacarían las mismas conclusiones que tú, que ha sido Robert.

—¡De quedarte en casa, nada! Ya me encargaré yo de lo que piense la gente. En este pueblo no hay más versiones que las que se escuchan en la barra de mi bar —le aseguró riendo—, pero tienes que salir. Sobre todo al acontecimiento de la temporada. ¡El día de Minerva! —dijo abriendo los brazos con tono teatral.

—¿Qué? —preguntó sin entender.

—Minerva... Mini... *c'est moi*. Este pueblo es encantador, y tiene muchas cosas interesantes, pero no brilla por sus eventos. Así que cada año hago una fiesta celebrando mi llegada aquí.

—¡Qué buena idea! —Mc Kenna se contagió de la emoción de su nueva amiga—. ¿Y qué organizas?

—Pues te va a encantar. Empezamos con las carreras de trineos, algunas actividades invernales, una gran comida en el bar con sabor español, por supuesto, y después la fiesta —concluyó con una resplandeciente sonrisa.

—Tiene una pinta estupenda, sin duda. ¿Y asiste todo el mundo? —preguntó sorbiendo con cuidado su chocolate caliente.

—Sí... —suspiró Mini—. Todo el mundo. Incluso los moteros de La Última Frontera —dijo devolviéndole el gesto y mirada soñadora.

—¡Vaya! A ti te gusta uno de esos moteros... —apuntó Mc Kenna con una sonrisa.

La mirada soñadora de Mini se había tornado traviesa al nombrar al grupo de moteros. Y tal como imaginó Mc Kenna, ante su comentario la mujer ensanchó su sonrisa y asintió con la cabeza con la ilusión de una quinceañera.

—¿Y por qué no estás saliendo con ese tipo? Eres la mujer más guapa de

este pueblo, estoy segura de que se ha tenido que fijar en ti...

—Me vas a hacer sonrojar —le dijo Mini tocándose las mejillas sin parar de sonreír—. No lo sé. Nos miramos, ha habido algún coqueteo, pero no termina de decirme nada...

—Tal vez le impongas...

Mini la miró sin entender.

—Ya sabes, eres una mujer preciosa, con mucho carácter. Con tu propio negocio. Todos en el pueblo te quieren y más de uno te tira los trastos en el bar. He visto cómo te miran los tipos que se sientan en la barra...

—Estás loca... —desechó Mini con un movimiento de su mano—. Solo son clientes. A los hombres les gusta bromear con las mujeres que hay al otro lado de una barra, pero nada más.

—¿Y cómo es este hombre que te gusta? —quiso saber Mc Kenna con curiosidad. Estaba disfrutando más de lo que imaginaba con Mini. Hacía siglos que no tenía una conversación de chicas. Tanto tiempo como desde la marcha de su hermana. Y Mini era encantadora. Como una brisa fresca. Llena de energía y entusiasmo.

—Pues se llama Gabriel y es uno de los tres pilotos de avionetas que tenemos en el pueblo —comenzó a hablar con gesto soñador—. Es moreno, ojos azules impresionantes, unas manos preciosas, fuerte, decidido, bastante alto. No tanto como tu marido, que es demasiado alto. No sé lo que haría yo con un hombre tan grande...

Mc Kenna sonrió colorada mientras se dejaba llevar por los recuerdos.

—Ya veo que tú sí —añadió Mini con picardía.

Y ambas se echaron a reír.

Capítulo 24

Robert llegó a la cabaña y vio que otro vehículo estaba estacionado frente a la casa. Se aproximó a la puerta y escuchó atentamente antes de hacer una entrada de las suyas. Oyó a Mc Kenna hablando con una mujer de manera animada. Las risas de la chica fueron como música para sus oídos. Hasta su risa resultaba sexy. Se quedó unos segundos allí fuera, no queriendo interrumpir un momento que era evidente que estaba disfrutando relajada. Hasta que escuchó que lo nombraba.

—Mi marido es... bueno, no creo que haya palabras suficientes para describir cómo es él... —Inténtalo.

Mc Kenna rio nuevamente.

—Bueno... Es tierno y apasionado, sexy, primitivo, decidido... valiente, protector, tentador y me arriesgaría a asegurar que adictivo —dijo con un gran suspiro.

Robert tragó saliva al otro lado de la puerta. Se sintió excitado de inmediato y necesitó verla más que el aire que respiraba. Abrió la puerta y las dos mujeres lo miraron sorprendidas. Mini le sonrió abiertamente y Mc Kenna bajó la mirada con las mejillas arreboladas.

—Buenos días, Mini. No esperaba encontrarte aquí —la saludó con una sonrisa mientras se dirigía a

Mc Kenna, que estaba preciosa intentando disimular su sonrojo.

—Sí, he venido a charlar un ratito con tu mujer.

—Eso está bien, necesita distracciones —aseguró él.

Mc Kenna se levantó de su asiento nerviosa. No sabía cuánto habría escuchado Robert de su

descripción, pero que hubiese oído solo la mitad ya le daba motivos suficientes para que le ardieran las mejillas. Cuando vio que él se le acercaba quiso salir huyendo hacía la cocina con la excusa de ir a por un vaso de agua. Pero en cuanto pasó por su lado, Robert la interceptó agarrándola por la cintura. La acercó a él y pegó su rostro al suyo.

—Buenos días, señora Mc Coy —le dijo apretándola contra él y depositó un beso lento y pausado sobre sus labios.

Mc Kenna contuvo el aire en los pulmones y su pulso se aceleró hasta convertirse en un zumbido en los oídos. Cerró los ojos y disfrutó de la

caricia de sus labios.

—¡Ujum! Parejita, está claro que ahora mismo tres son multitud —dijo Mini riendo—. Me marcho, pero cuento con vosotros para el día de Mini —se despidió, tomando sus prendas de abrigo y saliendo por la puerta.

Mc Kenna solo fue consciente de que no se había despedido cuando oyó que esta se cerraba con un chasquido. Tal era el poder que ejercía Robert sobre ella, que el mundo dejaba de existir en cuanto él la tocaba.

A pesar de que ya no había testigos delante de los que seguir fingiendo, Robert tardó unos segundos más en soltarla. Perdido en su mirada gris, la recorrió disfrutando de la cercanía de sus cuerpos. Solo cuando vio que su erección estaba a punto de jugarle una mala pasada, revelando lo que realmente estaba ansiando hacer con ella, se separó de su cuerpo tras depositar sobre sus labios otro pequeño y suave beso. Después le dio la espalda y dirigiéndose a la cocina puso agua a calentar para hacerse un café. Mc Kenna se quedó allí parada, sin saber qué hacer o cómo actuar. Sin saber siquiera cómo tenía que volver a respirar. ¿Cuánto habría oído él de su declaración? No había mentido. Para ella Robert era todas esas cosas. Pero una cosa era que las pensase, y otra muy distinta que él supiera que era así. Lo miró, de espaldas a ella. Ahora estaba vaciando el contenido de una bolsa que llevaba en la mano. Se tocó los labios que él acababa de besar con las yemas de los dedos. Aún estaba tan alterada, el sentimiento de turbación era tan grande que sentía ganas de gritar y llorar al mismo tiempo. Y entonces abrió los ojos desorbitadamente. “¡Oh, Dios mío!”, pensó. ¡Se estaba enamorando! ¡Se estaba enamorando de Robert! No había otra forma de describir lo superada que se sentía por las emociones, salvo el amor. Un amor que la había rescatado de la oscuridad y que le partiría el corazón en dos en cuanto todo acabase y ella tuviese que volver a su vida. Se mordió el labio inferior intentando detener un temblor tan inesperado como el descubrimiento de la naturaleza de sus sentimientos hacia el hombre que tenía a escasos metros.

—Te he traído una cosa —le dijo él volviéndose a mirarla.

Mc Kenna forzó una sonrisa que disimulase cómo se sentía.

—El otro día en el bar de Mini me di cuenta de que disfrutabas con la música de la radio.

—Adoro la música, sí. Soy bailarina —le confesó.

—¿Eres bailarina? —le preguntó él asombrado y se dio cuenta de lo poco que sabía de la chica que tenía frente a él.

—Sí, de baile moderno y contemporáneo. Doy clases en una escuela de danza para niños —dijo esa vez con orgullo.

—¡Vaya! Eso es fantástico. No tenía ni idea. Me encantaría verte bailar — confesó él asombrado. Eso explicaba la forma tan especial y elegante que tenía Mc Kenna de moverse. Se dio cuenta de que ella debía de haber tenido una vida bella y llena de objetivos e ilusiones antes de que todo lo sucedido con su hermana la quebrase por la mitad. Tal vez, cuando el caso se resolviese, podría recuperar esa vida. Lo merecía, desde luego.

—¿Y qué me has traído? —le preguntó Mc Kenna emocionada como una niña frente al árbol el día de Navidad.

—No es nada del otro mundo —dijo Robert queriendo quitarle importancia —, es solo un mp5. Además de los auriculares, lleva unos altavoces, para que puedas escuchar la radio, tu música, ver vídeos... No sé, las cosas que te gusten. Lo vi en la tienda y pensé que te ayudaría a pasar estos días de aislamiento —le entregó la caja del pequeño aparato color lavanda.

Era un detalle que no esperaba, y Mc Kenna se emocionó.

—Muchas gracias, Robert.

Se acercó a él y, colocándose de puntillas depositó un beso en su mejilla, que a ambos les supo a poco. La tensión que había entre los dos era tan grande que habría podido cortarse con un cuchillo. Robert solo pensaba en besarla y hacerla suya. Mc Kenna en ser besada y entregarse nuevamente al sentimiento sobrecogedor que solo él podía despertar en ella, pero ninguno de los dos se atrevió moverse. Hasta que el pitido de la tetera en el fuego rompió el silencio. Robert parpadeó un par de veces y fue a sacarla.

—¿Quieres un café? —le preguntó de nuevo de espaldas a ella.

—No, gracias. Acabo de tomarme un chocolate —le contestó sentándose en la alfombra frente a la chimenea y comenzando a sacar su regalo de la caja. Era mejor estar entretenida que dejarse llevar por aquellos pensamientos que vagaban por su mente tras el descubrimiento de sus sentimientos hacia Robert.

Él se sirvió el café y tomó asiento en la alfombra, a su lado.

—Así que eres golosa... —le preguntó con una sonrisa que despertó los irresistibles hoyuelos de su rostro.

—La verdad es que prefiero el chocolate amargo. Cuanto más intenso, mejor.

—Intenso... ¿Por qué no me extraña nada? —preguntó él ocultando su sonrisa mientras daba un sorbo a su café caliente.

Mc Kenna se rio ante su comentario y Robert la observó fascinado.

—¿Y tú, eres goloso? —le preguntó ella esa vez.

—Depende... del dulce en cuestión —contestó él sin apartar la mirada de sus ojos grises.

Aquel era un coqueteo en toda regla y Mc Kenna sentía que se derretía con cada gesto masculino.

—¿Cuál es tu sabor favorito? —le preguntó.

A Robert le brillaron los ojos.

—¿Cuál? —volvió a insistir, viendo que él guardaba silencio sin apartar la mirada de ella.

—El de tu piel —dijo Robert, convirtiendo aquella en la declaración más sexy que Mc Kenna hubiese escuchado jamás. Sus palabras anidaron en su vientre el más puro de los placeres. Sintió como cada uno de los pliegues íntimos de su cuerpo palpitaba anticipando el placer. La respiración comenzó a hacersele dificultosa. Y evitó la mirada de Robert, pero él no pensaba dejar las cosas ahí. Estiró un brazo y apoyó la mano en su rostro—. Sé que dije que debía centrarme en el caso, pero no dejo de pensar en hacerte mía... una y otra vez. Y no sé cómo mantenerme alejado de ti. No puedo.

Mc Kenna lo miró a los ojos. Se perdió en la inmensidad de su mirada verde y solo tuvo una respuesta.

—No lo hagas.

Capítulo 25

Despertar junto a Mc Kenna fue increíble. Habían pasado el día anterior entre besos, declaraciones y confesiones. Horas y horas en las que se limitaron a conocerse y a sentirse. Pero no pasaron de los besos y las caricias superficiales. Ambos estaban disfrutando tanto de la conversación que, a pesar de no haber dejado de tocarse y besarse en todas aquellas horas, habían preferido no rendirse a la pasión que los consumía y no perder así la oportunidad de conocerse. Tantas fueron las horas que estuvieron hablando, que finalmente, en algún momento de la madrugada, se quedaron dormidos abrazados sobre la alfombra. Un par de horas más tarde, la chimenea se apagó y Robert se despertó a consecuencia del frío. Vio a Mc Kenna entre sus brazos, durmiendo plácidamente, relajada, bella y etérea, como un sueño. Y decidió que era el momento de llevársela a la cama. La tomó en brazos y sin embargo apenas se removió entre ellos. Se dejó llevar hasta el dormitorio. Robert la acostó y él junto a ella, tapándolos con los gruesos edredones de la cama. La abrazó y embriagado con el aroma salvaje de su pelo, volvió a dormirse.

Cuando Mc Kenna abrió los ojos aquella mañana, lo primero que vio fue la sonrisa de Robert que la observaba muy atentamente.

—Buenos días —dijo ocultando el rostro en su pecho, avergonzada.

—Buenos días —repitió él abrazándola con fuerza—. Has dormido bien esta noche. No lo hacías desde que llegamos.

Ella se dio cuenta de que así había sido. Era la primera vez que conseguía descansar y dormir profundamente, pero al contrario de lo que pensaba Robert, no lo hacía desde la muerte de su hermana. Sonrió.

—Sí, he dormido muy bien. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —quiso saber al percatarse de que ya no estaban sobre la alfombra, sino en su cama.

—Se apagó el fuego de la chimenea y nos estábamos quedando helados. Pensé que era mejor traerte a la cama.

—Y venir tú conmigo...

—Ya te dije que me cuesta separarme de ti —confesó, dándole un pequeño beso en la punta de la nariz. Después se quedó mirando sus labios, muy cerca de ella, rozándola con su aliento.

—Sí, eso dijiste... —susurró Mc Kenna frente a sus labios. Estuvo a punto

de darle un beso pero en el último momento se detuvo—. Tengo que ir a darme una ducha —dijo intentando levantarse.

Robert la detuvo.

—¿Piensas abandonarme en la cama después de haber evitado que murieses congelada? —le preguntó falsamente ofendido.

Mc Kenna se rio abiertamente.

—¡Vaya! Realmente te ha tocado la peor de las esposas. Desagradecida y nada obediente.

—Eso es verdad. Pero lo compensas siendo la más sexy y tentadora — replicó besándola en el cuello.

Mc Kenna pensó que iba a morir de delirio.

—¡Mmm... Dios mío! No puedes hacerme eso ahora. Tengo que ducharme y marcharme. He quedado con Mini.

Robert detuvo su dulce tortura y la miró con gesto serio pidiendo una explicación. —Ayer me comprometí a ayudarla en la organización de su fiesta.

—Yo pensaba que te tendría toda para mí... —se quejó Robert.

—Solo son dos días —dijo queriendo quitarle importancia. Le encantaba que él solo deseara estar con ella. Y no había otra cosa que anhelase más que estar juntos. Pero también creía que era mejor tomarlo con calma. Robert hacía que dejase de pensar en todo. Que no quisiese que hubiese más en el mundo aparte de él. Y le daba miedo. Si se dejaba llevar por completo, ¿qué pasaría con ella cuando ambos tuviesen que separarse?

—¿Dos días?

—Sí, dos días. Mini organiza fiestas a lo grande —dijo con una sonrisa.

Robert frunció el ceño y después su gesto cambió iluminado por una sonrisa pícaro. Introdujo la mano bajo las capas de ropa de Mc Kenna y le rodeó un pecho.

—También podría acompañarte a la ducha. Sería una estupenda ayuda frotándote la espalda...

Mc Kenna contuvo el aliento al sentir que Robert abarcaba uno de sus pechos y después comenzaba a acariciar su pezón con el pulgar. Se le escapó el aire contenido en un gemido y Robert intensificó la caricia satisfecho.

—Eres peligroso... —lo acusó en un susurro ronco.

—Sí... —afirmó él—. Entonces, ¿qué me dices?

En un movimiento inesperado para Robert Mc Kenna se colocó sobre él a

horcajadas y lo besó en los labios, entregada, con pasión, devorándolo y demostrándole cuan excitada y necesitada de él estaba. Frotó el cuerpo contra el suyo, pero entonces pasó la otra pierna por encima y se levantó de la cama con agilidad, abandonándolo.

Robert la miró estupefacto y con una erección feroz que le apretaba los pantalones, implacable.

—Demasiado peligroso —dijo ella con una risa—. Y si me quedo en la cama contigo ahora, o te duchas conmigo, no iré a mi cita. Solo querría pasarme el día contigo dentro de mí.

Robert gruñó ante su comentario, excitado.

—Así que me voy a la ducha sola —resolvió ella, tomando su ropa limpia y saliendo por la puerta. Justo al salir le lanzó un beso.

Robert tomó la almohada y se la colocó sobre el rostro. Gruñó de nuevo, frustrado pero con una sonrisa. Mc Kenna lo volvía loco. Y le encantaba. Iba a disfrutar de ella al límite, incluso de aquel juego del gato y el ratón que acaba de comenzar. No le importaba esperar si al final terminaba siendo suya y solo suya.

Cuando Mc Kenna salió del baño, se encontró a Robert vestido y preparado.

—¿Qué haces? —le preguntó con una sonrisa.

—Esperarte, me voy contigo —le dijo él. Fue hasta ella y la abrazó con fuerza. Después depositó un beso ligero sobre sus labios, como la caricia de una pluma, y se apartó dejándola sin aliento—. Vamos, o llegarás tarde —añadió dirigiéndose a la puerta y abriéndola para que ella saliese primero, como el perfecto caballero. Le abrió también la puerta de la pick up para que subiese, rodeó el vehículo y se dirigieron al bar de Mini.

Eddie se encontraba en la mesa de su escritorio y a pesar de estar concentrado en toda la información que tenía del caso desperdigada por la mesa, especialmente la treintena de declaraciones que había efectuado los últimos dos días a los familiares, amigos y personal del local en el que fueron reclutadas las chicas esa noche, no hacía otra cosa que mirar la pantalla de su nuevo teléfono desechable esperando la llamada de su compañero. Había puesto ya tres anuncios codificados en todos los periódicos de prensa nacional y lo único que había recibido eran llamadas de idiotas con ganas de bromear. Intentó concentrarse de nuevo en la documentación. Aquellas declaraciones habían sido reveladoras, sobre todo para destacar lo chapuceros que habían sido los actos perpetrados por Anthony Carpo y Vito Di Marco. Según parecía, no era la primera vez que

llevaban a chicas a aquel reservado del club. Y una hora más tarde, las sacaban de allí para continuar la fiesta en otro sitio. Lo extraño era que las hubiesen dejado sin documentación al llevárselas. ¿Para qué indocumentarlas? Eso solo lo había visto hacer cuando se trataba de casos de chicas de blancas. Chicas a las que hacían desaparecer para llevarlas a otros países donde las drogaban y prostituían. Pero aquellas eran muchas chicas para hacer desaparecer de golpe. Y en el mismo sitio. ¿No se habían percatado de que levantarían sospechas? ¿De que los pillarían antes de que pudiesen sacarlas del país?

Entonces se le ocurrió hacer una nueva búsqueda en los archivos. Esa vez de chicas desaparecidas en los últimos dos años. Había una buena lista, pero un nombre destacó para él sobre todos ellos. Caroline Atkinson. Era mucha casualidad que se apellidara como su testigo. Siguió leyendo. Desaparecida hacía un año y hallada muerta un par de meses después. Según el informe del forense en el momento de su muerte había sido violada, drogada y recibido una paliza. “Pobre chica”, pensó, y sintió náuseas solo de imaginar por lo que habría pasado la joven. Apretó los dientes y resolvió buscar el expediente de su asesinato. Algo le decía que aquella chica tenía que ver con su testigo, y de ser así no había sido el azar el que había llevado a esta última al club la noche de los crímenes. Si las sospechas que habían llevado a Mc Kenna a ese local estaban bien fundadas, estaba seguro de que en aquellos expedientes de desaparición encontraría otro buen puñado de chicas que habían recibido la misma suerte que las del ático. Decidió tomarse un café doble antes de ponerse con aquella siniestra documentación y se levantó de su escritorio en dirección a la cafetera.

Abbie pasaba cerca del escritorio de Eddie aprovechando que él se había ausentado, esperando encontrar una pista de dónde se podría encontrar Robert, cuando un teléfono móvil sobre su mesa comenzó a vibrar. La pantalla se encendió y un número sin nombre apareció en la pantalla. Llevada por un impulso, comprobó que Edie no podía verla desde donde estaba y apuntó en la palma de su mano el número de la pantalla. Después borró el número del registro de llamadas y se marchó de allí con una sonrisa, antes de que Edie la pillara.

Capítulo 26

Nada más llegar al bar de Mini esa mañana, Robert se había llevado una grata sorpresa. La dueña del local tenía sobre una vieja máquina de discos un buen puñado de periódicos pasados para reciclar. Llevado por un impulso decidió mirar si disponía de los más recientes y allí estaba el de hacía un par de días. Miró a Mc Kenna, que estaba en una mesa sentada con Mini riendo y revisando la lista de cosas que había preparado esta para su fiesta mientras disfrutaba de unas suculentas tortitas de masa madre y mermelada de manzana. Parecía relajada y contenta y se deleitó con su sonrisa. Parecía increíble que fuese la misma chica que hacía tan solo unos días había encontrado en el hueco de la ropa sucia de aquel maldito ático lleno de muerte y depravación. Sacudió la cabeza intentando desechar las imágenes de su mente y decidió concentrarse en buscar lo que necesitaba en el periódico. Fue derecho a la sección de anuncios del mismo y revisó la larga lista impresa que ocupaba tres páginas. Al cabo de unos minutos sonrió, feliz de haber dado con el de su compañero. Solo él sería capaz de poner un anuncio así.

Se busca tigre para usar como semental en el zoo, con al menos cuatro meses de abstinencia. Los interesados que se pongan en contacto con el señor Enohpi en el teléfono....

Tuvo que aguantarse la risa al terminar de leerlo. Era él sin duda. El señor Enohpi, era el señor iphone, como él lo solía llamar cuando no se despegaba del suyo. Y por el comentario de cuatro meses de abstinencia se iba a llevar un puñetazo cuando lo volviese a ver. Si Edie supiese que ya no estaba en esa situación, seguramente el puñetazo se lo habría dado él.

Decidió llevarse el anuncio consigo y lo cortó de la hoja. Nadie lo echaría en falta, ya que era un periódico antiguo.

—¿Coleccionas anuncios? —le preguntó Jonás sentándose a su lado.

—Sí, y esquelas —le dijo escuetamente.

El recién llegado lo miró enarcando una ceja.

—Cada uno tiene sus aficiones... —se limitó a contestar Robert, y dio un trago a su café bien cargado.

—No, si yo no digo nada... No es más siniestro que tener cabezas de animales muertos colgadas en las paredes —resolvió, señalando las dos

cabezas de osos disecadas que había en el local.

—No te imaginaba un ecologista —dijo Robert con una sonrisa.

—No me gustan las armas, y tampoco la caza. Ya sé que es raro en un sitio como este, pero es lo que hay —contestó Jonás encogiéndose de hombros.

—Bueno, pues es lo que hay.

Ambos hombres se quedaron un minuto en silencio hasta que oyeron las risas de Mini y Mc Kenna en la mesa.

—¿Cómo está? —le preguntó Jonás señalando a la chica.

—¿Te refieres al golpe? Bien, tiene mejor aspecto. Se está dando una crema que le va bastante bien. La inflamación ha empezado a bajar.

—Lo siento, de verdad.

—Lo sé, tío. Fue un accidente. No pasa nada.

Jonás se vio sorprendido por la reacción de Robert. Si le hubiesen dado un puñetazo a su mujer no sabría cómo habría reaccionado él. Pero Robert parecía más calmado. Se sintió aún más en deuda con aquel hombre.

—Mira, ayer me dijiste que buscabas un teléfono... Yo tengo uno que ya no uso, con cobertura satélite. Aquí es la única forma de garantizar que siempre estarás localizable.

Robert lo miró con interés y Jonás sacó el aparato del interior de su cazadora.

—Si lo quieres, es tuyo.

Robert miró el aparato y no dudó en aceptarlo.

—Gracias, me salvas la vida.

—No hay de qué. Aunque, si yo estuviese en un lugar como este, aislado del mundo, con una mujer como la tuya, no querría saber nada del mundo exterior —le dijo con una sonrisa socarrona.

—Te entiendo, por eso procura no acercarte mucho a ella —zanjó Robert en falso tono amenazador dándole una palmada en la espalda mientras se levantaba del taburete para dirigirse al exterior a realizar su ansiada llamada. Jonás se limitó a reír y pidió su acostumbrado desayuno.

Unos minutos después Robert colgaba la llamada y miraba el teléfono, enojado. ¿Cómo era posible que Edie no contestase al teléfono? Suspiró frustrado y se pasó la mano por el pelo. Tendría que insistir más tarde. Se guardó el aparato en el interior de la cazadora justo en el momento en que Mc Kenna salía del local en su busca.

—¿Participas conmigo en la carrera de trineos? —le propuso con una inmensa sonrisa.

Robert se quedó fascinado con su rostro. Sus ojos brillaban ilusionados. La sonrisa tan genuina, dulce y pícaro a la vez, el cabello enmarcándole el rostro como fuego ondulante.

No le contestó. Se limitó a aproximarse a ella, rodear su bello rostro con las manos y besarla en los labios. Mc Kenna contuvo un gemido y se dejó llevar sin pensar por aquella experta lengua que la saboreaba sediento.

Cuando vio que ella se entregaba como la misma desesperada pasión, Robert soltó su rostro para abrazarla contra él. Le encantaba sentirla así de próxima. No sabía qué clase de embrujo le había hecho aquella pelirroja, pero lo tenía hechizado. Si la tenía cerca, no podía resistirse a besarla. Era así de sencillo y de complicado al mismo tiempo. Porque no le había sucedido jamás. Solo había existido una mujer a la que él hubiese amado en su vida, Katherine. Y hacía tantos años que muchas de las cosas que había sentido por ella estaban desdibujadas en su mente. Su relación había sido estupenda, ocupando parte de sus años de instituto y universidad. Pero a pesar de lo mucho que la había querido, no recordaba haber sentido esa necesidad brutal y primitiva de estar con alguien. Se apartó ligeramente y apoyó la frente en la de Mc Kenna, que compartía con él el aliento entrecortado.

—¿Esto significa que sí participarás conmigo? —le preguntó ella sonriente. Robert rio a carcajadas.

—Sí, participo contigo en lo que quieras.

—¡Perfecto! —dijo dando un pequeño saltito de alegría—. Voy a decirle a Mini que nos inscriba en la carrera —anunció entusiasmada.

Mc Kenna se separó de él y volvió al interior del local. En la puerta se giró para brindarle una sonrisa y Robert sintió que se le detenía el corazón en el pecho. Estaba perdido. Definitivamente perdido.

Capítulo 27

Lo había prometido y ahí estaba. A las afueras del pueblo. En las colinas Grizzly, nombre dado por los lugareños a esas empinadas bajadas de nieve, y en honor a los osos. Equipados hasta los dientes y a punto de tirarse en trineo con la intención de sortear los numerosos árboles que había en el camino y llegar los primeros a la base del monte. Mc Kenna miró hacia abajo y calibró la pendiente volviendo hacia él y soltando un gran silbido.

—¿Arrepintiéndose, señora Mc Coy?

—Para nada, va a ser impresionante. ¿Has visto la pendiente? —le preguntó emocionada. —Sí, ya la he visto. Con suerte no nos partiremos la crisma —dijo Robert riendo—. Bonita forma

de mantenerte a salvo —le susurró al oído.

Mc Kenna se erizó nada más sentir la proximidad de su aliento en la mejilla. —¡Todo el mundo aquí! —llamó Mini a los participantes, entre los que se encontraba

prácticamente todo el pueblo. Incluso Mc Kenna pudo distinguir a los dos montañeros que habían llegado un par de días y le habían pedido indicaciones. Debían de haber pasado por el bar de Mini y esta los había invitado al evento. Se fijó en ellos mientras les hacía saber las normas de participación en la carrera. El ganador obtendría como premio desayunar gratis en su local durante un mes entero. Así, no le extrañaba en absoluto la gran afluencia de público a la carrera; nadie quería perder la oportunidad de desayunar como un rey durante treinta días.

Mientras Mini relataba la lista de acciones que se consideraban juego sucio y supondrían la descalificación inmediata de la carrera, Mc Kenna se centró en los dos nuevos visitantes del pueblo. Hacían una pareja singular. Mientras que el que le habló pidiendo indicaciones parecía amigable y se relacionaba con todo el mundo, incluso le guiñaba en ese momento un ojo a Mini, su compañero, oculto bajo sus enormes gafas de sol y pertrechado con tanta ropa de abrigo que apenas se podía distinguir una pequeña porción de su rostro, parecía una estatua humana. No se movía, no gesticulaba, ni hablaba con ninguno de los asistentes próximos a él. Si no iba a disfrutar de la carrera, no entendía para qué se había apuntado.

Sumida en sus divagaciones, no se dio cuenta de que Robert se

acercaba aún más a ella y la abrazaba desde atrás, pillándola totalmente desprevenida. En cuanto lo sintió se excitó. Y una enorme y pícaro sonrisa se dibujó en sus labios.

—Por si nos partimos la cabeza durante la carrera —comenzó a susurrarle al oído—, quiero que sepas que el tiempo que ha durado nuestro corto matrimonio ha sido increíble.

Aquella confesión, aunque fuese medio en serio medio en broma, hizo que Mc Kenna se sintiese terriblemente emocionada. Dejó de importarle la carrera y se giró para mirar a Robert a los ojos. Este se quedó perdido en su mirada gris y sin mediar palabra se besaron frente a todos los presentes.

—¡Ey, tortolitos! Estáis calentando al personal —les dijo una voz masculina.

Mc Kenna y Robert interrumpieron su apasionado beso y miraron al recién llegado. Jonás acompañaba su comentario con una sonrisa socarrona.

—No podía ser otro —se quejó Robert.

El casero sonrió satisfecho con su interrupción.

—¡Hola, Jonás! —lo saludó Mc Kenna sonrojada.

Él le devolvió el saludo con una inclinación de su cabeza.

—¿Has venido a participar o solo a fastidiar un rato? —le preguntó Robert.

—He venido a participar, con mi ahijado —añadió señalando a un chico de unos diez años que escuchaba atentamente las instrucciones de Mini, acompañado de Maryorie—. Somos los campeones actuales de esta carrera. De hecho lo hemos sido los últimos dos años, así que os deseo mucha suerte.

—No la necesitamos, gracias. Mi esposa y yo estamos muy motivados, la verdad.

Mc Kenna se preguntó si alguna vez terminarían los derroches de testosterona entre aquellos dos hombres. Aunque intuía que lo que había comenzado como un pique monumental entre los dos se estaba tornando sana amistad. Los comentarios que se profesaban empezaban a parecerse a los que les había oído a Robert y su compañero Edie.

—Me parece muy bien, aunque no todo es motivación. Pero ya te darás cuenta cuando empiece la bajada —Jonás rio con ganas y su enorme pecho vibró al tiempo que mostraba una perfecta dentadura tan blanca como la nieve que pisaban.

—¡Pues ahora que está todo claro, ya podéis tomar vuestras posiciones en los trineos! —avisó Mini colocándose en la línea de salida.

—Ha llegado el momento —dijo Mc Kenna emocionada.

Fueron hasta su trineo rojo chillón. Se pusieron los cascos y se colocaron en las posiciones al filo de la pendiente. Mc Kenna se sentó delante y Robert tras ella, rodeándola con sus piernas y apretándola contra él. Ella se hacía cargo del volante y él del freno. Todo controlado. Mientras se colocaban vieron cuáles iban a ser sus contrincantes más cercanos. A la derecha Jonás y su ahijado. A la izquierda la extraña pareja de nuevos visitantes.

Robert miró a uno y a otros y sonrió, dejándose llevar por la emoción de la competición.

—Vamos, pequeña, enseñaremos a esta gente cómo se gana una carrera.

A Mc Kenna no le dio tiempo a contestar pues en ese momento Mini dio el pistoletazo de salida. Robert soltó los frenos y comenzaron a deslizarse por la pendiente.

La primera sensación de Mc Kenna fue de vértigo. Apenas habían comenzado a deslizarse por la nieve y la velocidad era ya imponente. Y cuanto más descendían más velocidad alcanzaban. Estaba todo controlado hasta que llegaron a la zona en la que debían serpentear algunos árboles. Robert fue entonces el que tomó el control e hizo que sus cuerpos sincronizados se inclinasen a derecha e izquierda esquivando los obstáculos, de manera tan vertiginosa que en un par de ocasiones Mc Kenna no pudo evitar gritar, mezcla de pánico y emoción. El corazón le iba a mil por hora y apenas era capaz de ver el resto de la pendiente. Acaban de salir de la zona de árboles y disponerse a recorrer el último tramo cuando se dieron cuenta de que iban en cabeza junto con el trineo de Jonás y su ahijado. Mc Kenna podía sentir a su espalda la tensión de Robert y su apremio por ganar al casero a toda costa. Ambos se miraban mientras maniobraban los trineos haciéndolos descender por la colina con pericia.

De pronto sintieron un golpe en el lateral izquierdo del trineo. Ambos miraron en aquella dirección, inclinándose peligrosamente y corriendo el peligro de caer a la nieve a esa velocidad, y vieron que el golpe se debía a una inesperada colisión con el trineo de la extraña pareja. Robert inclinó el trineo para nivelarlo y recobrar el equilibrio. Pero no pudo evitar un saliente en la nieve que los hizo elevarse medio metro y salir disparados por el aire. Por suerte, el trineo cayó de nuevo a la superficie virgen y retomó el descenso sin problemas, habiendo conseguido además la ventaja de unos centímetros, los suficientes para que un par de minutos después llegasen en primer lugar a la base de la colina.

En cuanto se detuvieron Robert y Mc Kenna salieron del trineo aún cargados por la adrenalina de la carrera, exultantes y felices. Mc Kenna comenzó a dar saltitos de alegría y Robert la tomó en brazos para besarla. Dejándose llevar por el ímpetu, chocaron sus cabezas con los cascos, pero el hecho, aparte de proporcionarles unas risas, no impidió que se besaran. La mezcla de euforia y deseo fue como una bomba que les proporcionó una descarga de placer que los dejó sin aliento.

—¡Dios mío! ¿Es que no podéis parar? —les dijo Jonás con cara de pocos amigos.

—¡Qué mal perder tienes, amigo! —contestó Robert riendo.

—La verdad es que no esperaba perder contra ti, y menos cuando os vi a punto de caer a la nieve con el impacto. No había visto una cosa así antes. Es raro que un trineo choque contra otro de esa manera.

—Sí, a mí también me ha parecido extraño —confesó Robert—. ¿Y adónde se han ido esos dos? —preguntó buscando con la mirada a los culpables de que casi cayeran rodando por la nieve.

Los vio a varios metros alejarse discutiendo en dirección a los vehículos. Robert se encogió de hombros, e iba a besar de nuevo a Mc Kenna cuando sonó su nuevo teléfono en el bolsillo.

Capítulo 28

—¡Qué bien que por fin consigo hablar contigo! —fue lo primero que escuchó Robert que le decía su amigo al otro lado de la línea telefónica.

—Lo mismo digo. Te llamé ayer, pero no contestaste al teléfono, así que viendo que no me devolvías la llamada decidí enviarte un mensaje esta mañana.

Edie efectivamente había visto el mensaje hacía unas horas, pero no había podido devolverle la llamada hasta entonces, pues estaba en una reunión informativa sobre el caso con el capitán Ross y el fiscal Falcó. Había sentido vibrar el móvil en el bolsillo de su pantalón y deseaba saber si era su compañero, pero desde que los localizasen en el piso franco no había revelado a nadie información confidencial del caso, no se fiaba de nadie, especialmente del fiscal, así que había aguantado el tipo en la reunión, notificando únicamente los datos evidentes pero guardándose para él sus sospechas y conjeturas. También había ocultado su sistema de comunicación con Robert y la posibilidad de que este le contestase pronto revelándole el lugar en el que se escondían él y la testigo. Había aguardado hasta el final de la reunión y después, con la excusa de tener que abandonar la comisaría para continuar con sus pesquisas, se había dirigido hasta una cafetería que solían frecuentar su compañero y él a tres manzanas, donde servían los mejores buggles rellenos de chocolate de la ciudad. Cuando hubo tomado asiento, sacó su nuevo teléfono y vio sorprendido que lo que había recibido era un mensaje. No era lo acordado con Robert. Era mejor no dejar constancia de mensajes en sus comunicaciones, pero sin duda era su amigo pues en él se podía leer...

A mi tigre le gusta el pollo teriyaki. ¿Te interesa?

—No he recibido ninguna llamada tuya anterior a este mensaje —le dijo Edie sorprendido.

—Tienes que tenerla. En cuando colguemos te envío la captura de la pantalla del registro de la llamada. Si no la encuentras habrá que investigar qué ha pasado por si esta línea no es segura.

—De acuerdo, hermano. Tranquilo, lo haré en cuanto colguemos. Pero dime, ¿cómo estás? —quiso saber preocupado.

—Bien, muy bien.

—¿Y el paquete?

—El paquete perfecto. Un poco amoratado, pero perfecto.

—¿Amoratado? —preguntó Edie sorprendido.

—Sí, recibió un puñetazo. Una larga historia, pero tranquilo, está muy bien. Muy, muy bien, en realidad.

El tono excesivamente relajado y feliz de Robert puso en alerta a Edie, que comenzó a temer lo peor y resopló antes de preguntarle:

—Hermano, ¿has abierto el paquete?

Robert contuvo una risotada ante la pregunta de su amigo. Estaba claro que quería saber si había tenido sexo con Mc Kenna. Su compañero había visto la atracción que sentía por ella, antes incluso de que él mismo fuera consciente, así que no le extrañaba que lo hubiese descubierto.

—¿Acaso eso importa? Ya te he dicho que está perfecto.

—¡Joder, tío! ¡Has abierto el paquete! Esto no es propio de ti. Ya te dije que te pasaba algo con él, pero no me hiciste caso. ¿Y ahora...?

—Ahora nada. No pasa nada. Seguiré custodiándolo igual.

Edie hizo un silencio y Robert aprovechó para cambiar el tema.

—Bueno, solo voy a decirte que el paquete no es nada de lo que pensabas. Ha resultado ser un buen paquete. Con una explicación bastante razonable sobre cómo terminó en el sitio equivocado.

—Lo sé. Mientras te dedicabas a abrir el paquete he estado haciendo mi trabajo —comenzó a decirle Edie en un tonito irritante que hizo que Robert pusiese los ojos en blanco—. En fin, que he averiguado todo lo concerniente al paquete, de dónde venía, por qué llegó a su destino y que hacían los que lo recibieron esa noche. Lo que aún no sé es quién destrozó el resto de paquetes. Pero ahora será mejor que dejemos de hablar de esto. Cuando confirme qué ha pasado con tu llamada perdida y asegure la línea, hablaremos. De todo —puntualizó.

Robert ignoró el comentario de su amigo, ya que en ese momento Mc Kenna comenzó a recoger nieve, hacer bolas y jugar con Calibre a que este las atrapara. Cada vez que ella se agachaba a por más nieve, le ofrecía unas estupendas vistas de su redondeado trasero apretado contra la tela del pantalón térmico. Tuvo que tragar saliva. Llevaban con los juegos y el coqueteo tres días y, aunque los había disfrutado minuto a minuto, se les estaban haciendo interminables. Cada vez su cuerpo le exigía más aquellos besos y caricias que se prodigaban cada dos por tres. Había llegado a su límite, y necesitaba poseerla de nuevo y por completo. Ante la idea de

volver a estar dentro de Mc Kenna, dejó de pensar en la llamada hasta que se dio cuenta de que su compañero reclamaba su atención.

—¡Ey, tío! ¿Sigues ahí?

—Sí, aquí sigo.

—Bien. Voy a hacer las comprobaciones necesarias y mañana te llamo. Te doy toda la información y decidimos el siguiente paso a dar. De momento creo que lo mejor es que te quedes allí con el paquete. No me fío de nadie ahora mismo. De nadie.

Robert conocía las implicaciones de aquella afirmación. Edie sospechaba de gente incluso del departamento. Estaban solos.

—Entonces quedo a la espera de tu llamada. Cuídate, amigo.

—Y tú, hermano —dijo Edie finalizando la llamada y colgando.

Robert guardó el teléfono con gesto severo. El hecho de que Edie no confiase en nadie no era bueno y significaba que las cosas se podían poner mucho más peligrosas para ellos. Pero de nada valía que comenzase a preocuparse antes de que su compañero le explicase lo que había averiguado, por lo que se dispuso a disfrutar de lo que quedaba del día de Mini con Mc Kenna. Aún quedaban unas cuantas actividades más por realizar, pero él solo tenía un objetivo en mente, la noche.

Diez horas más tarde estaban en el bar. La noche había caído ya y todo el pueblo parecía haberse congregado en el local. Hacía un rato que habían terminado de cenar, y ahora el animado gentío disfrutaba de algunos licores y la música de la máquina de Mini. Miró a Mc Kenna charlando con su nueva amiga y esta pareció percibirlo pues cruzó su preciosa mirada gris con la suya y le sonrió mientras se colocaba el cabello a un lado del cuello. Cada vez que hacía ese gesto y dejaba libre aquella porción de piel él tenía ganas de morderla. Más aquella noche, en la que lo deleitaba con un bonito vestido de punto azul verdoso que dejaba parte de uno de sus hombros al aire. Ajustado a cada una de sus curvas, era el perfecto envoltorio para su pequeña tentación. Tuvo que comenzar a contar hasta mil antes de olvidar sus buenos propósitos y saltar sobre ella allí mismo.

—Tu marido te mira como si fueses comida —le dijo Mini a Mc Kenna, y esta sonrió con las mejillas encendidas. Llevaba un rato viendo como la parejita se dedicaba miraditas. Era lógico, teniendo en cuenta que estaban recién casados, pero le estaba dando un poquito de envidia. La organización del día de Mini había sido tan ajetreada como de costumbre y, aunque lo estaba disfrutando, también estaba siendo terriblemente frustrante. Allí

estaba todo el pueblo menos el hombre que ella había esperado que llegase. Buscó a Gabriel y a sus intensos ojos azules que la hacían suspirar desde hacía varios meses, pero no los encontró. De pronto una mano la rodeó por la cintura sorprendiéndola.

—Minerva... —comenzó a decirle uno de los recién llegados al pueblo, que llevaba todo el día haciéndole galanteos—. Me ha dejado impresionado. No solo es usted la mujer más hermosa de este pueblo, y la mejor cocinera, sino también la mejor organizadora de fiestas. Ni mi amigo ni yo imaginábamos que nos encontraríamos con tanta vida aquí, en un pueblecito en medio de Alaska. Claro que no imaginaba que encontraría una mujer como usted, en un sitio como este —dijo el tipo.

Mini, que durante todo el día había estado más pendiente de buscar al hombre que la tenía loca que de atender los coqueteos de un tipo, que entre otras cosas, estaba de paso en el pueblo, se fijó por primera vez en él. Era bastante apuesto. Moreno, de ojos negros, alto y con bastante buena planta. Y se preguntó si no había hecho ya el tonto bastante aquel día esperando a Gabriel y si no merecía un rato de diversión, aunque fuese con otro hombre apuesto, en el día de Mini. Lo pensó un minuto y decidió que a nadie le amargaba un dulce.

—¿Sabe, señor...?

—Carlo, llámeme Carlo —se presentó él.

—Carlo, usted y yo no nos hemos presentado debidamente. ¿Quiere tomar un licor conmigo y me cuenta qué ha venido a hacer a este nuestro pequeño pueblo?

—Claro —accedió él, encantado de haber conseguido por fin que Mini le prestase atención, y juntos se fueron hacia la barra.

Robert, por su parte, vio como por fin Mc Kenna se había separado de su amiga y decidió que ya había esperado bastante para estar a solas con su mujercita, así que ni corto ni perezoso fue hasta ella, la tomó en brazos, y disfrutando de su gesto de perplejidad la sacó del local para llevársela a la cabaña.

Capítulo 29

—Creo que ese licor casero que hace Mini se me ha subido un poquito a la cabeza —le dijo Mc

Kenna ligeramente embriagada cuando llegaron hasta la puerta de la cabaña.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó Robert preocupado mirándola a los ojos.

—No, no. Estoy perfectamente, solo un poco... contenta —comentó relajada.

—Bien —dijo él complacido con la respuesta. Aproximó el rostro al de ella y le robó el aliento con un pequeño beso—. Está preciosa esta noche, señora Mc Coy —pegó la frente a la suya.

Mc Kenna sintió que comenzaba a hervir de nuevo. Aquellos tres días habían sido una agonía deliciosa, pero eterna. Cada vez que él la besaba, la acariciaba o simplemente la miraba se sentía hervir, consumida por el deseo y la tremenda atracción que sentía por él. Había querido ir más despacio. Pero ya no podía más. Tampoco sabía cuántos días les quedaban juntos allí, en su pequeña burbuja de irrealidad, y no quería desperdiciar más el tiempo que les restaba.

Robert se separó de ella con pereza y soltó el aire contenido en los pulmones. Después bajó del vehículo y abrió su puerta para que bajase. Calibre los siguió. Dando pequeños saltitos por el frío llegaron hasta la entrada y al intentar conectar el interruptor se llevaron una sorpresa. No tenían luz.

—¡Vaya! Ha debido de apagarse el generador —dijo Robert—. Tendré que ir a encenderlo. —¿Ahora? —preguntó ella sin muchas ganas de que él se marchase.

—Lo siento, pequeña. Por mi nos quedábamos así, no me hace falta para nada la luz para lo que tengo en mente —le aseguró al oído con tono seductor—, pero no es seguro que estemos a oscuras. No tardaré, solo me llevará unos minutos, ¿de acuerdo?

Mc Kenna asintió empezando a contar los segundos que quedaban para

su regreso. Robert tomó las llaves del cobertizo que había tras la cabaña y una potente linterna y salió de nuevo al exterior. Mientras, Mc Kenna fue hasta la cocina y sacó unas velas, que prendió con las cerillas que usaban para encender la chimenea. Encendió también la chimenea y esparció las velas por el salón, sobre los muebles. El ambiente inmediatamente se volvió acogedor y hasta romántico. Inexplicablemente la ambientación la invitó a hacer algo que hacía meses que no se permitía hacer, bailar. Cogió su mp5, lo conectó a los altavoces y buscó una canción en concreto. Se descalzó y comenzó a dejarse llevar por las notas de *Distance*, un precioso tema de Christina Perri y Jason Marz.

La música se deslizó en torno a ella, acariciando su piel como una sábana tibia, envolviendo sus movimientos. Elevó los brazos y estos se mecieron de manera sutil y elegante, como hacía la brisa con las hojas de los árboles.

El sol está llenando la habitación

Y puedo escucharte soñando

¿Te sientes como yo lo hago en este momento? Solo deseo que nos rindamos

Porque la mejor parte es caer

Llámalo como quieras, menos amor

Y la letra flotó dibujando su silueta, pegándose a su cuerpo. Cerró los ojos y las palabras llegaron hasta ella atravesándole la piel.

Y yo...

Me aseguraré de mantener mi distancia Diré "Te amo" cuando no estés escuchando ¿Cuánto tiempo podemos seguir así?

Robert entró en la cabaña sin que Mc Kenna se percatase de su presencia y se quedó hipnotizado con la escena. Ella bailaba dejándose llevar por la música. Tenía los ojos cerrados totalmente inmersa en sentir cada una de las notas que la envolvía en un halo mágico. La luz dorada de la chimenea dibujaba su contorno mientras los movimientos exquisitos de su cuerpo parecían querer abrazarla. Se sintió sobrecogido por su belleza mientras la letra de la canción llegaba hasta él como una súplica.

Por favor, no te acerques mucho a mí Tengo problemas para respirar

Tengo miedo de lo que puedas ver en este momento

Te doy todo lo que soy

Todos los latidos rotos de mi corazón Hasta que puedas entender

Y yo...

Me aseguraré de mantener la distancia Diré "Te amo" cuando no estés

escuchando ¿Cuánto tiempo podemos seguir así?

Mc Kenna sintió la letra como si estuviese grabada en su piel, en su alma. Era como dar sentido a cada latido de su corazón desde que Robert llegó a su vida.

Y seguiré esperando

Para que me lleves

Tú sigues esperando

Para decir lo que tenemos

Y yo...

Me aseguraré de mantener la distancia Diré “Te amo” cuando no estés escuchando ¿Cuánto tiempo podemos seguir así?

Mc Kenna se sentía tan desbordada de sentimientos que le dolía hasta la piel. Se detuvo aún con los ojos cerrados e intentó llenar los pulmones de aire, pero no lo consiguió; tan solo unas inmensas ganas de llorar se apoderaron de ella. La primera de sus furtivas lágrimas llegó de improviso, como la caricia que la detuvo a mitad de su mejilla. No quiso abrir los ojos. No quería que Robert viera en su mirada lo que sentía en aquel momento. Él la besó. Bebió de sus labios sus lágrimas saladas. El anhelo de su alma. Y el dolor pasó.

Capítulo 30

Mc Kenna se movió en la cama intentando cambiar de postura y el cuerpo grande y cálido de Robert se lo impidió. Se quedó muy quieta para no despertarlo. Posó una mano sobre su pecho despacio, casi rozándolo, y lo sintió respirar acompasadamente y relajado. Estaba profundamente dormido y se atrevió a inclinar la cabeza hacia atrás para poder ver su perfecto y masculino rostro. Algunas imágenes de la noche anterior llenaron sus retinas emocionándola.

Ambos estaban sentados en la cama. Robert, tras ella, la rodeaba con las piernas, apartaba su cabello a un lado y comenzaba a besar la piel recién expuesta de sus hombros, cuello, mejilla. Ella inclinaba la cabeza hacia atrás, apoyándose, mientras él se deleitaba amasando sus pechos, dibujando el contorno de su areola con las yemas de los dedos, pellizcando aquellos discos dorados sensibles y erguidos por las caricias...

Habían hecho el amor. Durante horas, la noche se hizo madrugada sin apenas darse cuenta, recorriéndose, reconociéndose, centímetro a centímetro, pliegue a pliegue, latido a latido. Cerró los ojos y aspiró su aroma masculino, mezcla de su piel y las notas amaderadas de su colonia. Y supo que jamás un olor volvería a afectarla de aquella manera. Robert se movió aún en sueños, y la apretó contra él posesivamente.

Recordó entonces cuando aquella noche, sobre ella, iba embistiéndola una y otra vez, cada vez con más intensidad, más profundamente, mientras entrelazaba las manos con las suyas. La miró a los ojos y ella se perdió en su mirada verde y cristalina mientras su interior se abría para él, recibéndolo con desesperación hasta que ambos llegaron juntos al delirio.

Apoyó la mejilla en su pecho y escuchó el latido de su corazón. Lo amaba. No tenía dudas. No era necesario haber sentido algo semejante con anterioridad. No lo había hecho, y sin embargo no había nada más cierto para ella como el enorme sentimiento que aquel hombre había despertado en su corazón.

—Buenos días, pequeña —le dijo él de pronto, apartándole el cabello del rostro para verla mejor.

—Buenos días —contestó ella, y le dio un pequeño beso en los labios —. Lo siento, no quería despertarte.

—No se me ocurre mejor forma de despertar —le aseguró él volviendo a sus labios a por otra ración de besos.

—Pues a mí si se me ocurre —replicó ella con una sonrisa pícara. Se colocó sobre él a horcajadas y dejó que la mirara mientras se colocaba el cabello a un lado. Se desperezó como una gata para que él se deleitara con la imagen sensual de cada una de sus curvas. Robert no tardó ni un segundo en apoderarse con sus grandes manos de los globos de sus pechos, y comenzar a torturarla.

—Me gusta cómo piensas, cariño. Voy a darte ración doble de lo que estás buscando —dijo incorporándose para devorarle la boca y terminar cayendo sobre ella con la intención de cumplir su promesa.

Dos horas más tarde, enredados el uno en el otro, plenos y satisfechos, decidieron levantarse para sacar a Calibre e ir a por su premio en la carrera de trineos, disfrutando de su desayuno para reyes en el bar de Mini.

Cuando llegaron a la puerta del local, sin embargo, Robert fue a comprar la prensa mientras ella iba pidiendo el desayuno para ambos.

—Buenos días, guapa —la saludó Mini con su habitual sonrisa de bienvenida.

—Buenos días, sí. Ya veo que han sido buenos para ti también —le dijo Mc Kenna con una mueca pícara.

—¡Ah, no! No te creas que tanto.

—¿No? Cuando nos fuimos estabas muy bien acompañada. Parecía que ibas a tener un fin de fiesta apoteósico.

Mini le hizo una mueca y Mc Kenna se rio.

—Sí, quizá lo hubiese tenido si no fuese porque no acostumbro a acostarme con los tipos el día que me dicen su nombre. Además mientras este en cuestión me hablaba una y otra vez de sus tres coches, sus viajes por el mundo y la necesidad de todo hombre de tener una buena colección de corbatas de seda, yo no hacía más que pensar en tú ya sabes quién —dijo estas últimas palabras en voz baja y señalando con la cabeza a un hombre muy apuesto, pero con cara de pocos amigos, sentado al final de la barra. Tenía un succulento plato con salchichas de caribú, huevos revueltos y patatas fritas, pero él se dedicaba a marear estas últimas con el tenedor, sin dar bocado.

—¿Es él? —le preguntó Mc Kenna con gran curiosidad.

Mini se limitó a asentir mientras se secaba las manos con un trapo.

—¿Y te ha dicho algo? Como... ¿Por qué no vino ayer?

—Sí, dice que tuvo que hacer un vuelo inesperado a Anchorage para recoger a un par de turistas que han venido a hacer montañismo. Parece que el pueblo se ha puesto de moda. No creo que hayamos tenido tantas caras nuevas juntas en los años que llevo aquí. Pero en fin, que desde que ha llegado tampoco me ha dicho mucho más. Se ha dedicado a marear mi comida y gruñirme cuando le he preguntado si quería más café.

En ese momento la puerta del local se abrió y aparecieron por ella Carlo y su amigo, del que aún no sabían el nombre. Gabriel giró levemente a cabeza y cuando vio quiénes eran, resopló con desagrado. Sacó un par de billetes para pagar su consumición y comenzó a marcharse de allí, pero al pasar junto a Carlo este se interpuso en su camino.

—¿Te apartas? —le preguntó de mala gana.

—¿Qué pasa, amigo, tienes algún problema? —lo enfrentó Carlo.

—Mi problema son los tipos como tú —le dijo Gabriel sin amedrentarse. Lo miró directamente a los ojos esperando su respuesta.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Mini intuyendo una pelea.

—Pasa que no me gusta la gentuza que viene últimamente a tu local — Gabriel escupió las palabras. Mini se quedó helada. Nunca lo había visto comportarse de aquella manera. Era un hombre afable, más bien tranquilo, nada que ver con el que en ese mismo momento estaba buscando bronca en su bar.

Mini salió de la barra con la intención de apaciguar los ánimos antes de que la cosa se pusiese más seria.

—Gabriel, no sé qué problema tienes con el señor...

—¿Señor? —repitió Gabriel con asco—. Un señor no pasa la noche con una mujer y va pregonando lo que ha hecho con ella al día siguiente por todo el pueblo.

—¿Qué? —preguntó Mini aturdida por aquella afirmación.

—¿No lo sabías? ¿Hasta ese punto conoces a los tipos que llevas a tu cama?

—le increpó el hombre con ira.

El bofetón que Mini le propinó a Gabriel retumbó por todas las paredes del local.

—Esto por insultarme —le dijo a Gabriel, que se había quedado estupefacto. Después se giró hacia Carlo y le propinó otro guantazo aún mayor—. Y esto por mentir sobre lo que no pasó anoche. ¡Y ahora fuera los dos de mi bar! O mejor aún, me voy yo de aquí —anunció, y aguantándose las lágrimas salió del local como una exhalación.

Cuando salía por la puerta se cruzó con Robert, que entraba.

—¿Qué le pasa? Parece a punto de llorar —le preguntó este a Mc Kenna.

—Pues que las únicas tortas que se van a servir hoy aquí se las han llevado estos dos —dijo señalando a los dos hombres, que se habían quedado pasmados—. Me parece que Mini va a necesitar un hombro en el que llorar. Voy a hablar con ella —decidió.

—Bueno, pues yo haré las compras que me quedan. ¿Nos vemos en casa? —le preguntó Robert.

Imaginar que realmente compartían una casa como pareja hizo que el corazón de Mc Kenna se saltase un latido. Afirmó con la cabeza y le dio un beso en los labios antes de abandonar el local.

Capítulo 31

Después de un buen rato Mc Kenna consiguió convencer a Mini para que fuese hasta su cabaña para tomar un chocolate tranquilas y que se pudiese desahogar. Mini había llorado un buen rato, llevada por la rabia y la impotencia. No podía creer que Carlo hubiese mentido y alardeado por todo el pueblo. Un pueblo pequeño en el que era muy fácil estar en boca de todos. Y ella tenía una reputación intachable. Si se hubiese quedado allí un segundo más, habría sacado los ojos al tipo sin miramientos. “¡Menudo tipejo despreciable!”, pensó. En cuanto a Gabriel, también estaba alucinada con él. ¿Acaso no la conocía lo suficiente? ¿Cómo había podido creer las palabras de ese hombre? Un suspiro entrecortado salió de sus pulmones antes de entrar en la cabaña. Mc Kenna, que estaba a punto de abrir, se giró para mirarla. La tomó de los hombros y le preguntó:

—¿Te has parado a pensar que si Gabriel está tan cegado y furioso es porque siente algo por ti? De no ser así, no le habría afectado en absoluto pensar que habías pasado la noche con otro hombre.

Mini se quedó paralizada ante aquella deducción que parecía tener sentido.

—Piensa en ello —le dijo Mc Kenna justo antes de volverse de nuevo y girar la llave para abrir la puerta de la cabaña.

En cuanto entraron, Mc Kenna sintió un golpe en la cabeza y todo se volvió negro a su alrededor.

Robert estaba en la farmacia, comprando más crema para el ojo de Mc Kenna, cuando su teléfono móvil sonó sobresaltándolo. Se apresuró a tomar la bolsa con el medicamento y salió de la farmacia para responder a la llamada.

—Robert, tenemos un problema —fueron las primeras palabras que le dijo Edie. —¿Qué ocurre?

—Tenemos una brecha de seguridad. El equipo técnico ha confirmado las llamadas del teléfono.

Efectivamente hubo una llamada tuya entrante cuando me dijiste, quedó registrada y posteriormente fue borrada de mi listado de llamadas. No sé cómo ha podido pasar ni cuándo, pero es muy probable que si alguien ha conseguido tu número de teléfono hayan conseguido localizaros. Tenéis que salir de allí cuanto antes. Hace cuarenta y ocho horas que estáis al

descubierto.

—¡Joder! Edie, tengo que dejarte. Mc Kenna está sola en la cabaña — dijo de manera apresurada mientras corría hasta la pick up.

Durante todo el trayecto, Robert intentó no dejarse llevar por el miedo de que alguien pudiese hacer daño a Mc Kenna. No podía perderla. No podía. Solo le separaban de la cabaña cinco kilómetros, pero aun así fueron los más largos de su vida. Llegó hasta allí como si los hubiese hecho corriendo, sin aliento. Allí estacionada estaba la furgoneta de Mini. Estaban en la cabaña. Descendió de la pick up y sin preocuparse en cerrarla corrió hasta la casa.

Lo primero en notar fue que la puerta estaba abierta. Desenfundó el arma inmediatamente y entró llamándola a gritos. Pero allí no estaba. Registró toda la cabaña acompañado por Calibre. Cada habitación, incluso la buhardilla, pero no estaba allí. De vuelta en el salón buscó alguna pista que le indicase dónde podía estar. A lo mejor solo había salido a dar una vuelta con Mini. Pero entonces encontró su juego de llaves en el suelo, junto al sofá. También el colgante con su inicial, que le regaló Pierce. Aquello no estaba bien. Ella no habría dejado la casa abierta. Había estado allí y ya no estaba. Salió de la cabaña e inspeccionó los alrededores, intentando que no lo superase la opresión en el pecho provocándole asfixia. Tampoco estaba en los alrededores. En la nieve sin embargo sí encontró algunas pistas. Las huellas indicaban que Mini y Mc Kenna habían llegado hasta la casa. Las pruebas en el interior lo confirmaban, pero encontró otros dos juegos de huellas mucho más profundas saliendo de la casa y llegando hasta las huellas de otro vehículo que había estado estacionado en la parte de atrás de la casa.

Se las habían llevado. No encontraba otra explicación. Se pasó las manos por la cabeza, desesperado. No había sangre ni signos de fuerza en el interior de la cabaña. No podía dejarse llevar por el miedo de perderla. Tenía que tener la cabeza fría y pensar, encontrar una forma de dar con ellas. Fuesen quienes fuesen los que se las hubiesen llevado, eran dos personas, y tenían que haberlas sacado del pueblo, ¿pero en qué dirección? Debía reconocer la mayor cantidad de terreno en el menor tiempo posible y para eso necesitaba ayuda, así que llamó a Jonás, que estaba en la oficina de vuelos. Diez minutos más tarde entraba en la oficina totalmente desesperado. El tiempo corría, cada minuto contaba, y rezaba por encontrarlas a tiempo. No podía soportar la idea de no volver a perderse en la mirada gris de Mc Kenna. Jamás se perdonaría perderla. No haber sido

capaz de protegerla.

—¿Qué pasa? —le preguntó Jonás levantándose de su escritorio. Otro hombre estaba allí, pero Robert no le prestó atención.

—Necesito tu ayuda, Mc Kenna y Mini han sido secuestradas.

—¿Quién es Mc Kenna? ¿De qué estás hablando? —le preguntó Jonás sin entender nada.

—Mi mujer, es mi mujer.

—¿Qué le ha pasado a Mini? —preguntó el hombre que estaba sentado allí también.

Robert se fijó en él por primera vez. Aquella mañana estaba en el bar de Mini. Era uno de los tipos que la habían hecho llorar.

—¿Quién eres? ¿Sabes algo de la desaparición? —le preguntó yendo hacia él y agarrándolo del cuello de su chaqueta.

—¡Ey, ey, ey! Tranquilo. De lo único que es culpable Gabriel es de estar enamorado hasta la médula de Minerva. Suéltalo y explícanos con calma qué está pasando.

Robert se apartó de Gabriel, confuso.

—No tenemos tiempo, esos tipos las tienen y las van a matar. Tenemos que salir de aquí.

—No vamos a salir de aquí hasta que nos digas qué está pasando —le dijo Jonás cruzándose de brazos.

Robert resopló desesperado.

—De acuerdo, escuchad. No tengo tiempo para la versión larga. Solo os diré que han sido secuestradas por dos tipos que han matado antes, y a mucha gente. No tienen escrúpulos. Cada minuto que pasamos aquí hablando es un minuto menos que les queda de vida. Debemos encontrarlas y no se me ocurre mejor forma de buscarlas que por aire. Necesito vuestra ayuda, ahora.

—Vamos —dijo Gabriel resolutivo, tomando su cazadora y dirigiéndose a la puerta.

—Gracias a Dios —respiró Robert. Lo siguió y junto a la puerta se dio la vuelta esperando ver qué hacía su casero.

—Está bien, vayamos a buscarlas —añadió este, y se unió a ellos—. Tú, ven conmigo —le dijo a Robert y lo guio hasta la pista. Le señaló una avioneta roja y azul y ambos subieron. En unos minutos estaban en el aire.

Mientras batían la zona desde el aire Robert rezaba cada una de las oraciones que le obligó de niño a aprender su madre. En sus años como policía se había encontrado en innumerables situaciones de rescate.

Situaciones en las que había estado su vida y la de otros en peligro, pero nunca se había sentido como en aquel momento.

—Tranquilo, daremos con ellas —le dijo Jonás elevando la voz—. No pueden haber ido muy lejos. Desde el aire les llevamos ventaja.

Robert no pudo articular palabra, se limitó a asentir y esperar que su amigo tuviese razón.

Cuando Mc Kenna despertó lo primero que recibió fue un golpe en la cabeza contra la superficie dura en la que se encontraba. Estaba confusa y aturdida. Todo estaba oscuro y tuvo que hacer un esfuerzo enorme por recordar qué había pasado y reconocer dónde estaba. Alguien las había golpeado al llegar a la cabaña y sabía quiénes eran. Intentó girarse y se dio cuenta de que otro cuerpo se lo impedía. El sonido de un motor llegó hasta ella. Recorrió con las manos el espacio que ocupaba y se dio cuenta de que estaba en el maletero de un vehículo.

—¿Mac? ¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado? —le preguntó Mini con voz espesa y confusa.

—¿Mini, estás bien? —quiso saber ella intentando girarse para verla, pero el escaso espacio se lo impidió.

—Sí, creo. Me duele la cabeza. ¿Dónde estamos? —le preguntó nerviosa.

Mc Kenna respiró con fuerza. ¿Cómo iba a decirle que ella era la responsable de que estuviese allí, de que también fueran a asesinarla por su culpa?

—Estamos en el maletero de un coche. Nos han secuestrado.

—¿Secuestrado, quién? ¿Por qué iban a secuestrarnos? —gritó Mini.

—Lo siento, Mini. Estos tipos venían a por mí. Pero no les gusta dejar cabos sueltos.

—No te entiendo, Mac, y me estás asustando...

Mc Kenna lo pensó y reconoció que al menos su amiga merecía saber la verdad. De alguna manera era hasta un alivio poder decirle quién era en realidad. Mini le caía muy bien, y no le había gustado estar mintiéndole.

—Mini, tengo que contarte algo... Me llamo Mc Kenna, en realidad. Fui testigo en Nueva York de un horrible asesinato. Los tipos que nos han secuestrado acabaron con la vida de varias chicas ante mis ojos. Desde entonces van a por mí. Robert me trajo aquí como testigo protegida. Lo siento. Estás en este maletero por estar conmigo.

Minerva se mantuvo en silencio un par de minutos y Mc Kenna pensó que debía de estar odiándola en aquel momento.

—Ya sabía yo que tu marido era de Nueva York... —le dijo Mini sorprendiéndola.

Ambas intentaron forzar una sonrisa. Mc Kenna estiró la mano buscando la de su amiga y al encontrarla la estrechó con fuerza.

—Seguro que Robert nos está buscando, él dará con nosotras —dijo intentando infundir algo de esperanza a su amiga. Aunque ella no estaba segura de que así fuese. Hasta ese momento se habían creído seguros en aquel pueblo. No sabía cuánto tardaría Robert en regresar a la cabaña y descubrir que no estaban, y para entonces, seguramente sería demasiado tarde para ellas.

De repente el vehículo que cada dos por tres encontraba un socavón haciendo que ellas botasen y se golpearan la cabeza contra la base del maletero, se movió de manera brusca derrapando. Las dos mujeres gritaron aterrorizadas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Mini aún más alterada.

—Parece que nos salimos de la carretera. Intenta sujetarte —le dijo Mc Kenna elevando la voz. Los baches se hicieron más frecuentes y profundos. Estuvieron botando descontroladas durante varios minutos que se les hicieron eternos. Tenían el cuerpo dolorido y cuando pensaban que ya no podían estar peor, unos sonidos de disparos llegaron hasta ellas.

—¿Son disparos? ¿Nos están disparando? —grito Mini aterrorizada.

Mc Kenna se quedó paralizada. En cuanto el sonido de los tiros invadió el aire los recuerdos de los cuerpos de las chicas cayendo llegaron hasta ella inundando sus retinas. Entonces oyeron otro motor.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—¡Es una avioneta! Una avioneta volando muy bajo...

—¿Una avioneta? ¿Cómo es posible?

—No lo sé...

Se oyó otra ráfaga de disparos. Las chicas se taparon los oídos mientras gritaban sin parar. Y de pronto el vehículo, después de patinar durante varios segundos, se detuvo.

Los siguientes minutos fueron eternos. No se oía nada. Ni golpes, ni motores de ningún tipo, ni disparos.

Nada.

—¿Es ahora cuando vamos a morir? —le preguntó Mini.

La pregunta quedó suspendida en el aire cuando vieron como la puerta del maletero se abría y una luz intensa y brillante las cegaba. Ambas temblaron

asustadas, hasta que escucharon a los hombres que las sacaban del vehículo.

—Pequeña, soy yo —le dijo Robert abrazándola una vez fuera.

Mc Kenna se pegó a él con desesperación sintiendo el sonido desbocado de los latidos de su corazón zumbando en sus oídos. En cuanto sintió cómo la estrechaba entre sus brazos rompió a llorar dejándose llevar por una mezcla sobrecogedora de alivio y felicidad.

—Dios mío, creí que jamás volvería a verte. Lo siento, lo siento. Tenía que haber estado contigo — le dijo Robert sintiéndose culpable.

Ella atrapó sus palabras con un beso. Robert se lo devolvió con furia, con ansia, con desesperación y un anhelo infinito.

Mc Kenna oyó gritar a Mini y se separó de Robert, preocupada por su amiga, hasta que vio que era rodeada por los brazos de Gabriel que le daba un apasionado beso. Mini se abrazó a él y se dejó llevar por aquellos besos soñados durante tanto tiempo. Y sonrió de verla a salvo y con el hombre que la volvía loca. Seguro que a partir de ese momento, las cosas cambiarían para ella.

—Ya estás a salvo —le aseguró Robert apoyando la frente en la suya—. Esos tipos ya no podrán hacerte daño nunca más. Están muertos. La pesadilla ha terminado.

Capítulo 32

—¿En qué piensas? —le preguntó Robert a Mc Kenna.

Habían tenido que recoger todas sus cosas a gran velocidad tras el rescate, sin apenas haber tenido tiempo de asimilar lo sucedido. Había llamado a Edie para notificarle que los dos tipos que habían intentado matar a Mc Kenna estaban muertos. No sabía sus nombres pero ella los había reconocido como los tipos que perpetraron los asesinatos en el ático, y eso la ponía fuera de peligro. La amenaza había pasado. Pensaba que se podrían tomar el regreso con más calma, pero Edie lo había llamado diciendo que tenían que regresar ya. El fiscal del distrito había determinado acelerar el tema de la declaración de Mc Kenna y tenían que estar de vuelta en Nueva York cuanto antes. Jonás los había llevado entonces hasta Anchorage, donde engulleron un bocado rápido antes de tomar su vuelo privado de nueve horas de vuelta a Nueva York.

Robert pensó que Mc Kenna se sentiría aliviada con la noticia del regreso pero, lejos de ser así, desde que Jonás los dejase en el aeropuerto se había mantenido en un silencio ausente. La primera parte de aquel viaje la realizó dormida y él la había dejado descansar. Pero al despertar apenas había vuelto a pronunciar palabra. Las luces de la noche neoyorquina se divisaban a lo lejos y él seguía sin saber qué pasaba por aquella preciosa cabecita.

—¿No vas a decirme lo que te pasa? —insistió.

Mc Kenna forzó una sonrisa que no lo convenció en absoluto.

—No me pasa nada.

—Creía que estarías deseando que todo esto acabase. Sentirte segura sin temer que nadie quiera

asesinarte. Sé que las cosas no serán como antes, pero ahora puedes recuperar parte de tu vida. Tus clases de danza... —Robert la agarró de la barbilla y la obligó a mirarlo. Después tomó su rostro entre las manos y la besó con ansia. Al instante los dos se sintieron transportar de nuevo a su burbuja, esa en la que solo estaban ambos. No existía nadie más.

Mc Kenna tuvo ganas de llorar. Sí, ya nadie intentaría matarla, la pesadilla había terminado, pero también los días más felices de su vida. ¿Qué pasaría entre Robert y ella? Su visado de estancia en Estados Unidos

expiraría en breve. Tenía que regresar a su vida rota. ¿Qué se suponía que tenía que hacer ella con todo lo que sentía por él? Con aquel inmenso sentimiento que amenazaba con hacerle estallar el pecho, con sus noches de necesidad de ser tocada por sus manos, saboreada por sus besos. Jamás olvidaría aquellos días en Alaska, porque la habían devuelto a la vida.

Despedirse de Mini tampoco había sido fácil. Había encontrado una amiga en los confines del mundo. Sabía que sería feliz. La había visto con Gabriel, en sus brazos, y su mirada brillaba de felicidad, pero la iba a echar de menos.

—Todo va a ir bien —le dijo Robert frente a su boca. Su aliento rozó sus labios en una caricia íntima tan deliciosa que la dejó sin respiración—. Voy a preguntar al piloto cuánto queda para aterrizar. También llamaré a Edie para avisarle de que llegamos.

Mc Kenna no quería saber cuánto les quedaba pero se limitó a asentir. Robert fue a la cabina y ella dejó escapar el aire que atesoraba dolorosamente en el pecho. Calibre fue hacia ella y apoyó la cabeza sobre sus rodillas.

—Hola, precioso —le dijo apoyando la frente en la del animal. Le rascó detrás de las orejas y abrazó al precioso braco que, junto con su dueño, le había robado el corazón.

—Me voy a poner celoso, no te dejes ni cinco minutos y ya me has cambiado por otro —bromeó

Robert, intentando robarle una sonrisa, que consiguió finalmente.

—Tienes que reconocer que es irresistible.

—Sí que lo es. Y está loco por ti.

—Yo también lo estoy por él —dijo con una mueca. Al instante se mordió el labio inferior

intentando detener un temblor. Aquellas parecían las primeras despedidas.

Robert no sabía por qué ella estaba así, pero no podía soportar verla sufrir. Le ofreció una mano para que se levantase con él. Mc Kenna no mostró resistencia. En cuanto la tuvo de pie, la abrazó pegándola a su cuerpo.

—Por favor... —le suplicó—. Dime qué te pasa. ¿No estás feliz? Todo ha terminado. Ya puedes vivir tu vida de nuevo, tranquila, sin miedo —le dijo, como si aquello fuese fantástico.

Mc Kenna sentía un nudo en la garganta que le impedía tragar saliva.

—Y volver a mi vida...

—Sí...

—En Irlanda... —dijo cerrando los ojos con dolor.

—¿Cómo? ¿Quieres volver a Irlanda? —preguntó en un susurro impactado, junto a ella. El temor de que dijese que sí le atenazó el pecho. Ahora se daba cuenta de que había dado demasiadas cosas por sentado—. Mc Kenna, mírame —le ordenó, pero ella no apartaba la vista de la moqueta—. Mc Kenna, por favor... —tomó su rostro entre las manos y la obligó a mirarlo. Su gesto era implorante, y ella obedeció para perderse dolorosamente en su mirada verde, tan increíble, tan intensa.

—No puedes irte. No puedes... Mc Kenna... —la llamó, hundiendo las manos en sus cabellos, tomando su cabeza y apoyando la frente en la suya—. No quiero que te alejes de mí...

Mc Kenna dejó de respirar.

—Te amo —le dijo él frente a la boca.

Ella sintió que el corazón se le detenía en seco. Le dolía cada latido. La amaba. Le había dicho que la amaba.

—Sé que ha sido todo muy rápido, que apenas has tenido tiempo para pensar en todo. Sé que es una locura decirte algo así cuando estás a punto de recuperar tu vida. Pero quiero que esa vida sea conmigo, pequeña. Jamás quise compartir la mía con una pareja, pero ahora no imagino poder seguir si no estás tú conmigo. Te necesito.

—Robert... Pero tendré que marcharme, mi visado...

—No puedes marcharte, eres mi mujer ¿recuerdas?

Mc Kenna rio frente a sus labios.

—Desde luego lo he sido —dijo ella recordando aquellos días en Talkeetna.

—Y lo seguirás siendo...

—Señor Brooks, dijo que le avisásemos cuando fuésemos a tomar tierra. Deben ocupar sus asientos y abrocharse el cinturón —lo interrumpió la azafata.

—Gracias —contestó Robert sin dejar de mirar a Mc Kenna. La azafata se marchó de vuelta a la cabina y él miró con devoción a la mujer que tenía entre sus brazos—. Vamos, nuestra nueva vida juntos está a punto de comenzar —le dijo depositando un pequeño beso en sus labios.

Después fueron hasta sus asientos y se prepararon para el aterrizaje. El corazón de Mc Kenna latía tan frenético, y tan envuelta estaba en la nube de felicidad que habían provocado las palabras de Robert, que apenas fue consciente del aterrizaje. Él mantuvo sus manos unidas hasta el momento de

tener que bajar las escalerillas del avión.

El ambiente húmedo de la noche neoyorquina los recibió indicándoles que estaban en casa. Mc Kenna fue la primera en llegar a lo alto de la escalerilla, bajó un par de peldaños y supo que algo no iba bien. Se detuvo en seco. Robert, tras ella, le preguntó:

—¿Qué pasa?

Mc Kenna se giró y subió los peldaños que los separaban y lo besó. Robert recibió el beso con anhelo, con ganas de llegar a casa y hacerle el amor de nuevo. Al día siguiente la llevaría al despacho del fiscal.

—Te amo, detective Brooks —le dijo fundiéndose de nuevo en un beso con él.

—¡Qué bonito! —dijo una voz masculina que ambos reconocieron inmediatamente desde la pista.

Robert miró al hombre que los acaba de interrumpir sin soltar a Mc Kenna.

—Fiscal, ¿qué hace aquí? ¿Cómo ha sabido...?

—¿De su llegada? Tengo oídos en todas partes. Por lo que veo ha estado cuidando muy bien de la señorita Atkinson. Pero ha llegado el momento de que por fin me ocupe yo de ella —dijo, y de los laterales del avión aparecieron cuatro hombres armados apuntándolos.

Capítulo 33

Edie estaba en la comisaría esperando que Robert se pusiese en contacto con él cuando recibió su llamada avisándole de su llegada. Terminó el informe que tenía sobre la mesa, haciendo tiempo, y cuando estaba a punto de salir de la comisaría se percató de que Abbie también estaba allí. Ella le había estado preguntando por Robert cada día. Sabía que su compañero no tenía ningún interés sentimental en la chica, pero se apiadó de ella y como las cosas ya eran seguras, se aproximó a su mesa para darle la buena noticia.

—Hola, Abbie —la saludó cuando llegó a su escritorio. Ella le devolvió el saludo con una sonrisa—. ¿Qué haces aquí tan tarde? —quiso saber, viendo el montón de papeles sobre su mesa. Era pasada la medianoche y sabía que ella no tenía turno de noche.

—Tengo que terminar algunos informes pendientes. Se me acumula el trabajo. Últimamente no he estado muy centrada —le contestó con una mueca.

—¡Ya! Bueno, yo venía a darte una buena noticia. Robert está llegando a la ciudad. Voy ir a por él.

En ese momento el móvil de la operación de Mc Kenna sonó recibiendo un mensaje y Edie se apresuró a ver la pantalla. Era un mensaje de texto de Robert con un escueto mensaje. *SOS*.

—Algo va mal. Robert está en peligro —salió corriendo hacia su mesa, tomó su cazadora, su arma, su placa...

—¡Deja que vaya contigo! Edie, tienes que dejarme ir contigo. Si Robert necesita ayuda no puedes ir sin refuerzos —le pidió Abbie con mirada suplicante.

Edie no lo pensó dos veces. Dos policías eran mejor que uno en una misión de rescate, y asintió con la cabeza. La detective sonrió complacida y ambos se dirigieron a toda prisa al aeropuerto.

En el coche Edie sacó un aparato de su chaqueta y se lo puso sobre las piernas.

—¿Qué es eso? —le preguntó Abbie.

—Un localizador GPS. Tengo el teléfono de Robert localizado en todo momento. Aún no han salido del aeropuerto.

—Bien, entonces en unos minutos estaremos allí —le dijo con confianza la chica, y Edie agradeció tener apoyo en ese momento.

—¿Qué tienes tú que ver en todo esto, Falcó? ¿Qué quieres de Mc Kenna? —preguntó Robert al fiscal desde lo alto de la escalerilla. Sin soltar a Mc Kenna, con una mano sacó el móvil del bolsillo y mandó un mensaje a Edie. Lo guardó antes de poder ser visto.

—Lo que he querido desde el principio, que desaparezca. Lo siento, señorita, pero son órdenes. Al señor Di Marco no le gustan los cabos sueltos. Y usted se ha convertido en uno enorme. No ha hecho más que dar problemas desde que llegó a esta ciudad.

—¿Di Marco? ¿Jhony Di Marco está detrás de todo esto? ¿De la muerte de las chicas, incluso de la de su propio hermano? —preguntó Robert confuso.

—Hermanastro —aclaró el fiscal—. Y sí, él está detrás de todo desde el principio. El señor Di Marco no estaba conforme con las nuevas actividades de su hermano: la prostitución y trata de blancas no son buenas para el negocio. Atraen demasiado la atención. Y viendo que desobedecía sus órdenes de cesar con esos negocios decidió hacer limpieza antes de verse salpicado por las acciones chapuceras de su hermano. Todo habría ido bien si esta chica no se hubiese interpuesto en sus planes. Es usted muy difícil de eliminar, señorita Atkinson. Pero eso terminará pronto. Y ahora, bajen. No tengo toda la noche —los instó a descender apuntándoles también con su pistola.

—No voy a dejar que la mates —dijo Robert poniéndola tras él.

—No hay problema —contestó el fiscal justo antes de disparar a Robert a sangre fría. Este cayó inmediatamente rodando por la pequeña escalerilla al suelo.

Mc Kenna gritó y bajó corriendo hacia él.

—¡Robert! Cariño... —giró la cabeza del hombre al que amaba y vio que tenía los ojos cerrados.

—¡Agarradla! Vamos a terminar con esto esta noche. Subidla en mi coche, el señor Di Marco está esperándola —dijo a una parte de sus hombres—. Vosotros, ocupaos de él y del personal del avión. Quiero esto limpio en unos minutos. ¿Entendido?

—Sí, jefe —le respondió uno de sus hombres.

El fiscal se recolocó la corbata y se estiró el impecable traje oscuro. Echó una última mirada al cuerpo de Robert en la pista y se subió a su vehículo.

Cuando Edie llegó a la pista, algunos hombres estaban levantando a otro más del suelo. Con ayuda de los faros de su coche vio que el hombre sobre la pista no era otro que su compañero. Inmediatamente abrió la puerta de su vehículo y utilizándolo como parapeto sacó el arma y apuntó a los hombres. Eran tres tipos.

—¡Policía de Nueva York! ¡Levanten las manos y sepárense de él! —gritó a los tres hombres, pero haciendo caso omiso uno de ellos fue a sacar algo de su chaqueta. Sin pensarlo, Edie disparó y lo abatió de un solo tiro—. Y ahora, si no queréis ser los siguientes, separaos de él. ¡Ya! —volvió a gritar.

Los dos hombres que quedaban dieron un paso atrás levantando las manos en señal de rendición. Edie se acercó unos pasos hasta ellos sin dejar de apuntarlos mirando a Robert.

—Robert, hermano, ¿estás bien? —le preguntó temiendo lo peor. No obtuvo respuesta.

—No, no está bien, y tú tampoco vas a estarlo, Edie, lo siento —le dijo Abbie a su espalda.

Edie oyó como esta quitaba el seguro de su arma. Se giró y vio que ella lo apuntaba.

—¡Dios mío, Abbie! ¿Qué estás haciendo? ¡Es Robert! —le preguntó atónito.

—Sí, es Robert. El que lleva despreciándome meses. Ya no soportaba más esa forma de mirarme como si yo le diese pena... Así que cuando el señor Falcó buscó quien os espiese en la comisaría para darle información, encontró en mí a una aliada. No me lo podía creer cuando conseguí interceptar la llamada de Robert desde Alaska.

—¡Fuiste tú! ¡Estás loca! ¿Has hecho todo esto por despecho?

—¡Yo no estoy loca! —le gritó—. Pero da igual lo que pienses. Él tenía que morir y ahora tú también vas a hacerlo —dijo disponiéndose a disparar.

El sonido del disparo a continuación sorprendió a Edie. Y vio como Abbie caía al suelo con un disparo en el estómago. Esta soltó el arma y se tocó el vientre ensangrentado antes de caer con mirada desorbitada. Edie se giró a tiempo de ocuparse de uno de los tipos, mientras Robert acababa con el otro.

—Robert, tío, ¡estás vivo! Me has dado un susto de muerte —se agachó a su lado.

—Falcó me dio en el hombro —dijo con un quejido de dolor.

—¿Él te disparó?

—Sí, y ahora tiene a Mc Kenna. Van a matarla. Jhony Di Marco la quiere muerta. —¿Jhony Di Marco?

—Sí, te lo explico en el coche, acaban de irse. Tenemos que ir tras ellos.

Eddie lo ayudó a levantarse.

—Robert, te han disparado, tienes que ir a un hospital.

—No voy a ir a ningún sitio sin ella, ¿lo entiendes? —le dijo Eddie mirándolo a los ojos, decidido. García sabía que no conseguiría hacerlo cambiar de opinión. Y lo ayudó llevándolo hasta el coche.

—Calibre, ¿dónde está Calibre? —preguntó Robert. El piloto del avión y la auxiliar del vuelo sobre la escalerilla soltaron en ese momento al perro, que corrió hasta ellos.

—Estábamos escondidos en la cabina. He llamado a Emergencias.

—Gracias. Quédense dentro hasta que lleguen —les dijo Eddie mientras veía a Abbie retorcerse de dolor en el suelo. Y se marchó con Robert y Calibre.

Eddie se puso al volante mientras Robert pedía refuerzos por radio y daba la descripción del coche en el que se había marchado Falcó con Mc Kenna. Hacía solo unos minutos de eso, y esperaba dar con él antes de que entrase en el territorio de Di Marco.

Unos minutos más tarde recibían confirmación de la localización del coche. Había sido grabado por una de las cámaras de tráfico. Robert puso la sirena.

—¡Agárrate fuerte! —le dijo Eddie, y giró el coche con violencia cambiando de sentido, entró por un callejón intransitable para vehículos y salió de nuevo a otra carretera en dirección contraria. Se coló en el carril, provocando los pitidos de varios vehículos, aceleró poniendo el coche al límite y finalmente, un kilómetro más allá divisaron el vehículo de Falcó.

—Ahí están. Eddie, no dejes que se te escapen... Yo... Necesito a esa mujer —le dijo aquejado de dolor.

—¿Qué necesitas a esa mujer? ¡Joder! ¿Estamos hablando de la gran palabra? —preguntó Eddie alucinando mientras sorteaba coches y se aproximaba al coche del fiscal.

—Sí —dijo Robert— de esa misma. Estoy enamorado de Mc Kenna. Así que o la salvamos o te quedas sin ser el padrino de mi boda.

—¡Joder, Robert! Maldita sea, acabas de hacer que se me pare el corazón. ¿Boda? ¿Ya se lo has pedido?

—No, por eso tienes que llegar hasta ella.

—Bien, pues allá vamos.

Minutos más tarde, Robert sacó el arma por la ventana y apuntó a las

ruedas del coche de Falcó, pero el conductor de su coche dio un volantazo chocando con ellos e impidiéndole que pudiese disparar. El coche del fiscal salió de la carretera principal y comenzó a transitar por calles más pequeñas. Robert y Edie los seguían a pocos metros. Entonces desde delante comenzaron a dispararles. Edie tuvo que desviar la trayectoria para colocarse en paralelo al otro vehículo. Y Robert volvió a intentar dispararles consiguiendo esta vez reventar una de las ruedas del vehículo, que perdió velocidad. Ellos aceleraron y derraparon hasta colocarse delante. Abrieron las puertas de su coche y se parapetaron tras ellas.

—Falcó, esto ha terminado para ti. ¡Suéltala! —le gritó Robert desde detrás de la puerta. Le costaba respirar. El dolor del disparo lo estaba matando.

—¡Robert, Robert! —lo llamó a gritos Mc Kenna y fue como recibir una descarga de adrenalina.

—Es usted el que está acabado, detective Brooks. ¿Aún no se ha dado cuenta de que esto le queda grande? ¿De que no conseguirá salvarla? Sé que será una decepción para el señor Di Marco, pero si lo desea, la mato aquí mismo, delante de usted.

Robert se asomó por el hueco de la ventanilla y vio que Falcó había salido del coche y tenía a Mc Kenna delante de él. Apoyaba el arma sobre su cabeza. Ella estaba aterrorizada, su precioso rostro estaba cubierto de lágrimas.

El corazón se le encogió dolorosamente en el pecho. No podía perderla. No podía...

—¿Qué hacemos? —le preguntó Edie.

—Tengo que ir a por ella —dijo Robert cabeceando— tengo que hacerlo.

—¡No, hermano, no! —le gritó Edie cuando lo vio salir de detrás del coche. Seguía apuntando al fiscal. Edie lo imitó y apuntó al hombre que acompañaba al fiscal—. Bien, así están las cosas —dijo—. Si la matas, te matamos.

—Si no bajáis las armas la mataré ahora mismo.

Robert hizo intención de rendirse y entonces Mc Kenna gritó.

—¡Robert, no! Me matará igual, y a ti también. Por favor, no, cariño. Deja que me lleve —le suplicó envuelta en lágrimas. Entonces bajó la cabeza llorando y Robert aprovechó para disparar a la cabeza del fiscal, que cayó desplomado en el suelo entre los gritos de Mc Kenna.

El tipo que acompañaba al fiscal tiró su arma entonces y levantó las manos

en señal de rendición. Robert corrió hacia Mc Kenna, pero al alcanzarla se desplomó en el suelo. Y todo se volvió negro para él.

Capítulo 34

—Buenos días, pequeña —dijo Robert al ver que Mc Kenna abría los ojos a su lado. —Buenos días —contestó ella con una gran sonrisa, feliz de que aquel día se fuesen por fin a casa. El día anterior le habían dicho que le darían esa mañana el alta del hospital. Había sido una semana durísima. No se había separado de él en ningún momento, menos cuando fue con Edie a hacer declaración de los hechos. También contaban con la declaración del tipo que acompañaba a Falcó, las pruebas encontradas en su despacho, el registro de llamadas entre Falcó y Jhony Di Marco y la vinculación final de los tipos que asesinaron a las chicas a la organización del capo.

Tenían más que suficiente para la encarcelación. Y por fin Mc Kenna veía un final a aquella pesadilla. Ahora solo le quedaba enfrentar la de ver a Robert postrado en una camilla de hospital, herido por una bala. En la persecución tras el coche del fiscal había perdido mucha sangre y su estado había sido realmente crítico. Las primeras cuarenta y ocho horas de espera fueron terribles para ella. Pero en todo momento estuvo acompañada por Pierce, Paul y la familia de Robert: sus hermanas, sus cuñados y su madre. Al principio, las mujeres se mostraron sorprendidas y confusas con su presencia allí, hasta que hablaron con Pierce y Edie y su actitud con ella cambió radicalmente, haciéndola sentir que tenía derecho a estar allí. Junto a él.

—¿No vas a darme un beso de buenos días? —le preguntó Robert.

—Claro que sí —dijo ella acercando los labios a los suyos, firmes y sensuales, y se dejó llevar por el millón de mariposas que revolotearon en su estómago al sentirlo.

Robert la abrazó.

—Estoy deseando salir de aquí y llevarte a casa. Voy a atarte a mi cama y...

—Quieto ahí, detective. No vas a hacer nada hasta que estés recuperado. ¿Qué quieres, matarte?

—Moriré si no vuelvo a estar pronto dentro de ti, cariño —le aseguró con una sonrisa.

Mc Kenna sintió que cada recóndito rincón de su cuerpo se encendía como una hoguera.

—¡Hola, parejita! —los saludó Edie entrando en la habitación—.

¿Interrumpo?

—Tú siempre lo haces.

—Eres tan gracioso... De verdad, hermano he echado tanto de menos ese carácter tuyo... Si no fuese porque me apiado de ti, no habría venido a hacerte de chófer para llevarte a casa.

—Eres todo generosidad y bondad —replicó Robert riendo.

—Y belleza, ¿recuerdas?

—Claro, claro, y belleza. Anda, deja de decir tonterías y ayúdame a levantarme. Quiero salir del hospital y llegar a casa. Tengo planes —dijo con una sonrisa dirigida a Mc Kenna.

Robert se levantó y tras vestirse y firmar los papeles del seguro, salieron del hospital.

Subieron al Camaro de Robert, que condujo Edie, y se dirigieron a casa. Media hora después llegaban. Mc Kenna salió del coche y lo rodeó para ir a ayudar a Robert a bajar. Edie aprovechó para darle a su compañero una bolsita de tela, que este guardó rápidamente en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Está todo listo? —le preguntó Robert a su amigo.

—Sí. Todo el mundo está dentro, incluso esos amigos nuevos que habéis hecho en Alaska no han querido perderse la fiesta.

—Perfecto, ella se merece lo mejor —dijo viéndola llegar hasta su puerta.

—Suerte, hermano —le deseó Edie antes de salir del coche.

—¡Ya estamos aquí! —exclamó Mc Kenna abriendo la puerta—. Calibre se va a volver loco cuando te vea. Se nota que está nervioso. Tu madre dice que se pasa las noches esperándote tras la puerta.

—Es mi compañero. Casi el mejor que he tenido en mi vida —le guiñó un ojo a Edie.

Caminaron en dirección a la puerta, pero al llegar a los escalones de la entrada del edificio de ladrillo rojo Robert se detuvo un momento y se apoyó en una de las barandillas.

—Necesito sentarme un segundo —dijo tomando asiento en los escalones.

—Bueno, yo voy metiendo el equipaje —convino Edie, desapareciendo por la entrada del edificio.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó Mc Kenna preocupada.

—Sí, solo quería estar un minuto contigo a solas.

—No te entiendo, estamos a punto de entrar... Aquí hace frío...

—Te aseguro, pequeña, que ahora mismo nada podría hacer que me

congelase. Me va el corazón a mil —le aseguró con una gran sonrisa—. Cariño... ¿recuerdas cuando regresábamos en el avión y te dije que te amaba?

—Claro, jamás podré olvidarlo —contestó ella emocionada.

—Bueno, aquel día no pude decirte todo cuanto hay en mi corazón.

—Robert...

—Espera, déjame decírtelo.

Mc Kenna asintió.

—Mc Kenna, desde que te vi por primera vez, desde que te toqué, te reconocí como la persona con la que quería pasar el resto de mi vida.

Mc Kenna se llevó las manos a los labios, conteniendo las lágrimas. Robert introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la bolsita que le había dado Edie hacía un momento. La abrió y dejó caer en su palma un precioso solitario de diamantes, que le ofreció.

—No puedo vivir sin ti. Me niego a hacerlo. Durante estos días has sido mi mujer, y quiero que lo sigas siendo. Sé que eres la esposa más rebelde que podría haber elegido, Mc Kenna Atkinson —añadió con una sonrisa—, pero me harías el hombre más feliz del mundo si aceptases convertirte de veras en mi esposa.

—¡Oh, Dios mío, Robert! —dijo ella temblando como una hoja. Las lágrimas se desbordaron por sus mejillas, haciendo relucir sus precisos ojos grises—. Sí, claro que sí —aceptó, abalanzándose sobre él para besarlo.

Robert la sentó sobre sus rodillas y la abrazó con fuerza. Devoró los labios de la mujer que amaba, le robó el aliento y selló el futuro que los esperaba con otro nuevo beso... el primero que daba a su prometida, a la mujer que amaría para el resto de su vida.

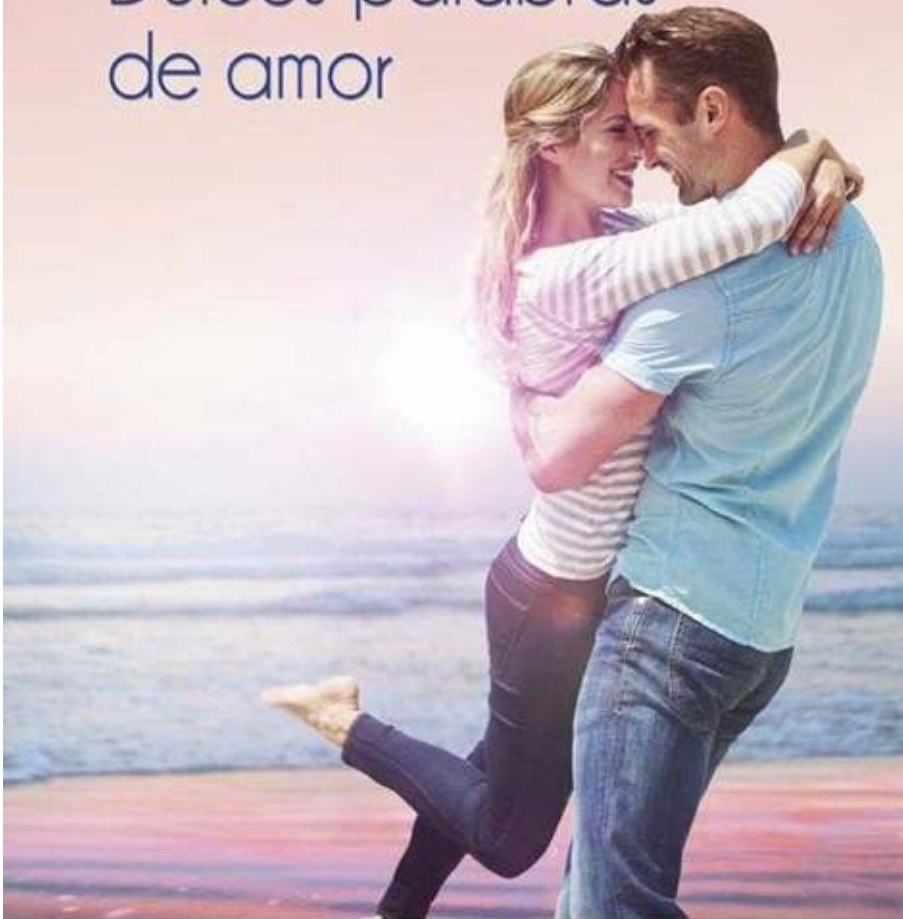
A su pequeña tentación.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

HQN™

SUSAN MALLERY

Dulces palabras
de amor



www.harlequinibericaebooks.com

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Publicidad](#)